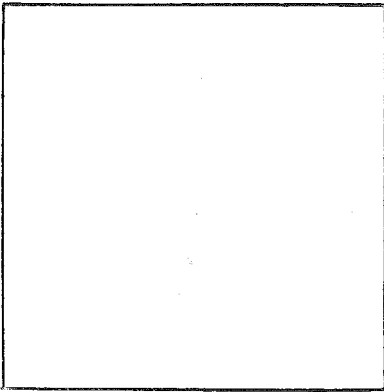


natalie moszkowska

**contribución a la
dinámica del
capitalismo tardío**

traducción de
irene del carril
revisión de
maría inés silberberg



91
CUADERNOS
DE
PASADO Y
PRESENTE

ÍNDICE

PRÓLOGO	7
INTRODUCCIÓN	9
PRIMERA PARTE	
A. LA TEORÍA DE LA TASA DE GANANCIA DECRECIENTE	17
Advertencia preliminar, 17; i. Exposición de la teoría, 18; ii. Crítica de la teoría 20	
B. EL PROGRESO TÉCNICO Y LA TENDENCIA DE LA TASA DE GANANCIA	24
Advertencias preliminares, 24; i. El aspecto económico de la racionalización, 25; ii. Invenções aprovechables, 26; iii. Racionalización y composición del capital, 30; iv. Nivel real y aparente de la composición del capital, 35; v. Intensidad del trabajo y composición del capital, 38; vi. Ganancias extraordinarias y capitalismo monopolístico, 42; vii. Salario técnicamente necesario y técnicamente posible, 44; viii. El salario económicamente conveniente y el real, 47; ix. "Teoría" de la pauperización de los capitalistas, 51	
C. FALSA DERIVACIÓN DE LA DOCTRINA MARXISTA DE LA SOBREACUMULACIÓN	55
i. Tasa de plusvalor y subproducción, 55; ii. Tasa de ganancia decreciente y sobreacumulación, 57	
D. LEYES DE HIERRO O LEYES HISTÓRICAS	61
SEGUNDA PARTE	
A. "ESCASEZ DE CAPITAL"	67
i. Teorías de la escasez de capital, 67; ii. Demanda de capital, 68; iii. Formación de capital, 71; iv. ¿Falta capital o poder adquisitivo?, 77; v. Teoría de la subacumulación y de la sobreacumulación, 80	

primera edición en español, 1981
©ediciones pasado y presente
impreso y distribuido por siglo XXI editores, s.a.
av. cerro del agua 248, México 20, d.f.

ISBN 968-23-1031-8

título original: zur dynamik des spätkapitalismus
europa verlag ag, zürich, 1943

derechos reservados conforme a la ley
impreso y hecho en México
printed and made in Mexico

B. INTENTOS POR ELIMINAR DE LA DISCUSIÓN LA SOBRECUMULACIÓN	87
i. "No puede haber plétora de capital", 87; ii. "Sólo puede haber un exceso transitorio de capital", 91	
C. APORTES HISTÓRICOS Y TEÓRICOS EN RELACIÓN CON LA CUESTIÓN DEL SALARIO	95
i. El salario en el curso del desarrollo capitalista, 95; ii. Contribución a la teoría del salario, 99	
TERCERA PARTE	
A. LOS FAUX FRAIS DE LA ECONOMÍA CAPITALISTA Y FASCISTA	105
i. Faux frais en la producción y distribución de bienes, 105; ii. Faux frais en el mercado internacional de mercancías, 109; iii. Aspiraciones imperialistas y faux frais, 119; iv. Industria de armamentos, 123; v. Intereses en la guerra, 125; vi. La desorganización de la economía que provoca la guerra, 127; vii. La furia de la autarquía, 134; viii. El intervencionismo inconsecuente, 136; Apéndice, 139	
B. APARIENCIA Y ESENCIA	141
i. Un saldo pasivo, 141; ii. Los faux frais no son tenidos en cuenta, 143; iii. El incremento de la población y el progreso técnico "son los culpables de todo", 146; iv. "Teoría económica y teoría socialista", 148	
CUARTA PARTE	
A. EL ÚLTIMO ESTADIO DEL IMPERIALISMO	153
i. La era fascista, 153; ii. Guerra universal, 157; iii. La capa social superior, 158	
B. CONCENTRACIÓN Y ACUMULACIÓN	162
i. Obstáculos para el desarrollo económico, 162; Apéndice, 165; ii. Fascismo, concentración y acumulación, 168; iii. La crisis de la cultura, 171; iv. Obstáculos del desarrollo político, 171	
C. PANORAMA	177
i. Crisis y guerra, 77; ii. "Capitalismo de estado", 181; iii. La economía de subsistencia, 183	

PRÓLOGO

La "realidad que hoy enfrentamos se caracteriza por la crisis total de nuestro sistema económico y social". Esta realidad necesita de la clarificación científica, y en esta tarea la economía política oficial —escribe un renombrado representante de la misma, Wilhelm Röpke— fracasa por completo. De un balance que realiza Röpke de los resultados de la economía oficial, tomamos lo siguiente:

"El criterio para valorar los resultados de una ciencia consiste en [...] su capacidad para explicar la realidad [...]. Para explicar esta realidad, que fue conmovida desde la base, se han movlizado en los últimos diez años una cantidad desusada de hombres y recursos, se reunieron datos con la máxima diligencia, se sucedieron conferencias en una cadena sin fin; los análisis de la economía nacional se desarrollaron con un grado de refinamiento cada vez mayor, lo que simultáneamente produjo un mayor grado de alejamiento de la realidad; se elaboraron extensos y detallados programas de investigación, se fundaron nuevos institutos y se enviaron cuestionarios a todos los países y a todas las capas de la población."

¿Cuál fue el resultado?

"Sin embargo, debemos decir que nadie que sea sincero puede afirmar que por obra de esta tísica realidad se haya sentido más cerca de aquel diagnóstico fundamental que sólo puede servir como punto de partida para una terapia eficaz. Es el momento de reconocer *el verdadero fracaso de nuestra ciencia*. Significativamente, ella se ha convertido en una máquina registradora de hechos o en un Luna Park intelectual en el momento en que se ve ante la mayor responsabilidad de los últimos cien años."¹

¡Hermoso testimonio! Por lo tanto, completo fracaso de la economía política oficial, lo que por otra parte era de esperar.

Es posible que también la literatura socialista necesite de la crítica. Sin embargo, es posible que el método de pensamiento del socialismo científico pueda ofrecer algo valioso, contribuir en gran

¹ W. Röpke, "Die entscheidenden Probleme des wirtschaftlichen Verfalls", *Zeitschrift für Schweizerische Statistik und Volkswirtschaft*, año 74, Basilea, 1938, p. 496.

medida a la comprensión de las enmarañadas relaciones políticas y económicas de la actualidad.

El marxismo se ha acreditado como método de pensamiento. Lo importante es aplicar el método correctamente, depurar el sistema de elementos extraños e incorporar a él nuevas experiencias significativas. De este modo, si bien este escrito pretende ser un intento por *continuar* la doctrina marxista —la teoría de desarrollo de la economía capitalista—, especialmente se propone mostrar la funesta dinámica de la economía del capitalismo tardío y fascista.

Comenzaremos con algunas explicaciones teóricas y paulatinamente arribaremos al tratamiento de cuestiones políticas y económicas *actuales*. Si se carece de claridad con respecto a los problemas socioeconómicos tampoco puede comprenderse el tormentoso acontecer mundial de nuestros días. Finalmente, se evidencian acontecimientos políticos determinados por factores económicos. Es decir que los fenómenos políticos resultan directamente derivados de los económicos.

En nuestra exposición utilizaremos frecuentemente el presente. Con la creciente agitación política que caracteriza a nuestra época, mucho de lo que hasta hace un instante fue presente resulta rápidamente confinado al pasado. Por lo tanto, si algo no pudiera ser caracterizado ya como presente, aún puede ser considerado como pasado reciente.

El presente trabajo es una continuación de las ideas expuestas en mis anteriores escritos: *Das Marxsche System. Ein Beitrag zu dessen Ausbau* (Berlín, 1929), *Zur Kritik moderner Krisentheorien* (Praga, 1935)* y de algunos escritos periodísticos (*Kölner Sozialpolitische Vierteljahresschrift*, Colonia; *Der Kampf*, Viena; *Die Gesellschaft* y *Der Klassenkampf*, Berlín, 1931-1932).² Pero no presupone necesariamente que el lector deba conocer estos escritos.

* De ambas obras hay edición en español en esta misma colección: *El sistema de Marx. Un aporte para su construcción*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 77 (México, 1979) y *Contribución a la crítica de las teorías modernas de las crisis*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 50 (México, 1978). [E.]

² Con frecuencia las obras marxistas son utilizadas por representantes de nuestra economía oficial, y por cierto, por renombrados representantes, sin indicación de fuente. Un periódico económico norteamericano comprueba incluso un caso de "striking similarity". Lamentablemente, es difícil combatir esta piratería literaria.

INTRODUCCIÓN

1

Transitamos el último período del desarrollo capitalista; por lo tanto, la dinámica del capitalismo es completamente perceptible. Por muy enredadas que sean las vías de desarrollo de este sistema económico, en última instancia su dinámica puede reducirse a *una* causa. La causa que determina las fases del ciclo industrial es la misma que determina el curso del capitalismo, la misma que determina al imperialismo y finalmente al fascismo.

Durante muchas décadas, gracias al progreso técnico, creció enormemente la productividad del trabajo humano y fabulosamente la riqueza de bienes. En la economía capitalista que no persigue la satisfacción de las necesidades, sino la obtención de ganancias, el consumo fue refrenado en beneficio de la acumulación. Como consecuencia de ello se verifica una creciente desproporción entre el consumo técnicamente posible y el real. Esta desproporción tuvo como resultante crecientes tensiones, acumulación de fuerzas dispersas que originaron perturbaciones acumulativas en la vida económica, social y política.

La complicada curva que en su desarrollo describen primero el capitalismo y luego el fascismo puede derivarse de esta causa en el sentido de que las perturbaciones de la vida social que ella genera dan lugar a procesos cuya consecuencia son nuevas perturbaciones secundarias, por lo cual cada perturbación agudiza a las demás.

Lo que acontece en la superficie es un complicado resultado de perturbaciones que operan acumulativamente. Para avanzar hacia las causas de la perturbación primaria el investigador debe descubrir un tras otra las capas de perturbaciones. Sólo puede detenerse cuando llega a la perturbación primaria. Si lo hace demasiado temprano corre el riesgo de no comprender las fuerzas que operan a mayor profundidad, debido a lo cual tomará las causas directas de las perturbaciones secundarias o terciarias como si lo fueran de las primarias y creará en la existencia de una pluralidad de causas.

Sólo la capa superior de los fenómenos es confusa. Cuanto más

se penetra la materia, tanto menos enmarañados se presentarán los fenómenos. Las causas no son complicadas, las consecuencias sí lo son. Tan simple como sea la causa, tan complejo será el daño que ella ocasiona.¹

Con ello está esbozada nuestra tarea: queremos seguir las complicadas consecuencias de la sobreacumulación; especialmente queremos mostrar cómo la persecución de la ganancia origina *perturbaciones que operan acumulativamente*, que desorganizan más y más la economía nacional y cómo estas perturbaciones se extienden de la vida económica a la política, donde operan en forma catastrófica.

2

El empresario capitalista se ve obligado por la lucha competitiva a mantener sus costos, por consiguiente también el salario, lo más bajos posible, a obtener una ganancia lo más elevada posible y a acumular una gran parte de la misma. De este modo se ve reducida la capacidad de consumo y aumentada la fuerza productiva. El consumo de la población, cuya mayor parte recibe sueldos y salarios, no marcha paralelo con la producción social. La creciente tensión, por el progreso técnico, entre la fuerza productiva y la fuerza de consumo genera fuerzas dispersoras. Las materias explosivas que se acumulan originan conflictos primero en la vida económica y luego en la vida política de los pueblos. Cuanto mayor sea la proporción de medios de producción desaprovechados en una economía nacional, tanto más fácil resulta para los gobernantes hacer de ellos un uso inapropiado para fines bélicos. Los enormes recursos destinados a fomentar el bienestar pero insuficientemente utilizados para este fin desde hace décadas finalmente son aprovechados para fines de destrucción y originan colosales devastaciones en todo el mundo civilizado.

La prodigiosa capacidad de producción del capitalismo tardío sólo tiene dos posibilidades de aplicación: o bien produce objetos de consumo y eleva el nivel de vida de las masas, o produce armas mortíferas y destruye el bienestar trabajosamente alcanzado.

¹ "Las modernas teorías de la crisis —dice con razón Adolf Grabowsky— tienen la tendencia a aceptar una considerable serie de causas de origen [...] Todos los factores que toman en consideración [...] los teóricos actuales [son] subcasos y variaciones de la línea general. Marx y los clásicos de la economía nacional no se equivocaban tanto cuando insistían en una explicación de la crisis lo más simple posible." (Grabowsky, *Politik*, Berlín, 1932, p. 179.)

¿Sería posible el fascismo en una situación económica y social distinta? Esta organización política sólo pudo surgir en el capitalismo tardío, sólo pudo echar raíces allí donde se acumuló una enorme capacidad de producción no aprovechada, donde en vano esperaron su valorización enormes fuerzas productivas inactivas. La situación que encontró el fascismo necesaria para sus fines puede caracterizarse brevemente de la siguiente manera: por una parte, técnica de producción altamente desarrollada y gran productividad del trabajo humano; por la otra, miseria de las masas. Las enormes fuerzas productivas inertes —ejércitos de desocupados y fábricas paradas—, que no fueron destinadas al mejoramiento del bienestar del pueblo y al impulso de la cultura, fueron utilizadas por el fascismo para sus conquistas imperialistas. Con ello pudo matar dos pájaros de un tiro: encauzó la economía y simultáneamente empleó, por lo tanto, a los desocupados y reprimió los conflictos sociales atizando los nacionales.

No se puede comprender acabadamente al fascismo si no se conoce la dinámica del capitalismo, especialmente si no se investiga el cambio de estructuras característico de la economía del capitalismo tardío.

3

Antes de abordar la tarea que nos permita desentrañar las enmarañadas consecuencias de la sobreacumulación, queremos demostrar la falta de solidez de la doctrina, asombrosamente difundida, de la *subacumulación*.

El mismo factor que determina la curva de la coyuntura también determina la curva de toda la economía capitalista. Ahora bien, si se prescinde de los factores secundarios, o bien de las causas secundarias, y sólo se repara en la causa principal, es posible diferenciar en la economía nacional dos tendencias diametralmente opuestas.²

Los representantes de una de ellas ven la causa de las perturbaciones económicas en un consumo demasiado grande y un ahorro demasiado escaso (*subacumulación*); inversamente, los de la otra tendencia la ubican en un consumo insuficiente y un ahorro excesivo (*sobreacumulación*). Unos investigadores hablan de un nivel

² Muchos economistas rechazan las teorías de la crisis monocausales por "la complejidad de los fenómenos de la crisis", y hablan de "una diversidad de causas de los acontecimientos". Sin embargo, un examen más detallado demuestra que también en las doctrinas de estos investigadores domina una causa.

de vida de los pueblos demasiado elevado y de escasez de capital, los otros de un estándar de vida demasiado bajo y de un exceso de capital.

Si bien las teorías de la escasez disfrutaban de una "aparición científica", se revelan como insostenibles frente a un análisis más detallado. Si bien en la economía capitalista existe siempre una fuerte tendencia hacia la sobreacumulación, en el capitalismo tardío esta tendencia es más difícil de reconocer que en el alto capitalismo. Orientada en función de la ganancia, la economía capitalista tiene como consecuencia numerosos *faux frais*. Estos *faux frais* —a los que nos referiremos más adelante— crecen, por espontaneidad interna, a un ritmo acelerado, consumiendo más y más de la economía nacional. Ciertamente, puede haber en el capitalismo tardío una escasez de capital, pero en este caso ella no es provocada por un ahorro insuficiente, sino por los crecientes costos muertos, que a su vez son consecuencia de la fuerte tendencia a la sobreacumulación y limitación del consumo.

4

La tarea, que en sí misma no resulta difícil, de demostrar la falta de solidez de las teorías de la escasez y el elevado rigor científico de la teoría de la abundancia se complica por el hecho de que ninguna de las dos tendencias se deriva lógicamente de sistemas correctos. En cada uno de los dos sistemas se mantienen elementos del otro. Por consiguiente, antes de abordar nuestra tarea debemos eliminar de cada uno de ellos los elementos extraños, pues sólo pueden confrontarse sistemas más o menos consecuentemente elaborados.

En la escuela que mejor fundamenta la teoría de la sobreacumulación, o sea en la marxista, encontramos la teoría de la *tasa de ganancia decreciente*, que lógicamente pertenece a las teorías de la subacumulación. Es decir que incluso el sistema marxista ha conservado fragmentos de otras doctrinas, fundamentalmente no se ha desprendido aún de las huellas de su origen (la escuela clásica). Además, doctrinas más recientes características de otras tendencias con frecuencia han sido adoptadas acriticamente por investigadores marxistas. Pero lo mismo a la inversa: los enemigos del marxismo, seguidores de la teoría de la subacumulación, rechazan la teoría de la tasa decreciente de ganancia por "marxista", si bien desde un punto de vista lógico ésta debería ser un elemento de su sistema de pensamiento.

Los defensores de la teoría de la tasa decreciente de ganancia son enemigos de la *teoría de la escasez de capital* y a la inversa. Pero, no obstante, una doctrina implica la otra: si desciende la tasa de ganancia debe verificarse una escasez de capital. Inversamente, cuando se verifica una escasez de capital, en condiciones normales —esto significa prescindiendo de la destrucción de capital, del mal manejo del capital, etc.— sólo puede ser atribuida a una baja de la tasa de ganancia. La escasez de capital supone que la necesidad de capital es relativamente grande y la posibilidad de formarlo relativamente pequeña. Estos supuestos son acertados con una tasa de ganancia decreciente y sólo de esta manera. Como mostraremos más adelante, la tasa de ganancia desciende cuando con progreso técnico cada pequeño aumento de la productividad del trabajo hace necesario un gran aumento del capital por obrero. Por consiguiente, con una tasa de ganancia decreciente la necesidad de capital es grande y la posibilidad de formarlo es pequeña. La tendencia de la tasa de ganancia incide sobre la relación entre la acumulación de capital y la necesidad de capital. Así como con una tasa decreciente de ganancia no puede haber exceso de capital, de la misma manera con una tasa creciente de ganancia no puede haber escasez de capital. Si bien sustentadas por autores de diferentes tendencias, las teorías de la tasa decreciente de ganancia y la de la escasez de capital son miembros consecutivos de la misma cadena de ideas.

Cada producto de la investigación tiene sus propias consecuencias. Si se llega a la conclusión de que la tasa de ganancia desciende, o bien de que falta capital, consecuentemente ha de defenderse la tesis de que el nivel de salarios y el nivel de sueldos están por encima de su nivel. Ocurre lo mismo a la inversa: si del análisis se desprende que la tasa de ganancia aumenta y en la economía nacional se verifica una superabundancia de capital ésta es una prueba concluyente de que el nivel de vida del pueblo está muy por detrás de la potencialidad del aparato productivo.

Quando la tasa de ganancia desciende y la subacumulación se hace evidente, el bajo nivel de vida de las masas es técnicamente necesario, producto de la *naturaleza de las cosas*, "querida por Dios". Cuando la tasa de ganancia sube y hay sobreacumulación, las privaciones de las masas están ocasionadas *por el ordenamiento social*. En el primer caso se trata de leyes *férreas*, en el segundo de leyes *históricas*.

Las necesidades técnicas siguen existiendo en cualquier orden económico, y es necesario soportar los eventuales males que de

ellas se derivan. En cambio, según cuál sea el sistema económico es posible modificar las organizaciones sociales y eclipsar los males que ellas ocasionan. Ya sea de naturaleza socialista o capitalista, ninguna forma económica podría existir a largo plazo si pretendiera pasar por alto las necesidades técnicas, o bien las férreas leyes de la economía. Por consiguiente, la cuestión de si aquí se trata de leyes férreas o históricas es una cuestión del *ser o no ser del socialismo*.

Estas cinco controversias: 1] Tasa de ganancia decreciente — tasa de ganancia creciente; 2] subacumulación — sobreacumulación; 3] bajo nivel de vida — alto nivel de vida; 4] leyes férreas — leyes históricas; 5] capitalismo — socialismo, están íntimamente vinculadas entre sí. La elección de una de estas cinco controversias determina lógicamente la elección en las cuatro restantes.

Una posición correcta con relación a estas controversias contribuye simultáneamente en gran medida a la comprensión no sólo del capitalismo tardío, sino también de su excrecencia, el fascismo. Éste tiene por supuesto que ciertos obstáculos en el desarrollo impiden la oportuna sustitución de la economía capitalista por la socialista. Si la sustitución del sistema económico sobreviviente por otro más adecuado a la época no se verifica en el momento preciso, la economía nacional se desquicia.

El presente trabajo se divide en cuatro partes: en la *primera parte* intentamos eliminar del sistema marxista los elementos extraños; en la *segunda parte* nos proponemos demostrar la falta de solidez de los sistemas contrarios; en la *tercera parte* intentamos hallar las consecuencias de la disminución del consumo en beneficio de la acumulación, o sea mostrar el costo creciente, los *faux frais*; en la *cuarta parte* nos ocupamos de la dinámica de la economía del capitalismo tardío y del fascismo, especialmente del estadio actual del imperialismo.

En las dos primeras partes se pasan por alto las contradicciones capitalistas y los *faux frais* que las ocasionan (con algunas excepciones). La cuestión de los costos muertos, que inevitablemente aumentan a un ritmo acelerado, debido a lo cual constituyen una importante magnitud en la economía actual, es analizada detalladamente sólo en las dos últimas partes.

PRIMERA PARTE

A. LA TEORÍA DE LA TASA DE GANANCIA DECRECIENTE

ADVERTENCIA PRELIMINAR

La teoría de la tasa de ganancia decreciente es sustentada especialmente por los partidarios de la teoría del valor del trabajo; la teoría de la escasez de capital, a su vez, por los partidarios de la teoría de la utilidad límite. Sin embargo, vamos a operar aquí con conceptos de la *teoría del valor del trabajo*.

Los problemas de la economía nacional son de naturaleza cuantitativa. "Por la vía de la medición subjetivista del valor (utilidad límite) nunca se puede obtener una cantidad objetivamente explicable y determinable." "El camino, muchas veces recorrido, que nos señala la vieja teoría del valor del trabajo sigue revelándose aún como aquel que conduce con mayor seguridad al objetivo [...] Que los bienes económicos —suponiendo como dadas las condiciones naturales— sólo son el producto del trabajo humano es un hecho cuya comprobación no debería ser más que un lugar común."¹

"Toda economía es una lucha con la naturaleza, a la que deben serle arrebatados los bienes indispensables para satisfacer las necesidades. Lo que el hombre aporta en esta lucha es trabajo y sólo trabajo. Lo que además del trabajo es necesario para obtener el resultado de la producción —suelo, materias primas, productos naturales, etc.— está dado por la naturaleza. Sólo el trabajo no está dado por la naturaleza, tiene que ser realizado por hombres."²

La "genuina teoría del valor del trabajo" sigue siendo después como antes la "forma más consecuente de las teorías del valor del precio" (P. Struve). "La ley del valor de Marx [...] encierra todos los elementos que son necesarios para un conocimiento total del organismo económico-social y de su movimiento" (J. Gumperz).

La teoría de la utilidad límite encuentra una crítica cada vez más negativa. Como no podemos desarrollar aquí todo el problema

¹ Werner Sombart, *Der moderne Kapitalismus*, tomo 3, 3a. ed., Munich y Leipzig, 1928, p. 141.

² Otto Conrad, "Der Zusammenbruch der Grenznutzentheorie", *Jahrbücher für Nationalökonomie und Statistik*, tomo 129, Jena, 1928, p. 502.

de la utilidad límite, nos remitimos a la aguda crítica que sobre esta doctrina desarrolla Otto Conrad, quien tras un extenso análisis llega a la siguiente conclusión: "La teoría de la utilidad límite constituye [...] un peligro para el prestigio de la economía." Ella ofrece "simples productos del pensamiento y una maraña de cuestiones disputadas [que] no tienen ninguna relación con la verdadera economía política". "Incalculablemente grande es el daño que la teoría de la utilidad límite ha ocasionado ya a la ciencia y el que probablemente ocasionará todavía."³

Es la escuela de la utilidad límite la responsable, en gran medida, de que muchas importantes relaciones de la economía política —que también trataremos más adelante— no hayan sido hasta ahora lo suficientemente conocidas. La doctrina ajena a la vida de esta escuela, esta *plaisanterie viennoise*, contribuyó, también especialmente a la sorprendente enemistad de la mayor parte de los economistas prácticos actuales contra esta teoría de la economía política. "La escuela (matemática) de Lausanne y la escuela de la utilidad límite, emparentada con ella, lograron finalmente que la teoría económica cayera en absoluto descrédito para todas aquellas personas vinculadas a la práctica, para los llamados 'prácticos'." "La intención última" de la escuela matemática (y de la escuela de la utilidad límite, N.M.) es "arrullar económicamente los espíritus y presentar las cosas de tal manera como si este orden económico estuviera por encima de toda crítica".⁴

I. EXPOSICIÓN DE LA TEORÍA

1

Antes de pasar a explicar la teoría de la tasa decreciente de ganancia quisiéramos recordar al lector algunos *conceptos de Marx*.

Según Marx el valor de cada mercancía se determina "por el trabajo socialmente necesario para su producción". Este trabajo

³ Otto Conrad, *op. cit.*, pp. 524 y ss. También Sombart rechaza por completo la teoría de la utilidad límite cuando dice: "El conocido libro de Böhm Bawerk, *Kapital und Kapitalzins* [...] está fuera de la esfera de aquello que yo considero una teoría económica fecunda" (Sombart, *op. cit.*, p. 128).

⁴ H. Honegger, "Die volkswirtschaftstheoretische Forschung in der Schweiz", *Zeitschrift für Schweizerische Statistik und Volkswirtschaft*, año 75, Basilea, 1939, pp. 246-247.

se divide en trabajo pasado y plustrabajo. El trabajo pasado es el que se ha consumido para la producción de medios de producción. Los medios de producción no crean ellos mismos nuevo valor, sólo transfieren su propio valor al producto a medida que se desgastan. Sólo el plustrabajo (vivo) produce nuevos valores. Se compone de una parte paga y de una impaga, de salario y plusvalor. Como el de cualquier otra mercancía, el valor de la fuerza de trabajo (salario) se determina por sus costos de reproducción; sin embargo, la particularidad de esta mercancía consiste en que confiere al producto más valor del que es necesario para su conservación, o sea en que produce plusvalor.

Conforme a ello Marx denomina capital constante (*c*) al capital empleado para la adquisición de medios de producción, y capital variable (*v*) al capital gastado en salarios. Por lo tanto, el valor de la mercancía está integrado por el valor de los dos capitales utilizados en la producción y por el plusvalor, o bien la ganancia (*pv*).

La meta de la economía capitalista no es la satisfacción de las necesidades humanas, sino "la obtención de la ganancia". El capitalista aspira a una tasa de ganancia lo más elevada posible, y el nivel de ésta depende de dos factores: 1] Puesto que no es el capital constante (la máquina), sino sólo el capital variable (el obrero) el que produce plusvalor, la tasa de ganancia —con un nivel dado de salarios— será tanto más elevada cuanto menor sea la parte de capital global que recaiga en el capital constante y cuanto mayor sea la parte que recaiga en el capital variable, cuanto más baja es, por consiguiente, la composición orgánica del capital (*c/v*). 2] Puesto que el capital variable produce tanto más plusvalor cuanto más se explote al obrero, la tasa de ganancia será tanto más elevada cuanto más bajo sea el salario, por ende, cuanto más elevada sea la tasa de plusvalor (*pv/v*).

2

La teoría de la tasa de ganancia decreciente puede ser demolida de la siguiente manera:

Con el progreso técnico aumenta el capital por obrero invertido en medios de producción. Por consiguiente, el capital constante aumenta en relación con el variable. La composición del capital se eleva. Puesto que sólo el capital variable genera plusvalor, el progreso técnico provoca el descenso de la tasa de ganancia. Para asegurar la tasa de ganancia se eleva la tasa de plusvalor, pero el

aumento de ésta no basta para compensar el efecto de la creciente composición del capital sobre la tasa de ganancia. Tan pronto como la tasa de ganancia comienza a descender como producto de la racionalización efectuada, estalla una crisis.

En una de las versiones más novedosas de esta teoría, la de Otto Bauer, se expresa:

“Cuando la tasa de plusvalor ya no aumenta, o no aumenta lo suficientemente rápido como para compensar el aumento de la composición orgánica del capital, comienza a descender la tasa de ganancia social [...] Tan pronto los capitalistas [...] descubren que la tasa de ganancia descende, que los dividendos de las sociedades por acciones comienzan a bajar, se presenta el desastre financiero [...] La crisis se verifica apenas comienza a descender la tasa de ganancia, tan pronto ella tiene que descender debido a que el aumento de la composición orgánica del capital [...] no puede ser ya compensado [...] por el aumento de la tasa de plusvalor.” Para asegurar la tasa de ganancia “la tasa de plusvalor debe aumentar con creciente velocidad”.⁵

La misma concepción es sustentada en casi toda la literatura marxista. Así, por ejemplo, Theodor Mindt dice:

“Ciertamente, la explotación aumenta debido a la intensificación del tiempo de trabajo y a la reducción del salario, pero incluso este acrecentamiento de la tasa de plusvalor no siempre basta para obtener una ganancia mínima adecuada al capital global enormemente aumentado.”⁶

Examinemos esta teoría bajo la lupa.

II. CRÍTICA DE LA TEORÍA

El progreso técnico, o bien la racionalización de la producción, no es un fenómeno único, ni siquiera un fenómeno repetido aunque con poca frecuencia, sino un proceso permanente. Si como producto del progreso técnico la tasa de ganancia descendiera, en el transcurso del desarrollo capitalista, caracterizado por un progreso técnico ininterrumpido y rápido, ella debería descender ininterrumpida y rápidamente. El descenso de la tasa de ganancia debería revelar la misma continuidad y velocidad que se verifica en el

⁵ Otto Bauer, *Zwischen zwei Weltkriegen?*, Bratislava, 1936, pp. 55 y ss.

⁶ Theodor Mindt, *Und morgen wieder Krise?*, Malik, Londres, 1938, p. 125.

progreso técnico. Por consiguiente, en la medida en que se eleva el nivel de la técnica, debería descender la tasa de ganancia. Si esto es así ya hace mucho que la tasa de ganancia debería haber descendido *hasta cero* y de ninguna manera podría presentar las grandes dimensiones que realmente tiene.

Lo que nos proponemos demostrar es que un descenso más o menos permanente de la tasa de ganancia no es en absoluto posible.

Durante una parte de la jornada de trabajo el obrero produce el equivalente de su salario (v) y durante el resto de la jornada de trabajo produce el plusvalor (pv). Suponiendo una jornada y una intensidad de trabajo constantes, $v + p$ por obrero no se modifica, o sea que p sólo puede aumentar a expensas de v , y a la inversa.

Supongamos en primer lugar que la tasa de plusvalor (pv/v) permanece igual, que, por consiguiente, tanto v como p siguen siendo los mismos, y examinemos el movimiento de la tasa de ganancia. Si v y pv no se modifican, la tasa de ganancia ($pv / c + v$) sólo puede descender cuando aumenta c . Pero el capital constante c sólo puede aumentar cuando y en la medida en que haya disponibilidad de capital recientemente acumulado. Empero, el nuevo capital es formado a partir del plusvalor. Si el plusvalor es acumulado anualmente y convertido en capital, el capital constante forma la siguiente serie:

$$\begin{array}{cccccc} \text{1 año} & - & \text{2 año} & - & \text{3 año} & - & \text{4 año} & - & \text{5 año} & - & \text{6 año} \\ & & c & & c + pv & & c + 2pv & & c + 3pv & & c + 4pv & & c + 5pv \end{array}$$

Puesto que el capital constante aumenta y el plusvalor permanece constante, éste pierde importancia con relación a aquél. Cuanto menor sea el plusvalor con relación al capital constante, tanto menos puede aumentar el capital constante y descender la tasa de ganancia.

Hemos supuesto hasta aquí una tasa de plusvalor constante; supongamos ahora una tasa de plusvalor creciente. Una tasa de plusvalor ascendente podría asegurar una tasa de acumulación descendente, y no tendría por qué faltar nuevo capital para una ulterior elevación de la composición del capital; pero una tasa de plusvalor ascendente aseguraría también la tasa de ganancia y evitaría, de este modo, su descenso. Cuanto más aumenta la tasa de plusvalor, tanto más capital se acumularía; pero cuanto más aumenta la tasa de plusvalor tanto menos puede descender la tasa de ganancia.

Una tasa de plusvalor ascendente asegura —*ceteris paribus*— definitivamente la tasa de ganancia y la tasa de acumulación.⁷

Por consiguiente, si con una tendencia decreciente de la tasa de ganancia la tasa de plusvalor no aumentara o no aumentara lo suficiente, faltaría cada vez más capital para innovaciones técnicas. El capital por obrero podría aumentar cada vez menos y la tasa de ganancia, por consiguiente, descender cada vez menos. Si, inversamente, la tasa de plusvalor aumentara lo suficiente, por cierto no faltaría capital y el capital por obrero podría aumentar razonablemente; pero la tasa de ganancia no podría descender.

Una baja de la tasa de ganancia supone: primero que el capital por obrero aumenta, en segundo lugar que el plusvalor o bien permanece constante o crece más lentamente que el capital, y que, por lo tanto, el plusvalor disminuye con relación al capital. Si el plusvalor disminuye con respecto al capital, disminuye también la suma acumulada con relación al capital ya existente. Por ende, el capital por obrero puede aumentar cada vez menos y la tasa de ganancia descender cada vez menos.

Si la tasa de ganancia y de acumulación descendieran desde el comienzo, faltaría más y más capital para un mejor equipamiento de los obreros con medios de producción. Tampoco sería posible un progreso técnico continuado. Con la detención del progreso técnico también se detendría la baja de la tasa de ganancia.

La tasa de ganancia sólo puede descender permanentemente cuando el capital por obrero aumenta permanentemente. Para que el capital pueda aumentar permanentemente también debe aumentar permanentemente la nueva suma acumulada. Puesto que la nueva suma acumulada es el plusvalor acumulado, el plusvalor debe aumentar al mismo ritmo que el capital. Ahora bien, si el plusvalor aumenta a igual ritmo que el capital, la tasa de ganancia *no* desciende.

Si no es posible que la tasa de ganancia descienda permanentemente, ¿qué curva describiría con una tendencia decreciente?

Puesto que una tasa de ganancia decreciente significa también una tasa de acumulación decreciente, cada aumento porcentual ulterior del capital por obrero requeriría de mayor cantidad de

tiempo que el anterior. El tiempo necesario para la acumulación de la suma en cuestión aumentaría más y más.

Si la tasa de ganancia descendiera, su descenso tendría que ser cada vez más lento, o sea a intervalos crecientes o en cuotas decrecientes.

“Por consiguiente, está lejos aún de producirse el derrumbe del capitalismo debido a la baja de la tasa de ganancia, tan lejano como la extinción del sol” (Rosa Luxemburg).

⁷ El plusvalor o ganancia (pv) se descompone en la parte destinada al consumo de los capitalistas (rédito = r) y la parte a acumular (a). Conforme a ello la tasa de acumulación es $= a/c + v$, donde $a = pv - r$. En aras de la simplicidad podemos igualar $r = 0$ y suponer que toda la ganancia es convertida en capital. Entonces la tasa de acumulación es igual a la tasa de ganancia.

B. EL PROGRESO TÉCNICO Y LA TENDENCIA DE LA TASA DE GANANCIA

ADVERTENCIAS PRELIMINARES

Antes de examinar la tendencia de la tasa de ganancia con progreso técnico debemos observar el proceso de la racionalización de la producción. Sin embargo, haremos ante todo algunas advertencias aclaratorias y limitativas.

1] Permanentemente se verifican innovaciones técnicas en todas las esferas de la producción. Algunas elevan la productividad del trabajo en la esfera de los bienes de consumo, las otras en la esfera de los bienes productivos. Cada una de las dos esferas de la producción está constituida por numerosas ramas de la producción, y cada rama de la producción requiere mejoras específicas, técnicamente diferenciadas. Sin embargo, aquí no nos interesa el aspecto técnico del proceso, sino el económico. No preguntamos con qué procedimiento técnico, sino con qué costo se logra un ahorro de trabajo. Es por ello que puede suponerse que existe menor cantidad de descubrimientos de lo que en realidad ocurre, pero que cada descubrimiento se extiende a todas las esferas de la producción; que, por lo tanto, son los mismos descubrimientos los que elevan la productividad del trabajo en la esfera de los bienes productivos y en la esfera de los bienes de consumo. Por esta razón, en adelante consideraremos el efecto del progreso técnico no sobre una industria cualquiera, sino sobre *el conjunto* de la economía. Las industrias acopladas antes y después las consideraremos como una unidad.

2] Como producto de la racionalización de la producción o bien se acrecienta la cantidad de bienes producidos con la misma inversión de trabajo o bien se mejora su calidad. Sin embargo, en aras de la simplicidad puede suponerse que con las innovaciones técnicas no se busca una mejora de la calidad sino un aumento de la *cantidad*. Por la misma razón, puede suponerse que con el progreso técnico no se perfeccionan los medios de producción sino que aumenta su masa por obrero.

3] El obrero no recibe todo el producto de su trabajo. El salario

por la jornada de trabajo de ocho horas es igual al producto de, por ejemplo, tres horas de trabajo. Llamaremos *salario nominal* (*v*) al salario expresado en unidades de tiempo de trabajo.

Como resultado del progreso técnico el *salario real* guarda la siguiente relación con el salario nominal:

a] Si el salario nominal desciende en la misma medida en que la productividad del trabajo aumenta, el salario real permanece igual. La participación del obrero en el producto social disminuye entonces considerablemente.

b] Si el salario nominal desciende menos de lo que aumenta la productividad del trabajo, el salario real aumenta si bien más lentamente que la productividad. La participación del obrero en el producto social disminuye menos que en el caso precedente.

c] Si el salario nominal permanece igual, el salario real aumenta en igual medida que la productividad. La participación del obrero en el producto social no se modifica.

No hay que confundir el salario nominal con el *salario dinerario* ni siquiera bajo el supuesto del patrón oro. Puesto que con el progreso técnico los costos de producción del oro disminuyen, un salario nominal variable significa un salario dinerario creciente y un salario dinerario invariable implica un salario nominal decreciente. En la medida en que el valor del oro desciende, el salario dinerario debe aumentar siempre que el salario nominal permanezca invariable.

En la economía capitalista la jornada de trabajo se divide en dos partes: en una parte de la jornada de trabajo —por ejemplo, en las primeras tres horas— el obrero produce el equivalente de su salario (*v*), en las otras dos partes de la jornada —en las cinco horas restantes— el *plusvalor* (*pv*). Si el salario nominal permanece invariable, tampoco se modifica —bajo las mismas condiciones— el plusvalor. Cuando el salario nominal desciende aumenta el plusvalor.

I. EL ASPECTO ECONÓMICO DE LA RACIONALIZACIÓN

Observemos ahora el proceso de racionalización de la producción global. Examinemos el caso en que el aparato productivo debe ser ampliado con el mismo número de obreros.

En primer lugar los empresarios necesitan más capital constante por obrero; la composición del capital se eleva. Luego aumenta la

productividad del trabajo, se acrecienta la cantidad de productos obtenidos con el mismo gasto de trabajo, es decir se reduce el gasto de trabajo por producto. Esto da lugar a un abaratamiento de todos los bienes, tanto de los productivos como de los bienes de consumo. Puesto que el precio de los bienes productivos se reduce, los empresarios necesitan menos capital constante y la composición del capital (c/v) disminuye. Puesto que el precio de los bienes de consumo disminuye, los empresarios pueden pagar menos salario y la tasa de plusvalor (pv/v) aumenta.¹

Por lo tanto, con la racionalización de la producción no sólo aumenta la masa de bienes productivos por obrero, sino también la productividad del trabajo. Y como la creciente productividad también rebaja el valor de los medios de producción materiales y personales, reduce, por lo tanto, la composición orgánica y eleva la tasa de plusvalor.

Si se desea examinar el efecto del progreso técnico sobre la tasa de ganancia, no se debe dejar de lado ninguno de estos factores. Especialmente no hay que olvidar que no sólo aumenta el volumen de los medios de producción por obrero, sino también la productividad del trabajo, es decir que disminuye el valor de los bienes. Pero el valor decreciente de los bienes modifica tanto la composición orgánica como la tasa de plusvalor en la dirección *propicia* para la tasa de ganancia.

II. INVENCIONES APROVECHABLES

1

En todo sistema económico cada nueva máquina que se incorpora tiene que ahorrar por lo menos tanto trabajo como ella misma cuesta. Pero en el sistema económico capitalista, donde el trabajo adicional se descompone en pago (v) e impago (pv), donde el empresario no paga al obrero un salario correspondiente al valor total del trabajo realizado, sino que retiene una parte de este valor (el plusvalor) sin remuneración, no basta que la máquina sólo ahorre tanto trabajo como ella misma cuesta. Lo que la máquina ahorra en trabajo impago no cuenta.

¹ Suponemos que en este caso impera la libre competencia, por lo cual, con costos decrecientes, los precios disminuyen proporcionalmente.

Lo mismo expresado de otra manera: durante una parte de la jornada de trabajo, por ejemplo la mitad de la jornada, se produce el equivalente del salario, y durante la segunda mitad de la jornada se produce el plusvalor. Si el empresario paga el valor del trabajo realizado en una de las mitades de la jornada, obtiene gratis el trabajo realizado en la otra mitad de la jornada. Puesto que el trabajo realizado en la segunda mitad de la jornada de todos modos no es pagado, el ahorro de este trabajo no ofrece ninguna ventaja al empresario porque él no lo considera como ahorro de trabajo.

Debido a que el trabajo impago (pv) ahorrado no cuenta, cada nueva máquina que se incorpora tiene que ahorrar como mínimo tanto trabajo *pago* (v) como ella misma cuesta en trabajo ($v + pv$). Si no es así, no entra en consideración para el empresario capitalista. Puesto que ella produce pérdidas, no encuentra aplicación.

El mismo razonamiento también puede explicarse así: el productor que depende de su propia fuerza de trabajo compara el trabajo que cuesta la máquina con el trabajo que ella ahorra. En cambio, el empresario que ocupa fuerza de trabajo ajena compara el precio de la máquina con el precio de la fuerza de trabajo. Al fabricante de máquinas el empresario debe pagarle el valor de todo el trabajo empleado en la producción de la máquina, pero al obrero *no* le paga el valor de todo el trabajo que él realiza. Es por ello que en el capitalismo no todas las máquinas que ahorran trabajo son incorporadas; sólo llegan a incorporarse aquellas máquinas que ahorran *relativamente mucho* trabajo.²

Por consiguiente, en las innovaciones técnicas realizadas en el capitalismo la tasa de crecimiento de la productividad del trabajo es bastante elevada, incluso en los casos límite, si se la compara con la tasa de crecimiento de la masa de bienes productivos por obrero.³

² "Considerada exclusivamente como medio para el abaratamiento del producto, el límite para el uso de la maquinaria está dado por el hecho de que su propia producción cueste menos trabajo que el trabajo sustituido por su empleo. *Para el capital, no obstante*, ese límite es más estrecho. Como aquél no paga el trabajo empleado, sino el valor de la fuerza de trabajo empleada, para él el uso de la máquina está limitado por la diferencia que existe entre el valor de la misma y el valor de la fuerza de trabajo que remplace." (Karl Marx, *Das Kapital*, 6a. ed., t. I, p. 356. Hamburgo, 1909. [*El capital*, Siglo XXI, tomo 1/2, p. 478]).

³ Tasa de crecimiento de la masa de bienes productivos = $\frac{c'}{c}$

Pero cuanto más elevada es esta tasa de crecimiento tanto más rápido disminuyen los precios de las mercancías. Cuanto más rápidamente disminuyen los precios de los bienes productivos y de consumo, tanto menos puede aumentar la composición del capital y tanto más puede ser elevada la tasa de plusvalor. Por ello en el capitalismo *siempre es posible* mantener la tasa de ganancia. Si todas las innovaciones técnicas fueran casos límite, entonces la tasa de plusvalor tendría que aumentar en la misma medida que la productividad, pero la tasa de ganancia no tendría que descender, aun con la exclusiva existencia de casos límite.⁴

2

Hemos dicho ya que en la economía capitalista, en la que el empresario deseoso de ganancias explota el trabajo ajeno, no todas las invenciones que ahorran trabajo pueden ser consideradas directamente como aprovechables, sino únicamente aquellas que ahorran trabajo pago (salario). Ahora es necesario agregar que en la economía capitalista desarrollada, que padece dificultades de colocación, ni remotamente llegan a aplicarse todas las invenciones que ahorran trabajo pago. Si estalla una crisis y hay que limitar la producción, la empresa que está en mejores condiciones es aquella que emplea más trabajo manual y menos trabajo mecánico. A los obreros se los puede despedir pero, en cambio, las inversiones ya realizadas no pueden ser anuladas, no se pueden liquidar sin más las instalaciones de la empresa. La empresa menos racionalizada se revela a veces como la más resistente a la crisis. También este hecho eleva las exigencias que deben cubrir los inventos para ser aprovechables.

En el mismo sentido gravita el siguiente hecho: con el progreso

c = capital constante por obrero antes de la introducción de la innovación técnica.

c' = capital constante por obrero después de la introducción de la innovación técnica.

$$\text{Tasa de crecimiento de la productividad del trabajo} = \frac{v + pv + d}{v + pv}$$

v = capital variable por obrero y unidad de tiempo.

pv = plusvalor por obrero y unidad de tiempo.

d = diferencia entre el valor del producto anterior (más elevado) y el nuevo más bajo.

(Esta cuestión se desarrolla más extensamente en mi escrito *Das Marxsche System*, pp. 42 y ss.) [En esp. pp. 44 y ss.]

⁴ Véase la prueba matemática de ello en *ibid.*, pp. 72 y ss. [pp. 71 y ss].

técnico las instalaciones industriales están expuestas al peligro de una desvalorización parcial, ya sea porque resultan superadas por nuevas construcciones más eficaces, ya porque descendiendo su precio con los costos decrecientes de producción. Las máquinas, dice Marx, "experimentan una muerte moral aun antes de que se hayan desgastado". Cuanto mayor sea el peligro de desvalorización, tanto más trabajo tiene que ahorrar una nueva máquina —bajo las mismas condiciones— para ser incorporada.

La sustitución del trabajo manual por el mecánico encierra algunos peligros para el empresario; por esta razón, *no todas* las invenciones que ahorran trabajo pago son aprovechadas en la práctica en el capitalismo. ¿Para qué tipo de invenciones es mayor la probabilidad de que lleguen a ser incorporadas?

Cuanto más, en iguales condiciones, un nuevo invento eleve la productividad del trabajo, tanto mayor será la ventaja en los costos del empresario que la incorporó primero frente a los competidores que aún producen según el viejo método. Y cuanto mayor sea esta ventaja en los costos tanto mayor serán las *ganancias extraordinarias*. Por ello, el empresario pionero (productor dinámico) se decidirá antes a introducir una mejora técnica según perciba cuán grandes son las ganancias extraordinarias que ésta puede depararle. Por lo tanto, la probabilidad de que un invento sea realmente incorporado se eleva proporcionalmente al monto de las ganancias extraordinarias que promete.

Los inventos que constituyen casos límite no arrojan ganancias extraordinarias; en estos casos las máquinas ahorran sólo tanto salario como el que ellas han costado, y como al empresario pionero le interesan, junto a las innovaciones técnicas, precisamente las ganancias extraordinarias, un invento tiene tantas mayores posibilidades de ser aprovechado cuanto menos carácter de caso límite tenga, cuanto más aumente la productividad del trabajo.

Las innovaciones técnicas son incorporadas sólo cuando aseguran elevadas ganancias extraordinarias, y éstas, a su vez, serán tanto más elevadas cuanto más trabajo ahorren aquéllas. Pero cuanto mayor sea la cantidad de trabajo ahorrada, más descenderá el valor de los bienes, la composición de capital será proporcionalmente más baja, y elevada, por el contrario, la tasa de plusvalor.

El progreso técnico avanza a pasos agigantados. Un conocimiento más perfecto de la naturaleza, un mayor desarrollo de las ciencias naturales implican correlativamente mayores adelantos de la ciencia. Si en el pasado las mejoras técnicas dependían de la casua-

lidad, de invenciones realizadas ocasionalmente, en la actualidad se trabaja sistemática y planificadamente en centros de experimentación y lugares de investigación especialmente dispuestos para ello por personas especialmente preparadas en la tarea de obtener mejoras técnicas. En cada rama de la industria se investiga paso a paso dónde se puede incrementar aún la productividad del trabajo. Como consecuencia, cotidianamente se registran mejoras técnicas en innumerables lugares. Si hubo un tiempo en que cada progreso técnico era una sensación, actualmente los progresos técnicos se han convertido en algo cotidiano. Los nuevos inventos se suceden rápidamente; podría hablarse de una carrera de invenciones técnicas.

En la época en que la aplicación técnica de la ciencia ha devenido una tarea consciente, el empresario que desea racionalizar tiene una opción: puede calcular qué inventos quiere aprovechar y cuáles no. De la corriente de inventos que fluye continuamente puede elegir aquellos que ofrecen las mayores ganancias extraordinarias, aquellos que, por lo tanto, elevan más la productividad del trabajo y posibilitan un mayor descenso del valor de los bienes.⁵

III. RACIONALIZACIÓN Y COMPOSICIÓN DEL CAPITAL

I

¿Aumenta la composición del capital con cada racionalización de la producción? ¿Corresponde a la naturaleza de la racionalización que el capital constante por obrero deba aumentar cada vez?

Supongamos en primer término el caso más desfavorable, o sea que con la valorización de cada invento técnico aumente el volumen de los medios de producción que recae en cada obrero. Es posible diferenciar entonces tres grupos de inventos:

1] La tasa de crecimiento de la productividad del trabajo es *menor* que la tasa de crecimiento de la masa de bienes producidos por obrero;⁶ el valor de los bienes, y también, por lo tanto, de los

⁵ "Invenciones rentables y por lo tanto económicamente relevantes se realizaron en forma particularmente importante precisamente en las últimas décadas y años" (Wilhelm Eucken, *Weltwirtschaftliches Archiv*, Kiel, 1932, t. 36, p. 300).

⁶ Cf. p. 27. Nota al pie de página 3.

medios de producción, disminuye menos de lo que aumenta su masa por obrero. La composición del capital aumenta.

2] La tasa de crecimiento de la productividad del trabajo es *igual* a la tasa de crecimiento de la masa de bienes producida por obrero; el valor de los bienes de producción disminuye en el mismo grado en que su masa por obrero aumenta. La composición del capital no se modifica.

3] La tasa de crecimiento de la productividad del trabajo es *mayor* que la tasa de crecimiento de la masa de bienes producida por obrero; el valor de los bienes productivos disminuye más de lo que aumenta su masa por obrero. La composición del capital disminuye.

Debido a que con el progreso técnico no sólo aumenta el volumen de los medios de producción por obrero, sino que simultáneamente disminuye el valor de los medios de producción, la composición del capital no aumenta con cada innovación técnica. Por el contrario, se eleva con la introducción de invenciones del primer grupo y permanece igual o desciende con las del segundo o tercer grupo.

¿Qué importancia se le debe asignar a cada uno de estos tres grupos?

Ciertamente, las invenciones del grupo 1 son las más numerosas. Pero dado que su aprovechamiento es relativamente poco rentable pues ofrece pequeñas ganancias extraordinarias, si es que las ofrece, un gran porcentaje de invenciones de este grupo resulta desaprovechado. Muy diferente es el caso cuando se trata de invenciones del grupo 2 y 3. En estos casos su aprovechamiento es casi seguro. Y es precisamente con el empleo de estas invenciones que la composición del capital no aumenta, sino que permanece igual o disminuye.

2

Hemos dado ya por supuesto que con cada innovación técnica la masa de los medios de producción que recae en el obrero debe ser acrecentada. Pero en realidad no es éste el caso que se presenta siempre.

Podría darse el caso de numerosas máquinas nuevas e instrumentos de producción más efectivos que los antiguos que no representarían un gran volumen o un valor elevado. Incluso podría haber nuevos métodos de producción que acrecentaran la prosperi-

dad del obrero y redujeran simultáneamente el volumen de medios de producción o bien su valor por obrero.

Ya decía Wilhelm Lexis que "La fabricación de una máquina más eficaz no tiene por qué requerir más tiempo que la de una menos perfecta. El espíritu de invención descubrió una nueva forma más adecuada; con su aplicación, el aprovechamiento de la materia no requiere, sin embargo, más trabajo del que se empleaba antaño para el medio de producción menos productivo."⁷ Similar es la opinión de Ladislaus v. Bortkiewicz: "El progreso técnico no siempre se abre paso en el sentido [...] de un mayor empleo de capital; bajo ciertas circunstancias también puede presentarse el caso contrario, es decir que a través de un nuevo invento resulta *desocupado capital*."⁸

Un invento, dice Clark, que en las empresas en cuestión compromete más capital que antes no da lugar a una mayor necesidad de capital en el conjunto de la economía si por un descenso de los costos en empresas acopladas posteriormente se desocupa capital. Así "el procedimiento Bessemer requirió por cierto grandes inversiones, pero seguramente debido al abaratamiento del acero actuó como *economizador de capital*".⁹ Además, las mejoras técnicas, continúa Clark, pueden "acrecentar la velocidad de producción de las máquinas, de tal manera que para la fabricación de las mismas cantidades de producción se utilizan menos máquinas que antes".¹⁰ También esto economiza capital.

3

Además, no hay que olvidar que existen nuevos procedimientos que no sólo elevan la productividad del trabajo, sino que también *acortan los procesos de producción*. "Junto al desarrollo del capitalismo marcha paralelo el esfuerzo por acortar los prolongados períodos de producción, por acelerar los procesos técnicos, por comprimir el tiempo durante el cual el capital atraviesa el proceso técnico de producción, por acelerar el paso del producto por el proceso técnico [...] y, en lo posible, tratar de liberar al proceso de producción de su sujeción a la naturaleza y de sus períodos y plazos

⁷ W. Lexis, *Schmollers Jahrbuch*, N.F., año 19, p. 355.

⁸ Ludwig von Bortkiewicz, *Schmollers Jahrbuch*, N.F., año 30, p. 80.

⁹ John B. Clark, *Essentials of Economic Theory*, citado según U. Leffson, *Zeitschrift für Nationalökonomie*, Viena, 1938, t. 9, p. 447.

¹⁰ *Ibid.*

'orgánicos'.¹¹ "Efectivamente los rodeos de la producción disminuyen en número, o [...] muchos de ellos suponen una duración cero."¹²

Gracias a la técnica moderna muchos procesos de producción requieren una cantidad de tiempo considerablemente menor que antes. Un acortamiento del tiempo de producción, y, por lo tanto, un *acortamiento del tiempo de rotación* del capital, ejerce, sin embargo, el mismo efecto sobre la tasa de ganancia que una reducción de la composición orgánica.¹³

En el mismo sentido opera el *perfeccionamiento de los medios de comunicación*. Cada aceleramiento de la circulación de bienes, personas y noticias reduce el empleo de capital circulante (en parte también del fijo) en el conjunto de la economía. Cada mejora de los medios de comunicación ahorra capital en todas las esferas de la producción.

Hasta ahora hemos hablado de la racionalización de la producción como consecuencia de la introducción de máquinas economizadoras de trabajo (máquinas de fuerza y máquinas de trabajo). Ahora bien, paralelamente con la mecanización del proceso de producción tiene lugar otro tipo de racionalización. Ya el mismo pasaje de la pequeña a la gran empresa ahorra diversos costos. Los gastos por edificaciones e instalaciones industriales —aplicados a la unidad de producción— son menores en una empresa grande que en una pequeña. Dentro de un cierto espacio ellos aumentan con la ampliación de las empresas subproporcionalmente. Algo similar ocurre con la ampliación de empresas por la anexión de nuevas fábricas: por combinación vertical —anexión de fábricas que representan etapas consecutivas de producción— son ahorradas ganancias intermediarias, costos de transporte y todo tipo de gastos generales. Por combinación horizontal —anexión de empresas que pertenecen a la misma etapa de producción— también se reducen diversos costos. Pues una combinación semejante posibilita el aprovechamiento común de laboratorios de investigación, depósitos, oficinas de construcción, etc. Tampoco hay que olvidar las numerosas medidas de organización, como por ejemplo el aprovechamiento de residuos y de productos secundarios, disminución

¹¹ A. Salz, "Kapital, Kapitalformen, Kapitalbildung, Kapitaldynamik", en *Grundriss der Sozialökonomik*, Tubinga, 1925, t. iv, 1a. parte, p. 153.

¹² C. A. J. von Gadolin, "Zeitkonzeption des Kapitals", *Zeitschrift für Nationalökonomie*, Viena, 1937, t. 8, p. 71.

¹³ Véase en este sentido mi escrito *Das Marxische System*, pp. 96 y ss. y 104 y ss. [pp. 92 y ss. y 99 y ss.].

de existencias, elección de un lugar más apropiado con relación a la materia prima y a la colocación, etc. En este contexto, también hay que tener en cuenta la estandarización y tipificación rápidamente creciente de la producción. Todas estas medidas elevan la productividad del trabajo humano. Si con la ayuda de ellas se ahorra la parte circulante o fija del capital constante, disminuye la composición del capital y aumenta la tasa de ganancia.

Resultado: con *cada* racionalización de la producción, con cada innovación técnica o de organización la productividad del trabajo humano aumenta. Pero en cambio *no* con *cada* racionalización aumenta el volumen de los medios de producción por obrero. Y *no* con *cada* incremento de este volumen aumenta su valor.

Supongamos que la fuerza de trabajo humana sea eliminada casi por completo por fuerza mecánica, y que bastara el movimiento de un dedo para poner en marcha una gigantesca fábrica. El volumen de los medios de producción que recaería en el obrero sería, por tanto, muy grande. ¿Significaría esto que la composición del capital es muy elevada? Solamente significaría que la productividad del trabajo humano es muy elevada y que, consecuentemente, en el enorme aparato productivo se encierra poco trabajo; que la gigantesca maquinaria tiene un valor de trabajo relativamente bajo. Si disminuye el número de obreros por volumen de medios de producción, entonces disminuye también el valor de los medios de producción. Por ello la composición del capital no puede ser elevada. ¡No hay que dejarse deslumbrar por la masividad del moderno aparato productivo! ¡No debe juzgarse el valor de la maquinaria por su volumen!

En una polémica con sus críticos el propio Böhm Bawerk —el creador de la teoría de los rodeos más prolongados a la producción (composición creciente del capital)—¹⁴ admite que por la introducción de nuevas invenciones no siempre necesariamente se emplea más capital, sino que también puede ser “capital desocupado”. Él supone que los rodeos a la producción se prolongan en progresión decreciente. En cierto modo critica su propia doctrina cuando dice: “Evidentemente la cosa no puede seguir así hasta literalmente el infinito. Evidentemente se manifiesta [...] una tendencia hacia el sucesivo debilitamiento del fenómeno.”¹⁵

¹⁴ Sobre el concepto de “rodeos a la producción”, que de todos modos es muy impreciso, véanse Lindberg, *Zeitschrift für Nationalökonomie*, t. 4, p. 512, y Morgenstern, *ibid.*, pp. 202 y ss.

¹⁵ Böhm Bawerk, *Positive Theorie des Kapitals*, Jena, 1921, t. 2, p. 19.

IV. NIVEL REAL Y APARENTE DE LA COMPOSICIÓN DEL CAPITAL

1

La composición del capital —valor de los medios de producción por obrero— parece ser mucho más elevada de lo que en realidad es. Y esta diferencia entre la composición del capital real (con arreglo al valor) y la aparente aumenta más y más a medida que el capitalismo envejece. Este hecho tiene numerosas razones que aquí sólo podemos tratar someramente.

En el sistema de libre competencia, cuando los costos de producción de las empresas racionalizadas disminuyen los precios de las mercancías, descienden y lo mismo ocurre, por lo tanto, con los precios de los medios de producción. Con la cartelización, no es éste siempre el caso, ni remotamente. Los precios de las mercancías son fijados por los *cárteles* sobre una base tal que también a las fábricas técnicamente más retrasadas, que trabajan con costos elevados, asegura un beneficio neto.

Pero aun si se liquidan las empresas retrasadas los precios no descienden, o no lo hacen proporcionalmente, pues estas empresas no desaparecen sin indemnización. Cuanto mayor sea la sobreproducción y las dificultades de colocación, tanto más ruda será la lucha entre los miembros del cártel por las cuotas de mercado que éste les asigna (participación en las ventas). Es por ello que los propietarios de las modernas empresas racionalizadas tienden permanentemente a adquirir cuotas de mercado que se liberan de los propietarios de empresas envejecidas. Si las empresas que resultan envejecidas de la incorporación del progreso técnico no desaparecen sin indemnización, sino que son indemnizadas a través de rentas por las cuotas de mercado adquiridas, los costos de producción, y también, por lo tanto, los precios de las mercancías, siguen siendo elevados a pesar del progreso técnico y de la creciente productividad del trabajo. Y el pago a través de rentas, “jubilación de competidores no rentables” (M. L. Bonn), se incrementa cada vez más. “No sólo personas aisladas, sino familias, grupos enteros de intereses, pueden mantenerse actualmente al amparo de un monopolio, cuando antes, bajo el sistema de la libre competencia, hubieran sido desplazados brutal y despiadadamente” (Schmalenbach); cuanto mayor sea el peso de la indemnización, tanto menos podrán descender los precios de las mercancías, ni, por consiguiente, los de los medios de producción.

Los *trusts* tienen costos más elevados aun. En este caso no se da,

ciertamente, una lucha por la cuota. Pero el trust tiene "que pagar, por lo regular, un alto precio a las empresas hasta entonces independientes para estimular a sus propietarios a incorporarse al mismo". "Puesto que el trust se forma a través de aportaciones de bienes que deben ser estimados, naturalmente es posible que la apreciación sea muy arbitraria. Los propietarios exigen y obtienen, por consiguiente, una indemnización muy elevada por la así llamada *good will*, o sea por la buena voluntad de incorporarse al trust."

"Al gasto de capital destinado al propietario anterior hay que sumar aun una suma muy elevada en concepto de costos de fundación." "La fundación de un trust y la fusión de empresas de todo tipo en una sociedad [...] se ha convertido en un negocio especial, muy lucrativo." "Los fundadores de trusts obtienen ganancias por el hecho de que reciben muchas veces todavía un elevado beneficio por los nuevos valores emitidos de las sociedades de control sobrecapitalizadas."

Empero, lo expuesto hasta aquí no sólo se refiere a los trusts, sino también a numerosas sociedades por acciones, pues los fundadores obtienen ganancias sobrevaluando los bienes materiales no sólo con la fusión de empresas ya existentes, sino también con la fundación de otras nuevas.¹⁶

Aun contando con progreso técnico y costos decrecientes, los cárteles y los trusts no se apresuran a descender los precios, sino que tensionan al máximo el arco de los precios, y debido a que las industrias de medios de producción (industria minera, de maquinaria, energéticos, etc.) pertenecen al grupo de las más cartelizadas, los precios de los medios de producción están permanentemente sobrevaluados.¹⁷ Cuando debido a la racionalización de la producción los precios de los medios de producción no descenden o no lo hacen proporcionalmente, el capital por obrero parece elevado.

16 R. Liefmann, *Trusts*, HWBdSt, iv ed., t. 8, pp. 308 y ss.

17 "En la economía actual los costos monetarios no sólo pueden aumentar porque se emplea una cantidad mayor de bienes reales, sino porque los participantes se conceden un ingreso más elevado. Pero esto no configura un verdadero aumento de costos." (E. Böhler, *Das Preis- und Lohnproblem in volkswirtschaftlicher Beleuchtung*, Zürich, 1941, p. 12) — "En lugar del principio según el cual a mucho movimiento-pequeña utilidad aparece el inverso poco movimiento-gran utilidad [...] El monopolio prefiere la combinación de precios elevados con escasa producción" (Wilhelm Röpke, *Die Gesellschaftskrisis*, Erlenbach-Zürich, 1942, p. 360).

2

En el mismo sentido opera la sobreacumulación. En la economía capitalista la creciente productividad del trabajo tiene como consecuencia dificultades cada vez mayores de colocación, que ocasionan cuantiosos *costos improductivos* (piénsese, por ejemplo, en el deficiente aprovechamiento de la capacidad de producción de empresas industriales, en la costosa publicidad, etc.). Si gracias al progreso técnico disminuyen los costos necesarios pero simultáneamente aumentan los costos improductivos, los precios de las mercancías, y también, por consiguiente, los de los medios de producción, no pueden descender proporcionalmente. Esta situación trae aparejado el hecho de que la composición orgánica parezca más elevada de lo que en realidad es.

Como consecuencia de las manipulaciones a las que se somete a la moneda, la *depreciación monetaria* (reducción del peso en oro de la unidad monetaria, etc.) que eleva artificialmente el nivel de precios contribuye en una medida considerable a que el valor de la maquinaria que recae sobre el obrero aparente ser más elevado de lo que es.

En tiempos de guerra los precios aumentan rápidamente como consecuencia de la escasez de materias primas, inflación, etc. Sin duda, pasada la guerra los precios descenden pero no en la misma medida en que habían aumentado en el período bélico. El nivel de precios permanece elevado. Esto ocasiona también una elevación aparente de la composición del capital.

Otra razón importante del progresivo encarecimiento, y también, por lo tanto, de la creciente composición del capital, que no está condicionado por la técnica moderna es la *insuficiencia de mercancías*. Producto de la enorme limitación de la industria de paz en beneficio de la industria bélica, y como consecuencia de las terribles destrucciones que las guerras actuales traen consigo, los bienes existentes (incluidas las instalaciones industriales) adquieren una especie de valor por su rareza. En tiempos de paz la producción puede ser mantenida deliberadamente baja, es decir que se interrumpe la producción de valores, si bien todos los supuestos técnicos para que ésta se dé están presentes; en tiempos de guerra los valores son deliberadamente destruidos. Sin embargo, sólo con un aprovechamiento total de la capacidad de producción, o sea con producción óptima y un empleo adecuado de los valores producidos, no con su destrucción, el capital que recae en el obrero puede ser mantenido a bajo nivel, a pesar de la técnica moderna.

Cuando los precios aumentan en lugar de descender, la composición del capital parece más elevada de lo que es. Ocurre lo contrario con la productividad del trabajo. El progresivo encarecimiento hace suponer que la productividad del trabajo humano disminuye, si bien en realidad aumenta a gran velocidad. La productividad del trabajo parece más baja de lo que es.¹⁸

3

Desde hace poco tiempo ha aparecido un método para incrementar la composición del capital. Con el fin de no provocar un escándalo público, para ocultar ganancias de guerra y eludir en lo posible impuestos más elevados, este método se aplica en las ramas de la producción en las que dificultosamente se obtiene una “*rectificación del capital*” ascendente. Para mantener la tasa de dividiendo en un nivel medio y mostrar al profano como un ganador normal, el capital es nuevamente valorado. “Se coloca el capital en una relación correcta con las ganancias.” De este modo la ganancia se duplica y lo mismo ocurre con el capital. Los accionistas reciben acciones gratuitas.

Entonces, sobre la composición del capital no decide ya el valor del capital material por obrero, sino el plusvalor por obrero. La tasa de ganancia no es determinada ya por la composición del capital, sino, paradójicamente, a la inversa: la “composición del capital” por la tasa de ganancia.

En la actual situación económica y social no debe confiarse sin más en lo que se ve. Los fenómenos que se hallan en la superficie son engañosos. La verdad está oculta.

V. INTENSIDAD DEL TRABAJO Y COMPOSICIÓN DEL CAPITAL

1

Hasta ahora, en aras de la simplicidad, hemos dado por supuesto

¹⁸ A pesar del encarecimiento artificial de los medios de producción, si no carece de colocación el capital fijo puede ser amortizado en un lapso de tiempo relativamente breve. A veces sucede que el valor de una instalación industrial, de una gran masa de medios de producción, puede ser amortizado en un año o incluso en pocos meses. El hecho de que la amortización del capital fijo pueda ser realizada en tan corto tiempo demuestra que la ganancia por obrero, no el capital, es muy elevada.

que la composición del capital (la real, no la aparente) aumenta sólo cuando mediante el progreso técnico los obreros son equipados con maquinarias más perfectas.

En realidad la composición del capital también aumenta cuando la misma cantidad de máquinas es atendida por pocos obreros.

En el primer caso el aparato resulta acrecentado y el número de obreros no varía. En el segundo, el aparato se mantiene igual y el número de obreros disminuye. En ambos casos aumenta, por lo tanto, el capital constante por obrero y la composición del capital (c/v) se eleva. Pero en los dos casos la tasa de ganancia ($pv/c + c$) no disminuye si el salario nominal permanece invariable. Ella descende en el primer caso, pero en el segundo aumenta. La explicación es la siguiente:

En el primer caso aumenta el capital por obrero y por rendimiento de trabajo. En el segundo caso sólo aumenta el capital por obrero, no por rendimiento de trabajo. La cantidad de trabajo realizado no disminuye en el segundo caso a pesar del reducido número de obreros. Se emplea menor cantidad de obreros, pero cada obrero rinde más. ¡Un obrero trabaja por dos!

En ambos casos se realiza, *ceteris paribus*, la misma cantidad de trabajo, pero en el segundo caso se paga menos salario que en el primero. Por ello la tasa de ganancia aumenta a pesar de la composición creciente del capital.

Aun puede presentarse otro caso: cuando debido a la utilización de refinados métodos de trabajo y de remuneración los mismos obreros se estimulan para un mayor rendimiento, lo cual permite reducir el personal de control encargado de la supervisión.¹⁹

También aquí se produce un aumento tanto de la composición del capital como de la tasa de ganancia. El capital constante aumenta por obrero (o por empleado), mas no por rendimiento de trabajo. Si bien se ocupa menos empleados, no varía el rendimiento de trabajo. Por ello la tasa de ganancia aumenta a pesar de la composición creciente del capital.²⁰

Se presenta un caso similar cuando se acelera el funcionamiento de la maquinaria sin aumentar el número de obreros que la atienden.

Aquí la composición del capital no varía; sin embargo, la tasa

¹⁹ “La intensidad del trabajo es controlada aquí por la forma del salario” (Marx, *Das Kapital*, t. 1, p. 516).

²⁰ Similar es el caso cuando a través de *medidas organizativas* se elimina el trabajo no empleado racionalmente. También aquí se verifica el aumento tanto de la composición del capital como de la tasa de ganancia.

de ganancia aumenta. El capital constante no disminuye por obrero, pero sí por rendimiento de trabajo. El número de obreros no aumenta, pero cada obrero rinde más, por esta razón la tasa de ganancia aumenta a pesar de que la composición del capital permanece invariable.

2

Suele atribuirse la creciente composición del capital a la maquinización, pero no se tiene en cuenta que ésta también aumenta debido a la *intensificación del trabajo*. Cuanto más intensamente trabaja un hombre en una empresa, cuanto más trabajo realiza bajo las mismas condiciones tanto menos obreros necesita el aparato productivo, tanto más capital constante recae por hombre.

En los orígenes del capitalismo la jornada de trabajo era larga, pero el rendimiento de trabajo por hora era escaso. Poco a poco la jornada de trabajo se redujo, pero el rendimiento del trabajo por hora aumentó. A la reducción de la jornada de trabajo correspondió un aumento *sobreproporcional* del rendimiento por hora. A pesar de la reducción del tiempo de trabajo se consumió más trabajo que antes.

En el transcurso de las dos últimas décadas la jornada de trabajo ya no se redujo, más bien se prolongó; sin embargo, la intensidad del trabajo siguió aumentando. En este sentido hay que tener en cuenta el acelerado funcionamiento de las máquinas y la mayor extensión del aparato que debe ser controlado por los obreros. Piénsese, además, en los modernos métodos de trabajo como el sistema Taylor, la producción en serie, etc., que contribuyen a la máxima intensificación del trabajo, a la total eliminación de movimientos inútiles, a la estricta fijación del tiempo de trabajo y al control automático de los obreros. No hay que olvidar tampoco los refinados métodos de remuneración (trabajo a destajo y sistema de premios) que incitan al obrero al máximo rendimiento, le arrancan esfuerzos especiales.

La fuerza de trabajo es exigida más, "los poros del tiempo de trabajo son rellenados más apretadamente". En el mismo tiempo "es movilizada más fuerza de trabajo, comprimida una masa mayor de trabajo".²¹

No sólo por lo que relatan los obreros, sino también la gente imparcial, se sigue verificando que la enorme condensación del

²¹ Karl Marx, *op. cit.*, pp. 373 y ss.

trabajo, su precipitado ritmo, conducen a la extenuación y al agotamiento prematuro de la fuerza de trabajo. La reserva de fuerzas del obrero, al que cotidianamente se le exige un gasto demasiado grande de energía, se agota demasiado rápido.

La oferta excesiva de fuerza de trabajo permite seleccionar a los obreros. Se emplean obreros dóciles que aceptan sin resistencia el aumento de intensidad en el trabajo, y por cierto sólo son arrojados fuera del proceso de producción; disminuye la edad promedio del obrero industrial. Sólo a través de semejante selección se explica que los empresarios pudieran llevar a cabo esta enorme intensificación del trabajo.

El sustento que el empresario paga al obrero corresponde a aproximadamente tres décadas, pero utiliza su fuerza de trabajo de cinco décadas. El que es ajeno al proceso sólo ve una composición creciente del capital, o sea un número menor de obreros por máquina. Pero lo que en realidad ocurre es que se obtiene un gran aprovechamiento de la fuerza de trabajo y un *considerable ahorro de salarios*.

La sobrecarga de la fuerza de trabajo es tan grande —escribe J. Ermanski— que en ciertas circunstancias todas las ventajas del acortamiento del tiempo de trabajo llegan a ser desbaratadas. Debido a la sobrecarga de la fuerza de trabajo, "el centro de gravedad de la lucha de la clase obrera debe trasladar su eje de la lucha contra la intensificación absoluta (esto es, prolongación del tiempo de trabajo) a la lucha contra la intensificación relativa del trabajo".²²

A pesar de la fuerte intensificación del trabajo, en los últimos años ha reaparecido la tendencia a prolongar la jornada de trabajo.

En el capitalismo temprano el plusvalor absoluto es incrementado mediante la prolongación del tiempo de trabajo, en el alto capitalismo a través de la intensificación del trabajo y en el capitalismo tardío se utilizan simultáneamente ambos métodos.

Si la composición del capital aumenta debido a que los obreros han sido equipados con máquinas sofisticadas, con un salario nominal invariable disminuye la tasa de ganancia. Si la composición del capital aumenta porque la misma maquinaria es atendida por un número menor de obreros, cuando el salario nominal no varía la tasa de ganancia se eleva.

²² J. Ermanski, *Theorie und Praxis der Rationalisierung*, Verlag für Literatur und Politik, Viena, 1928, p. 151.

No todo progreso técnico trae aparejado un aumento de la composición del capital. Aun cuando aumente, este hecho no demuestra, sin embargo, que la tasa de ganancia descienda. Para poder emitir una opinión sobre la tendencia de la tasa de ganancia es preciso examinar en cada caso si la composición del capital aumenta, y si lo hace cuáles son las razones.

No toda innovación técnica eleva la composición del capital y *no toda* elevación de la composición del capital presiona sobre la tasa de ganancia. Hay innovaciones técnicas con cuya incorporación la composición del capital disminuye y la tasa de ganancia aumenta. Pero también hay innovaciones técnicas por las que tanto la composición del capital como la tasa de ganancia aumentan, en ambos casos bajo el supuesto de un salario nominal constante.

Hay que huir de las opiniones ligeras acerca del movimiento de la tasa de ganancia sobre la base del movimiento de la composición del capital.

VI. GANANCIAS EXTRAORDINARIAS Y CAPITALISMO MONOPÓLICO

La tasa de ganancia puede ser aumentada a través de la reducción del salario y también por medio de ganancias extraordinarias. Al igual que la composición creciente del capital, las ganancias extraordinarias son fenómenos concomitantes de la racionalización.

Puesto que las innovaciones técnicas y organizativas ahorran trabajo, simultáneamente reducen los costos. Mientras la reducción de costos no se traduzca proporcionalmente en el precio, éste contiene una ganancia extraordinaria. En tiempos del sistema de libre competencia las innovaciones técnicas producían ganancias extraordinarias únicamente a los empresarios pioneros y sólo durante un breve período de tiempo. Tan pronto como una innovación técnica era incorporada por varios empresarios, descendía el precio y la ganancia extraordinaria desaparecía. Si tenemos en cuenta que las uniones monopólicas se multiplican y con ellas los precios no descienden proporcionalmente a la reducción de costos, en las industrias cartelizadas las ganancias extraordinarias no sólo favorecen a los empresarios dinámicos, sino a todos aquellos cuyas fábricas han sido racionalizadas. De esta manera las ganancias extraordinarias, antes temporarias, tienden a hacerse permanentes.

En nuestra economía no tradicionalista, en la cual, mientras haya colocación, la racionalización es considerable, frecuentemente los precios contienen varias ganancias extraordinarias dispuestas en capas. Las ganancias extraordinarias se suman directamente.

En los precios de cártel, fijados de tal manera que la empresa más antigua, que trabaja en la forma menos racional, también obtiene una ganancia, las fábricas modernas, totalmente racionalizadas, obtienen ganancias enormes. Cuanto más viejo el capitalismo monopolista y más rígida la cartelización, tanto más elevadas son las ganancias extraordinarias que contienen los precios.²³

En la actualidad las ganancias extraordinarias han dejado de ser una excepción para convertirse en la regla. Los beneficios de la creciente productividad no favorecen a los consumidores sino, y de manera creciente, a los empresarios. Por otra parte, los consumidores de algunas ramas de la producción contribuyen a que un puñado de accionistas embolsen elevadas ganancias.

Cuanto mayor sea la frecuencia en la racionalización, más frecuentes serán los casos en que haya que aumentar el capital constante por obrero.²⁴

Pero *no cada* racionalización —ni mucho menos— requiere más capital por obrero; por el contrario algunas racionalizaciones desocupan capital. En cambio, cada racionalización arroja, al menos temporalmente, ganancias extraordinarias. Y cuanto mayor sea el aumento en la productividad del trabajo producto de una innovación técnica, tanto más elevada será la ganancia extraordinaria. Las ganancias aumentan más rápidamente que la composición del capital.

La tasa de ganancia puede ser elevada a través de ganancias extraordinarias, pero también recurriendo a reducciones de salario. Sin embargo, en el último caso se presentan ciertos límites estrechos que no pueden ser fácilmente traspasados. En el primero —las ganancias extraordinarias—, en cambio, los límites son mucho más amplios. Ellas no conocen límites.

Cuanto más grandioso sea el desarrollo de la técnica, cuanto más ingeniosos los inventos, tanto más elevadas serán las ganancias

²³ Cuando se habla de "capitalismo monopolista" no se piensa en un estadio de desarrollo del capitalismo en el que la competencia está completamente eliminada, más de una vez se ha hecho esta interpretación de dicha expresión, pero ella es errónea. La expresión "capitalismo monopolista" —como antítesis de "capitalismo competitivo"— sólo hace referencia a una tendencia en el desarrollo. Utilizamos esta expresión sólo en aras de la brevedad.

²⁴ Especialmente cuando la creciente productividad del trabajo no repercute lo suficiente en los precios de los medios de producción.

extraordinarias. Las reducciones salariales son deducciones de los ingresos de una capa de la población. Las ganancias extraordinarias, en cambio, son deducciones de los ingresos de todas las capas de la población, y no sólo de un país, ni siquiera de los países capitalistas exclusivamente.

No compartimos, por cierto, la afirmación de Schumpeter según la cual el conjunto de las ganancias en la economía capitalista puede ser calificada de extraordinaria. Sin embargo, es posible comprobar que a mayor sofisticación del desarrollo técnico y a mayor poder de las uniones monopólicas, tanto más difícilmente entran en consideración la importancia de las ganancias extraordinarias.

VII. SALARIO TÉCNICAMENTE NECESARIO Y TÉCNICAMENTE POSIBLE

I

Como dijimos, la tasa de ganancia, o tasa de acumulación, puede ser acrecentada recurriendo no sólo a reducciones salariales, sino también a través de las ganancias extraordinarias. En épocas medianamente normales, éstas tienen dimensiones considerables. Pero prescindamos por ahora de las ganancias extraordinarias. Prescindamos por completo del hecho de que en la época de las uniones monopólicas los precios no descienden proporcionalmente a la creciente productividad, y no pocas veces, a pesar de los costos decrecientes, incluso aumentan, lo que eleva poderosamente las ganancias. Supongamos, por el contrario, que si se verifica una composición creciente del capital una baja de la tasa de ganancia sólo podría ser evitada mediante reducciones de salarios.

Hagamos también abstracción de que cada elevación de la composición del capital presiona sobre la tasa de ganancia, y que, por el contrario, una elevación de la composición del capital como consecuencia de la creciente intensidad del trabajo eleva la tasa de ganancia.²⁵

Bajo estos supuestos, ¿cuál es el movimiento del salario nomi-

²⁵ También haremos abstracción aquí de la gran variedad de *faux frais* que en la economía capitalista consumen parte de las ganancias, porque ellos mismos son consecuencia de una tasa de ganancia y de acumulación demasiado elevada.

nal (*v*) necesario para sostener a largo plazo la tasa de ganancia y la tasa de acumulación?²⁶

Los inventos se suceden con velocidad creciente y elevan la productividad del trabajo humano en todas las esferas de la producción. Sin entrar a considerar las diferentes ramas de la producción, sino el conjunto de la economía nacional, considerando, además, como una unidad las industrias acopladas antes y después, puede hablarse, para utilizar una expresión gráfica, de sucesivas ondas de creciente productividad. Cada nuevo invento, o bien cada grupo de inventos, tiene como consecuencia una onda de creciente productividad del trabajo. Cada onda, a su vez, aumenta la cantidad de bienes producidos con el mismo gasto de trabajo. Si los progresos técnicos provocaron una onda de creciente productividad, el valor de los medios de producción y de los bienes de consumo disminuye.

Es posible diferenciar tres grupos de invenciones técnicas que provocan semejantes ondas; a saber: invenciones cuya aplicación eleva la composición del capital (1er. grupo), aquellas en las que ésta permanece igual (2o. grupo) y otras en las que desciende (3er. grupo). Únicamente en el caso de que se apliquen las invenciones del grupo 1 el salario nominal debe ser disminuido para sostener la tasa de ganancia. Cuando se incorporan invenciones del grupo 2 éste tiene que permanecer invariable y para las del grupo 3 puede incluso aumentar si la tasa de ganancia permanece constante.

Por lo tanto, para sostener la tasa de ganancia el salario nominal debe ser rebajado sólo en el caso en que se incorporan los inventos del grupo 1. ¿Cuán grande debe ser esta disminución? No demasiado. Si se incorporan invenciones que constituyen casos límites (véase pp. 26 y ss.), y que en la práctica apenas entran en consideración, el salario nominal debe descender tanto como la productividad aumenta.²⁷

Éste es el único caso en que el salario real no puede ser elevado a pesar de la creciente productividad del trabajo. Por el contrario, cuando se trata de incorporar cualquier otro invento del grupo 1 el salario real puede aumentar, si bien no en la medida en que aumenta la productividad. Cuanto menor sea el carácter de casos

²⁶ Salario nominal = salario expresado en unidades de tiempo de trabajo; no se debe confundir con salario dinerario y salario real (véase *supra*, p. 24).

²⁷ Este punto está más desarrollado en mi escrito *Das marxische System*, pp. 24 y ss. [En español, pp. 44 y ss.].

límites de los inventos que se incorporen de este grupo, y, por lo tanto, cuanto mayor sea el alza de la productividad del trabajo humano, menos tendrá que descender el salario nominal y mayor será el aumento del salario real.

Hemos afirmado que el salario nominal desciende permanentemente con la aplicación de invenciones del grupo 1. Ahora debemos limitar considerablemente esta afirmación. El salario nominal desciende necesariamente sólo cuando los avances técnicos del grupo 1 —*ceteris peribus*— son más numerosos que los del grupo 3. Por lo tanto, sólo desciende necesariamente cuando la tendencia ascendente de la composición del capital no se ve compensada por otra descendente.

2

Nos hemos referido ya a cuál es el movimiento del salario nominal *necesario* para mantener la tasa de ganancia con progreso técnico. Veamos ahora cuál es el movimiento posible, es decir realizable, del salario nominal con progreso técnico. Examinemos la cuestión de si no es posible reducir el salario considerablemente más de lo que lo requiere el sostén de la tasa de ganancia y de acumulación.

Con la aplicación de las innovaciones técnicas de cualquiera de los tres grupos la productividad del trabajo aumenta, pero sólo con las innovaciones técnicas de uno de ellos aumenta la composición del capital. La productividad del trabajo aumenta, por lo tanto, mucho más *frecuentemente* que la composición del capital. Por lo tanto, para apoyar la tasa de ganancia es necesario reducir el salario nominal sólo cuando la composición del capital aumenta. Empero, el salario nominal puede ser reducido constantemente (sin presionar al salario real) cuando la productividad aumenta.

De este modo, *es necesario* reducir el salario nominal sólo cuando se aplican invenciones del grupo 1; sin embargo, también *es posible* hacerlo cuando se incorporan invenciones del grupo 2 y 3. Si, por ejemplo, se introdujeran diez inventos del grupo 1 y seis del grupo 3, para mantener la tasa de ganancia sería necesario reducir el salario nominal sólo en cuatro casos, pero sería posible hacerlo —sin presionar el salario real— en el conjunto de los casos.

Además: si el salario nominal tiene que ser rebajado, entonces a lo sumo lo será en la proporción en que los inventos del grupo 1 eleven la productividad del trabajo. Pero, con la aplicación de

invenciones del grupo 2 y 3, el salario nominal puede ser reducido en la proporción en que las invenciones de estos grupos eleven la productividad del trabajo. Y estas invenciones elevan la productividad en mayor medida que aquéllas.

La necesidad técnica de reducir el salario nominal (de aumentar la tasa de plusvalor) es *mucho menor* que la posibilidad técnica de hacerlo.

VIII. EL SALARIO ECONÓMICAMENTE CONVENIENTE Y EL REAL

1

“La crisis se presenta cuando, con una composición orgánica creciente del capital, la tasa de plusvalor no aumenta ya lo suficiente (!) como para impedir la caída de la tasa de ganancia (!).”²⁸ Según esta tesis, que, extrañamente, no sólo se encuentra en la literatura rival, sino también frecuentemente en la marxista, la tasa de plusvalor aumenta demasiado poco, lo cual significa que el salario real aumenta demasiado como “para impedir la caída de la tasa de ganancia”.

Si todas las innovaciones técnicas fueran casos límite, para sostener la tasa de acumulación y de ganancia el salario nominal debería descender en beneficio del plusvalor en la misma medida en que la productividad del trabajo aumente. Por consiguiente, el salario real no podría aumentar. Pero esto sería necesario sólo en el caso exclusivo de la existencia de casos límite.

Con la aplicación de invenciones del grupo 1²⁹ (exceptuando los casos límite) el salario real puede aumentar, si bien más lentamente que la productividad del trabajo. Con la aplicación de invenciones del grupo 2, el salario real puede aumentar tan rápidamente como la productividad; en estos casos no es necesario que el salario nominal descienda para sostener la tasa de ganancia. Con la incorporación de invenciones del grupo 3, bajo ciertas circunstancias el salario real puede aumentar todavía más rápidamente.

Debido a que las innovaciones técnicas cuyo carácter es el de

²⁸ Otto Bauer, *op. cit.*, p. 60.

²⁹ *Cf.* p. 41.

casos límite no serán incorporadas puesto que sólo se introducen innovaciones *lucrativas*, el salario real seguirá siempre en ascenso con la racionalización de la producción sin reducir la tasa de ganancia.

2

Que se verifique una composición creciente del capital no significa que todas las mejoras técnicas correspondan al grupo 1. Junto a las innovaciones técnicas del grupo 1 puede haber muchas del grupo 2 y, no obstante, el capital constante por obrero aumentará por término medio. Incluso puede haber numerosas mejoras técnicas del grupo 3 y el valor de los medios de producción por obrero aumentar. Si se introducen un número mayor de inventos del grupo 1 que del 3, habrá siempre una composición creciente del capital.

Empero, a pesar de la composición creciente del capital el salario real puede ser incrementado considerablemente, pues una gran parte de las innovaciones técnicas corresponde siempre a los grupos 2 y 3. Cuando se incorporan invenciones de estos dos grupos, el salario real podría ser incrementado al mismo ritmo con que aumenta la productividad del trabajo sin reducir la tasa de acumulación y de ganancia porque en estos casos la tasa de crecimiento de la productividad es muy grande.

Si se tiene en cuenta el hecho de que la composición del capital creció en el transcurso del desarrollo capitalista, se podría haber elevado el ingreso real de las masas de año en año y el estándar de vida de los obreros hubiera mejorado considerablemente. Con la progresiva rapidez con que se racionalizó la producción durante los siglos XIX y XX, con ese ritmo forzado se podría haber mejorado el nivel de vida de los pueblos. Pero esto no ocurrió en una economía orientada en función de la ganancia.

3

Si bien el desarrollo de la técnica es un proceso continuo y la productividad del trabajo aumenta permanentemente, el salario (real) sólo aumenta tras prolongadas luchas y la mejora de las condiciones de vida de la clase obrera sólo se verifica a grandes intervalos. Sólo un pequeño fragmento de los frutos de la creciente productividad beneficia a los obreros.

Gracias al gran avance de las ciencias naturales los progresos

técnicos son cada vez más frecuentes; sin embargo, como consecuencia de las progresivas depresiones la frecuencia en el alza de los salarios es cada vez menor. La cuota de progresos técnicos que beneficia al obrero disminuye más y más.

Con el progreso técnico la productividad del trabajo aumenta; no hay aquí movimientos de retroceso; el salario, en cambio, sólo en las buenas coyunturas, y en las malas es reducido.

Debido a la creciente sobreproducción y al temor a la invasión de mercancías extranjeras (también por razones fiscales), todos los países elevan desmesuradamente las barreras aduaneras.³⁰ Pero elevación de barreras aduaneras significa alza de precios mercantiles, más aun si se tiene en cuenta que los aranceles elevados fomentan la cartelización. Los desorganizados consumidores son puestos a merced de los organizados productores. Y si alguna vez es posible un descenso en los precios, éste es impedido a través de diversas medidas. Por ello el costo de la vida se encarece y los salarios reales disminuyen. Algunas veces los aumentos de salarios son sobrecompensados por aumentos de precios. Cuando a pesar del progreso técnico y los costos decrecientes, los precios no son reducidos o no son proporcionalmente reducidos, como generalmente ocurre en las uniones monopólicas, el salario nominal (aumenta la ganancia) desciende automáticamente.

El capitalismo tardío no sólo se halla bajo el signo de las uniones monopólicas y del exagerado proteccionismo, sino también de las manipulaciones monetarias, lo cual es funesto para la clase obrera. Un mínimo aumento de salarios en alguna fábrica requiere de luchas enconadas, feroces, sacrificadas y esforzadas; pero todo el nivel salarial de un país, el salario de la clase obrera de toda una nación puede ser reducido de un plumazo por medio de la devaluación. Ciertamente, éste es el medio más eficaz para anular sin lucha todos los aumentos de salarios a través del uso impropio de la moneda; pero también a través del encarecimiento artificial de las mercancías puede ser reducido el poder adquisitivo de los salarios, no sólo después de la desvalorización monetaria, sino incluso antes de la misma, pues la desvalorización monetaria ejerce un efecto retroactivo y significa la expropiación parcial de los pequeños ahorristas.

La "fría reducción de salarios" frustra todos los esfuerzos de la clase obrera por lograr una mayor participación en el producto social. En la vieja literatura socialista se mencionaba con frecuen-

³⁰ Prescindimos aquí de las épocas de guerra.

cia el hecho de que el descubrimiento de minas de oro es peligroso para la clase obrera porque al reducir el valor del dinero reduce, por lo tanto, el poder adquisitivo del salario. Pero la reducción del valor del dinero por el descubrimiento de minas de oro es un juego de niños si se lo compara con los logros que pueden obtenerse a través de los modernos experimentos monetarios.

En el transcurso del desarrollo capitalista la productividad del trabajo aumentó considerablemente, pero la mejora en el estándar de vida de los asalariados apenas fue perceptible y fue precisamente durante el capitalismo ascendente que las condiciones de vida del pueblo trabajador mejoraron; por el contrario, en la etapa del descenso del capitalismo empeorarán cada vez más. Si alguna vez los obreros combatieron para mejorar el estándar de vida, actualmente luchan por conservar de cualquier manera el miserable estándar de vida que alcanzaron. Con el avance de la edad del capitalismo la clase obrera se ve obligada a resignar su posición ofensiva y a pasar a la defensiva. En países fascistas tampoco es posible ya la defensiva. Tras la pérdida de sus organizaciones los proletarios se hallan indefensos.³¹

4

La necesidad técnica de disminuir el salario nominal es infinitamente menor que su posibilidad técnica. Sin embargo, en el capitalismo —y más aun en el fascismo— lo determinante para la estructura del salario es la posibilidad y no la necesidad.

El salario nominal debe ser reducido no sólo cuando se trata de mantener la tasa de ganancia, sino cada vez que la productividad aumenta. La creciente productividad del trabajo humano hace técnicamente posible un descenso del salario, y frecuentemente se abusa de esta posibilidad. Ahora bien: el salario nominal no sólo se reduce tras la introducción de invenciones del grupo 1, sino también tras las del grupo 2 y 3; de este modo desciende *mucho más frecuentemente* del nivel necesario para la conservación de la tasa de ganancia y de acumulación. Además, como las mejoras técnicas del grupo 2 y 3 acrecientan mucho más la productividad del trabajo que las del grupo 1, el salario nominal no sólo des-

³¹ Que, dadas las relaciones sociales existentes, el nivel de vida de los asalariados no sea más bajo aun se explica en gran parte por el hecho de que se mantiene estacionario el número de niños. Si éste fuera mayor, como ocurría antes en el seno de las familias obreras, su nivel de vida sería aun más miserable.

ciende con mayor frecuencia, sino cada vez en *mucho mayor medida* de lo que se justifica económicamente.

De este modo la tasa de plusvalor crece mucho más de lo que se necesita para el mantenimiento de la tasa de ganancia y de acumulación. En el capitalismo las tasas de plusvalor, de ganancia y de acumulación son siempre demasiado elevadas. Y esta sobre-elevación aumenta cada vez más con el paso de los años en este sistema económico.

A medida que el capitalismo envejece las tres tasas son más elevadas. Cuanto mayor sea la tasa de plusvalor, tanto menor será la capacidad de consumo. Cuanto más elevada sea la tasa de acumulación, tanto mayor será la productividad. Cuanto más elevadas las tasas de plusvalor, ganancia y acumulación, mayor será la diferencia entre capacidad consuntiva y productiva. Y esta creciente tensión origina crisis políticas y económicas cada vez más agudas. Por ello se comete un gran error cuando se piensa que la tasa de plusvalor, ya enormemente sobre-elevada, debe ascender más aun para asegurar la tasa de ganancia.

Resulta curioso que mientras la prensa socialista siempre hace referencia a la creciente tasa de ganancia y presenta estadísticas sobre las gigantescas ganancias que embolsan los capitalistas,³² la teoría socialista sigue hablando de una tasa de ganancia decreciente, de capitalistas que presencian la desaparición de sus ganancias.

IX. "TEORÍA" DE LA PAUPERIZACIÓN DE LOS CAPITALISTAS

1

Una condición indispensable para que se verifique la explotación de una clase por otra es un determinado grado de productividad del trabajo. La explotación tiene lugar sólo cuando el hombre produce más de lo que necesita para su subsistencia; y sólo en la medida en que la productividad del trabajo aumenta, puede aumentar la explotación.

Sólo con el arribo del desarrollo técnico a una determinada etapa el producto del trabajo puede dividirse en salario y plusvalor, y sólo en dependencia del progreso técnico el plusvalor puede aumentar a expensas del salario. El supuesto de la explotación de la fuerza de trabajo ajena reside en la existencia de una determina-

³² Sobre los enormes ingresos, véase F. Giovanoli, *Im Schatten des Finanzkapitals*, Zürich, 1938.

medida mínima de productividad del trabajo y el progreso técnico es el supuesto de un aumento en el grado de explotación. De alguna manera, el grado de explotación de la fuerza de trabajo ajena en el capitalismo es una *función del progreso técnico*.³³

Es sabido que en los orígenes del capitalismo reinaba una técnica aún bastante primitiva y que la productividad del trabajo humano era baja. En el transcurso del desarrollo capitalista la técnica se perfeccionó enormemente y la productividad aumentó colosalmente. Fue precisamente en el transcurso del desarrollo capitalista cuando fue creada la posibilidad técnica de la explotación en gran escala.

Cuando nos escandaliza observar la elevada tasa de explotación que reinaba en el capitalismo temprano, no nos referimos a aquella tasa de plusvalor, en comparación con la actual, sino a la tasa de plusvalor de aquel entonces comparada con la baja productividad del trabajo de la época. En términos absolutos, la tasa de plusvalor de aquella época no era elevada. El "tiempo de trabajo necesario" constituía una gran parte de la jornada de trabajo y sólo una porción relativamente pequeña podía ser utilizada para la producción del plusvalor.

En los comienzos del capitalismo la tasa de plusvalor no era elevada. Tampoco había razones técnicas que determinaran la necesidad de elevarla tanto. Por otra parte, si el progreso técnico no posibilitara un aumento de los salarios reales, un alza en el nivel de vida del pueblo, habría que renunciar sin demora a semejante "progreso". ¿Para qué habría de necesitarse un progreso técnico que en lugar de ser provechoso sólo ocasionara cargas?

Ni a los obreros ni a los capitalistas les convendría un "progreso técnico" de esta índole. Si cada pequeño aumento de la productividad del trabajo debiera ser compensado con un gran aumento de la composición del capital, cada pequeño aumento de los bienes con un gran incremento del capital, la "racionalización" de la producción —siempre en el sistema capitalista— no tendría cabida. Si todos los inventos fueran casos límites o cercanos a ellos, en vano esperarían su utilización. Podría haber algún capitalista interesado en introducir innovaciones técnicas que ofrecieran ninguna,

³³ Tal como muchos economistas afirman, no se introducen máquinas porque los salarios son demasiado elevados, sino que los salarios (nominales) son reducidos por la introducción de maquinaria. Puesto que el trabajo humano se hace más productivo por el empleo de máquinas, el poder de explotación del hombre aumenta.

o, en el mejor de los casos, muy bajas ganancias extraordinarias, pero, en cambio, un elevado riesgo.

Si tras cada racionalización de la producción no sólo existiera la posibilidad sino también la necesidad de elevar la tasa de plusvalor (o sea de provocar el descenso del salario nominal), si la elevación de la tasa de plusvalor no condujera a la elevación de la tasa de ganancia, sino sólo a su mantenimiento, si, por lo tanto, el enorme aumento de la tasa de plusvalor sólo fuese necesario para impedir un descenso de una tasa de ganancia ya de por sí baja, posiblemente el capitalismo no hubiera experimentado tan enorme expansión, tan grandioso desarrollo, ni hubiera podido festejar su marcha triunfal. Parafraseando a Rosa Luxemburg, podría decirse que "En negocios de tan poca importancia no valdría la pena la molestia."

En la economía vigente, orientada hacia la obtención de ganancias y no a la satisfacción de necesidades, condición necesaria es que con cada aumento de la maquinaria por obrero se eleve considerablemente la productividad. Cuando dicha condición está satisfecha, es posible aumentar la tasa de plusvalor mucho más de lo que sería necesario para el mantenimiento de la tasa de ganancia.

El hecho de que en el transcurso del desarrollo capitalista la tasa de plusvalor haya sido impulsada fuertemente hacia arriba *no se explica por necesidades técnicas, sino por relaciones sociales de poder*, no por la necesidad de mantener la tasa de ganancia, sino por el afán de elevarla.

2

Sobre la tasa de ganancia "decreciente" y las perspectivas del capitalismo ha habido dos tesis diferentes. Unos afirmaban que la tasa de ganancia desciende y esto provocará paulatinamente el derribo del capitalismo. Los otros, en cambio, opinaban que, ciertamente, la tasa de ganancia desciende, pero como consecuencia de la concentración de la producción y del capital el monto de ganancia que recae en una empresa aumenta, y por ello el capitalismo puede prosperar a pesar de una tasa de ganancia decreciente.

Según nuestra opinión ambas tesis son falsas. Si debido al progreso técnico la tasa de ganancia descendiera, desde un principio el capitalismo no hubiera logrado imponerse. Otra forma económica —mejor o peor— lo hubiera suplantado.

Si la tasa de ganancia descendiera, también descendería la tasa de acumulación. Con una tasa de acumulación decreciente, el ca-

pital aumentaría cada vez más lentamente, lo cual dificultaría el crecimiento del monto de ganancias. Tampoco la concentración del capital podría ayudar a largo plazo.

Para detener la baja de la tasa de acumulación, el capitalismo tendría que destinar una parte cada vez menor de su ganancia al consumo como rédito. La parte de la ganancia empleada para réditos descendería más rápidamente de lo que aumenta la suma de ganancias. Por lo tanto, los réditos se reducirían más y más. La producción capitalista no debe ser presentada "nunca como lo que no es, o sea como producción que tiene como fin inmediato el disfrute o bien la producción de medios de disfrute para los capitalistas" (Marx). ¡Pero tampoco se debe ir tan lejos como para suponer que el capitalismo podría seguir existiendo si los réditos de los empresarios fueran continuamente decrecientes!

La teoría de la tasa de ganancia decreciente podría ser llamada también la teoría de la pauperización de los capitalistas, es decir la teoría de la pauperización de Marx, pero invertida.³⁴

Si con el progreso técnico la tasa de ganancia descendiera permanentemente, el capitalismo no podría subsistir. Un supuesto indispensable de esta forma económica es que la productividad del trabajo no disminuye rápidamente y la riqueza de bienes crece poderosamente. Una economía orientada hacia la pesca de ganancias supone *exceso* y *no escasez*.

³⁴ De hecho ha aparecido un representante de la teoría de la tasa de ganancia decreciente (Henryk Grossmann), quien se propone demostrar la pauperización de los capitalistas.

C. FALSA DERIVACIÓN DE LA DOCTRINA MARXISTA DE LA SOBREAACUMULACIÓN

De la doctrina de la composición creciente del capital, o bien de los "rodeos más prolongados de la producción", la literatura marxista intenta derivar la doctrina de la *sobreacumulación* y la literatura rival la de la *subacumulación*.¹ Así como es en sí misma correcta la verificación de la *sobreacumulación*, es falso pretender atribuir este hecho a una creciente composición del capital y a una tendencia a la baja de la tasa de ganancia.

En primer lugar demostraremos por qué esta derivación de la teoría de la *sobreacumulación* es insostenible y luego polemizaremos con los sostenedores de la teoría de la *subacumulación*.

I. TASA DE PLUSVALOR Y SUBPRODUCCIÓN

1

La doctrina de la *sobreproducción* sostenida por la literatura marxista afirma que para mantener la tasa de ganancia con una composición creciente del capital los capitalistas se ven obligados a elevar la tasa de plusvalor. Pero una tasa de plusvalor creciente origina una desproporción entre la producción y el consumo y, como consecuencia de ello, un estancamiento en la colocación.²

Como demostraremos a continuación, esta derivación de la doctrina de la *sobreproducción* es insostenible.

Con el progreso técnico aumentan la productividad del trabajo humano, y la cantidad de bienes producida con el mismo gasto de trabajo. Si se desea evitar la *sobreproducción*, es necesario au-

¹ En este contexto sólo podemos considerar ocasionalmente las teorías no marxistas de la *sobreacumulación*.

² Para sostener la tasa de ganancia "la tasa de plusvalor tiene que aumentar con velocidad creciente". De este modo, se origina "una desproporción entre la creciente masa de productos y el bajo poder adquisitivo de los productores" (Otto Bauer, *op. cit.*, p. 57).

mentar el consumo. ¿En qué medida puede y debe aumentar el consumo?

Si con el progreso técnico la tasa de plusvalor no varía, el consumo de los asalariados aumenta en la misma medida en que lo hace la productividad del trabajo. En aquellos casos en que la composición del capital debe ser aumentada y el obrero equipado con medios de producción más costosos, el consumo no puede crecer en la misma proporción. Una parte del ingreso nacional adicional debe ser trasladado entonces del consumo a la acumulación (ampliación de la producción de medios de producción).

Si la tasa de plusvalor sólo aumenta lo suficiente como para compensar el efecto de una creciente composición del capital sobre las tasas de acumulación y de ganancia, el crecimiento del consumo de bienes de consumo será menor en la medida en que tiene que ser ampliado el consumo de bienes de producción. Ciertamente, en este caso la demanda de bienes de consumo aumenta menos de lo que aumentaría con una tasa de plusvalor constante, pero sí aumenta, en cambio, la demanda de bienes de producción. Aquí no hay que temer ni a la sobreproducción ni al estancamiento en la colocación.

Si sólo se eleva la tasa de plusvalor lo necesario como para sostener tasas de acumulación y de ganancia decrecientes, existe una posibilidad de inversión para el plusvalor adicional, y éste encuentra una aplicación productiva. Es por ello que no puede haber una "riqueza de bienes en crecimiento" ni una "disminución masiva del poder adquisitivo". Si la riqueza de bienes aumenta considerablemente y el poder adquisitivo de las masas queda rezagado, como ocurre en la realidad, esto es una prueba de que la tasa de plusvalor aumenta más, *mucho más* de lo que es necesario para compensar el efecto de una composición del capital creciente sobre la tasa de acumulación y de ganancia. Es una prueba de que la tasa de plusvalor es incrementada considerablemente más de lo que lo requiere el aumento de los medios de producción per cápita de la clase obrera.

2

Sólo se verifica una sobreproducción (o bien una sobreacumulación) cuando el alza de la tasa de plusvalor no está justificada por *ninguna necesidad efectiva* de la economía, por ninguna necesidad técnica, cuando el aumento de la tasa de plusvalor no tiene

lugar por ninguna consideración económica de orden privado ni nacional.

La razón que explica por qué en una economía socialista no puede haber crisis de colocación, y por qué se da necesariamente en una economía capitalista, reside en que los conductores de la economía socialista se dejan llevar por *necesidades técnicas*, por motivos racionales (acumulación necesaria), mientras que los conductores de la economía capitalista son motivados por "necesidades" *imaginarias*, por móviles irracionales (afán de ganancias).

Ninguna economía nacional puede pagar al obrero un salario que corresponda a todo el producto de su trabajo. Pero en una economía socialista la deducción del producto del trabajo estará determinada por la magnitud de la acumulación necesaria. El excedente no necesario para la acumulación —por muy grande que sea— es puesto a disposición del pueblo trabajador para fines de consumo. En cambio, en la economía capitalista —en la que no deciden las necesidades técnicas, sino las relaciones sociales de poder— la deducción del producto del trabajo no depende de las necesidades de la acumulación. Independientemente de si éstas son grandes o pequeñas, del producto del trabajo se deduce todo lo que excede un mínimo, más o menos miserable, necesario para la existencia. Y es justamente esta deducción *exagerada*, técnicamente *no justificada* y en aumento, del producto del trabajo la que originará las crisis económicas cada vez más agudas.

Los defensores de la teoría de la tasa decreciente de ganancia exageran la importancia de la composición creciente del capital y suponen por ello que para sostener la tasa de ganancia es necesario un fuerte aumento de la tasa de plusvalor, lo que no corresponde en absoluto a los hechos. Por otra parte, si desde un punto de vista económico fuera necesaria una elevación de la tasa de plusvalor, ella no podría originar ni sobreproducción ni sobreacumulación.

II. TASA DE GANANCIA DECRECIENTE Y SOBRECUMULACIÓN

1

La tasa de ganancia desciende sólo cuando a pesar de un mejor equipamiento de los obreros con medios de producción la produc-

tividad del trabajo humano aumenta poco y cuando el salario nominal permanece constante o disminuye mínimamente.

Si la productividad del trabajo no aumenta mucho, tampoco disminuye mucho el valor de los bienes. Puesto que bajo estas condiciones los medios de producción son caros, cada mejora técnica, cada aumento de los medios de producción por obrero requiere mucho capital constante. Además, debido a que en este caso también son caros los bienes de consumo y el salario nominal no es reducido, también se necesita mucho capital variable. Vemos que en este caso la necesidad de capital es grande y la posibilidad de formarlos es pequeña.

Con una tasa de ganancia decreciente se hace *necesaria una elevada tasa de acumulación*, pero sólo es *realizable una baja tasa de acumulación*. Es necesario acumular mucho pero sólo se puede acumular un poco. Por consiguiente, con tasa de ganancia decreciente sólo puede haber subacumulación.

2

La doctrina de la tasa de ganancia decreciente encierra una contradicción, que se hace especialmente clara cuando uno advierte que los supuestos bajo los cuales la tasa de ganancia baja son diferentes de aquellos bajo los cuales se verifica sobreacumulación.

1] Una sobreacumulación supone que con las innovaciones técnicas la productividad del trabajo humano aumenta considerablemente, y el valor (o bien el precio) de los bienes de producción y de consumo desciende considerablemente. Una tasa decreciente de ganancia supone lo contrario: ella sólo es posible cuando, a pesar del aumento de maquinaria, a pesar de todos los esfuerzos de los técnicos, la productividad del trabajo no aumenta significativamente y el valor de los bienes permanece relativamente alto.

2] Se verifica sobreacumulación sólo cuando la tasa de plusvalor, con progreso técnico, es impulsada hacia arriba, el salario nominal reducido fuertemente y el poder adquisitivo de las masas rebajado. Ocurre lo contrario con la tasa decreciente de ganancia: la tasa de ganancia baja cuando la tasa de plusvalor permanece constante o aumenta poco, por lo tanto, cuando el efecto que una composición del capital más elevada tiene sobre la tasa de ganancia no se ve compensado por una reducción de salarios.

Sobreacumulación y tasa de ganancia decreciente no son compatibles sino que se *excluyen mutuamente*.

La tasa decreciente de ganancia corresponde a la sobreacumu-

lación, la tasa de ganancia creciente, en cambio, a la subacumulación. Se trata aquí de dos pares de conceptos. Los miembros de estos pares de conceptos no pueden ser separados y arbitrariamente unidos.

3

Esta teoría, muchas veces defendida en la literatura marxista, que atribuye las crisis económicas tanto a la decreciente tasa de ganancia como a la sobreacumulación, está plagada de contradicciones. Un ejemplo:

1] La tasa de plusvalor no aumenta lo suficiente como para mantener la tasa de ganancia. Una tasa decreciente de ganancia origina crisis.³

2] Si bien la tasa de plusvalor no aumenta lo suficiente como para mantener la tasa de ganancia, sí lo hace, sin embargo, para producir una sobreacumulación. La sobreacumulación origina crisis.

Por lo tanto, según esta teoría las crisis estallan: primero, porque la tasa de plusvalor aumenta *demasiado poco*. Segundo porque la tasa de plusvalor aumenta demasiado. La contradicción salta a la vista.

4

Los defensores de la teoría de la tasa decreciente de ganancia son los sostenedores de la teoría de la subacumulación, o de la escasez de capital. Pero, a la inversa, los seguidores de la doctrina de la escasez de capital (enemigos del marxismo) no deberían rechazar, desde un punto de vista lógico, la doctrina de la tasa de ganancia decreciente muchas veces defendida en la literatura marxista.

Si se sostiene la interpretación de que los "rodeos a la producción" se hacen cada vez más largos, que el salario real aumenta demasiado (y la tasa de plusvalor demasiado poco) y que existe escasez de capital, habría que compartir también la interpretación de que la tasa de ganancia desciende. Pero, curiosamente, los representantes de esta tendencia no arriban a dicha conclusión.

Si bien no se declaran partidarios de la teoría de la tasa de ganancia decreciente, afirman, sin embargo, que reina una escasez de capital que atribuyen a la creciente composición del capital (rodeos más prolongados a la producción). Ciertamente la tasa

³ Cf. *supra*, pp. 19 y ss.

de ganancia no desciende, pero la racionalización de la producción requiere cantidades tan grandes de capital que el consumo del pueblo en realidad no debería ser casi aumentado.

Si la racionalización de la producción requiriera un aumento tan grande del capital por obrero, la tasa de ganancia debería descender considerablemente.

D. ¿LEYES DE HIERRO O LEYES HISTÓRICAS

Si a veces la tasa de ganancia desciende o falta capital no es responsabilidad de la composición creciente del capital (rodeos más prolongados a la producción), sino de los *faux frais* de la economía capitalista y fascista que aumentan aceleradamente.¹

Y reconocer este hecho es de una extraordinaria importancia no sólo *económica* sino también *política* pues existe una estrecha relación entre la tendencia de la tasa de ganancia, o bien de acumulación, y las perspectivas de realización de un orden económico socialista. La tendencia a aumentar que muestran estas dos tasas es un supuesto económico importante para el éxito del orden económico socialista.

Si la escasez de capital y la tasa decreciente de ganancia fueran consecuencia de la composición creciente del capital, ellas estarían condicionadas por factores *técnicos*. Si, en cambio, la escasez de capital y la tasa decreciente de ganancia son consecuencia de los *faux frais* de una economía orientada en función de la ganancia, pueden ser atribuidos a factores *sociales*. Cuando la tasa de ganancia desciende y falta capital porque la productividad del obrero aumenta más lentamente que el volumen de los medios de producción por obrero, este hecho está condicionado por la naturaleza de las cosas. Si, en cambio, la tasa de ganancia desciende y falta capital porque la productividad del obrero aumenta más rápidamente que su poder adquisitivo, esto es consecuencia de las condiciones sociales.

Si el mal de que se trata es de naturaleza social, puede ser remediado mediante un cambio del orden social. Si, en cambio, un mal está determinado por leyes naturales, ningún orden social está en condiciones de allanarlo pues él es irreparable. Entonces tenemos ante nosotros una *ley económica*, una *force majeure*.

También un orden social socialista es impotente frente a una ley económica, pues tampoco él puede hacer milagros y suspender leyes económicas. Sólo puede hacer realidad aquello para lo que están dados los supuestos económicos. Si la tasa de ganancia desciende como consecuencia de una composición creciente del capi-

¹ Véase la tercera parte del presente trabajo.

tal, desde el punto de vista de la economía nacional un alza en el estándar de vida de las masas resulta perjudicial; sin embargo, en este caso es necesaria una elevada tasa de acumulación. Si en cambio, la tasa de ganancia desciende como consecuencia de un estancamiento del consumo, una mejora en el nivel de vida de las masas es doblemente útil, tanto desde un punto de vista política social como desde un punto de vista políticamente coyuntural. Es por ello que una modificación del sistema económico sólo puede ser exitosa si se verifica una tendencia ascendente de las tasas de acumulación y de ganancia, es decir una tendencia a la sobreacumulación.

Si como consecuencia de la creciente composición del capital producto del progreso técnico la tasa de ganancia descendiera y se produjera una escasez de capital, ni siquiera un estado socialista podría elevar el estándar de vida de los obreros, pues tampoco él puede infringir leyes económicas, también él tiene que respetarlas. Un estado socialista no mejoraría el nivel de vida del pueblo por la razón de que él no necesita preocuparse por la tasa de acumulación, sino porque las condiciones bajo las cuales se verifica la acumulación —el elevado nivel de la productividad del trabajo— permiten una mejora en el nivel de vida del pueblo.² El bienestar que esperamos de la realización de socialismo no podrá ser atribuido al hecho de que los conductores de la economía socialista pasen por alto las leyes económicas, o las anulen con un decreto, sino a que las obedezcan.

Si los países capitalistas se ven afectados por crisis económicas periódicas que no tienen efecto sobre la Unión Soviética, la razón de este hecho no reside en que los estados capitalistas infringen leyes económicas y reducen el consumo de las masas, a pesar de la enormemente creciente productividad del trabajo, y la Unión Soviética, en cambio, con una productividad creciente del trabajo favorece el consumo del pueblo.³

Si bajo ciertas circunstancias en el capitalismo temprano era

² Theodor Mindt (*op. cit.*, p. 108) dice: "Sólo la reducción del nivel de vida de las masas obreras posibilita a los capitalistas (por la creciente composición del capital) la rentabilidad de la producción [...] la producción de una ganancia lo suficientemente elevada." Si esta afirmación fuera acertada el asunto iría mal con el socialismo.

³ El responsable de que el nivel de vida del obrero ruso no haya aumentado proporcionalmente al poderoso desarrollo de las fuerzas productivas del país es el colosal armamentismo que se hace necesario mientras haya que temer a un vecino enemigo. "El más piadoso no puede estar en paz, si al mal vecino no le gusta" (Schiller, *Wilhelm Tell*).

necesario un aumento moderado de la tasa de plusvalor para sostener las tasas de acumulación y de ganancia, en el capitalismo tardío es indispensable un descenso, por cierto considerable, de la enormemente aumentada tasa de plusvalor. Es erróneo creer que aquí se trata de un requisito dado de una vez y para siempre, requisito que no es en absoluto indiferente para las perspectivas del socialismo.

Un supuesto importante para la economía socialista es un elevado nivel de la productividad del trabajo. El socialismo presupone que con cada aumento del volumen de bienes de producción por obrero la productividad del trabajo aumenta considerablemente. Para la instauración del socialismo resulta ventajosa la existencia de un nivel técnico en el que ya no sea necesario un nuevo aumento de la tasa de plusvalor para mantener la tasa de acumulación. Las mejores perspectivas desde el punto de vista socialista se dan cuando es económicamente necesario un *descenso* y *no una elevación* de la tasa de plusvalor.

Actualmente estas condiciones se verifican en gran medida; y este factor no ocupa el último lugar en la escala cuando afirmamos que *nuestra época está madura para el socialismo*.

1000
1000
1000
1000

SEGUNDA PARTE

A. "ESCASEZ DE CAPITAL"

I. TEORÍAS DE LA ESCASEZ DE CAPITAL

Aunque parezca asombroso, la teoría de la escasez de capital cuenta con muchos adeptos entre los teóricos de la economía política y es parte integrante de numerosas teorías de coyuntura. Es característico de esta teoría el hecho de que existan tantas variedades como representantes. Hay infinidad de las más refinadas teorías de coyuntura que atribuyen las periódicas perturbaciones de la economía a la escasez de capital, y las construcciones de estos teóricos, a pesar de ser extremadamente complicadas, no difieren demasiado entre sí. Aun cuando se prescinda de la específica forma monetaria y crediticia, estas teorías altamente enmarañadas y elaboradas como filigranas revelan considerables diferencias.

De las muchas variantes que presenta la doctrina de la escasez de capital, del laberinto de teorías, es posible extraer un listado de ideas: en los comienzos del auge la producción es ampliada, con lo que se introducirían mejoras técnicas y se "prolongarían los rodeos a la producción". Esto aumenta rápidamente la necesidad de capital mientras la cobertura que éste posee se revela como escasa. "Hay menos disponibilidad de capital ahorrado del que es utilizado." "La capacidad de ahorro de la economía no basta para posibilitar un aumento permanente de la producción." "La desproporción entre la oferta y la demanda de capital origina una recaída de la coyuntura." "La agravación de la escasez de capital es la verdadera causa de las crisis." "No es la demanda existente, sino las existencias de capital lo que en épocas de auge resulta sobrestimado por los empresarios."¹

Por otra parte, el nuevo capital se conforma a partir principalmente de las ganancias. Para que éstas sean lo suficientemente

¹ Una de las versiones más recientes de la teoría dice: "Los empresarios utilizan la reserva (de capital) disponible [...] como si tuvieran disponibilidad de [...] una reserva mucho mayor. Planifican ampliaciones de la producción de una dimensión tal que la reserva disponible en bienes de capital no alcanza a cubrirla. Estos planes no se realizan debido a la *escasez en bienes de capital*. Antes o después ellos fracasarán por falta de bienes necesarios de capital." (L. v. Mises, *Nationalökonomie*. Ginebra, 1940, pp. 509 y ss.)

grandes, los salarios y los sueldos deberían ser mantenidos bajos. Pero dado que la política de mantener bajos los salarios fracasa por la oposición de las uniones obreras "monopolistas", se acumula menos capital del que técnicamente se necesita.

Se han escrito montañas de libros sobre "la estructuración monopólica del mercado de trabajo", "influjo artificial del nivel de salarios", "precios forzados para la fuerza de trabajo", "aumentos impropios de salarios", "consecuencias perjudiciales del subsidio a los desocupados", y cosas por el estilo.²

Para analizar esta concepción hay que tener en cuenta primero para qué fin y en qué medida es necesaria la formación de capital. Habrá que considerar también si el progreso técnico origina una escasez de capital, o si una eventual escasez de capital debe ser atribuida a causas técnicas o sociales.

II. DEMANDA DE CAPITAL

I

Toda economía nacional necesita de la acumulación por tres razones:

1] Con técnica constante y población creciente para equipar a la fuerza de trabajo adicional con medios de producción;

2] con población constante y progreso técnico, para equipar al mismo número de obreros con medios de producción de mayor valor, es decir para elevar la composición de capital;

3] con destrucción o desvalorización de capital para sustituir el capital destruido o desvalorizado.

Una vez acumulado el capital no disminuye como consecuencia de su uso. A medida que se consume en el proceso de producción, su valor es transferido al nuevo producto. Si no se verifica destrucción o desvalorización del capital, con una cifra constante de población y una técnica invariada no es necesario acumular.

² "Cuando la producción de hierro y de cobre y las explotaciones forestales no son completamente aprovechadas, esto significa [...] que los salarios son demasiado elevados para dar ocupación a todos los obreros." "En el mercado libre de trabajo siempre hay un tipo de salario, con el que todos aquéllos dispuestos a trabajar pueden encontrar trabajo." Las causas de la desocupación deben buscarse en "la política salarial de los sindicatos y en el apoyo que esta política salarial encuentra en los gobiernos". (Mises, *op. cit.*, pp. 525, 547, 720.)

Con relación al punto 1]: si la cantidad de población aumenta la población adicional debe ser equipada con medios de producción, y para ello se necesita acumulación. Pero con un número constante de nacimientos la tasa de acumulación no necesita aumentar, y con una disminución en los nacimientos, bajo ciertas circunstancias, incluso puede disminuir.³

Con relación al punto 2]: si con el progreso técnico la composición del capital aumenta, el monto acumulado debe ser el suficiente para cubrir la diferencia de valor entre el capital a emplearse antes y después de la innovación técnica. Pero sabemos que no todos los inventos que economizan trabajo elevan la composición del capital e incrementan, por lo tanto, la demanda de capital por obrero, y que no pocos inventos incluso desocupan capital.

El hecho de que la composición del capital sea elevada en el sistema económico existente se explica no sólo por el estado de la técnica productiva. El alto capital constante per cápita de la clase obrera en el capitalismo ascendente se originó en gran medida en la expansión sobreproporcional de las *industrias de medios de producción*, que son mucho más intensivas de capital que las industrias de medios de consumo. Y precisamente en esa época la producción de medios de producción se extendió excesivamente debido a la exportación forzada de capital, es decir como consecuencia de la sobreacumulación.

Lo mismo ocurre, y en mayor medida aun, durante la etapa del capitalismo descendente. En este caso, la elevada composición media del capital se atribuye al colosal fomento de la *industria de armamentos* y de las ramas de la producción que aquélla condiciona. En el capitalismo tardío la composición media del capital se eleva rápidamente porque en lugar de industrias de paz, en las que el capital por obrero es bajo, se desarrollan industrias bélicas intensivas de capital. Son las aspiraciones imperialistas las que empujan al capital hacia las ramas de la producción con elevada composición del capital. Pero ellas mismas (véase más adelante) son consecuencia de la tasa de acumulación y de ganancia demasiado elevada.

Si la industria pesada intensiva de capital sólo se desarrollara hasta el nivel necesario para aprovisionar al país con bienes de consumo, en el actual estado de la técnica la composición media del capital sería mucho *más baja*.⁴

³ Véase la fórmula de la tasa de acumulación en p. 21.

⁴ Véase también *infra*, pp. 33 y ss.

Con relación al punto 3]: el hecho de que las mejoras técnicas se sucedan cada vez más rápidamente aumenta el peligro de que las instalaciones sean superadas antes de su desgaste. De este modo, bajo ciertas circunstancias puede surgir la necesidad de una tasa de acumulación más elevada. Pero no hay que olvidar lo siguiente:

Cuando se introducen innovaciones técnicas cuyas instalaciones requieren mayor duración, los industriales cuentan por anticipado con su prematura desvalorización. Cuanto mayor sea el riesgo de desvalorización de las instalaciones todavía útiles, mayores serán las exigencias planteadas a los inventos. Bajo las mismas condiciones, con un peligro de desvalorización creciente se exige una tasa mayor de crecimiento de la productividad del trabajo. Cuanto mayor sea el peligro de una pérdida prematura de valor del capital existente, mayor tendrá que ser la posibilidad de ganancias extraordinarias que debe ofrecer la innovación técnica para que se la introduzca como caso límite. Si se supone un riesgo grande de renovación, sólo se introducen aquellas invenciones que elevan considerablemente la productividad del trabajo y ofrecen al empresario, por lo tanto, grandes ventajas. En este caso la creciente cuota de riesgo ya está calculada.

Dos son las razones que explican el peligro de una desvalorización parcial del capital invertido en instalaciones industriales cuando se incorpora progreso técnico; por un lado, la creciente productividad del trabajo abarata máquinas y otras instalaciones, por consiguiente, el aparato productivo pierde valor; por otro, porque máquinas que aún son utilizables son superadas por otras más sofisticadas y deben ser remplazadas por ellas. Si las máquinas no están aún totalmente amortizadas, en el segundo caso puede ser necesario capital adicional; en el primer caso, simplemente, se desocupa menor cantidad de capital que antes.

Si un programa sigue rápidamente a otro y por ello el capital invertido se desvaloriza, puede surgir la necesidad de una mayor acumulación. Sin embargo, si en la economía existente se desvaloriza un alto porcentaje del capital invertido, la causa no reside, en última instancia, en el hecho de que la capacidad de producción aumenta más rápidamente que el consumo. Muchas veces las instalaciones industriales resultan prematuramente desvalorizadas por técnicas más avanzadas debido a que, como consecuencia de una crónica falta de colocación, no fueron empleadas con la suficiente rapidez. En este caso, la causa de desvalorización de las instalaciones industriales radica en la detención del consumo masivo y de la sobreacumulación.

También el mal manejo del capital hace necesaria una acumulación adicional. Si el capital ha sido mal invertido y no puede ser recuperado, debe ser sustituido por otro. Pero una parte no insignificante de capital es mal administrado porque, como consecuencia de la sobreproducción en todas las esferas de la producción, no resulta sencillo saber dónde la inversión es aún reutilizable y por qué en el capitalismo tardío las crisis periódicas —tanto como la inseguridad política— dificultan la orientación.⁵

De este modo, con frecuencia los malos manejos de capital tienen su origen en la misma sobreacumulación.⁶

También la destrucción de capital ocasionada por catástrofes naturales y guerras debe ser reparada mediante la acumulación adicional. La cuota, excesivamente elevada y en rápido aumento, de capital destruido por las guerras también está condicionada, sin embargo, por la peculiaridad de la economía actual. Las fuertes tendencias imperialistas de la era capitalista tardía y del fascismo provocan crecientes conflictos políticos cuya consecuencia son guerras espantosas y destrucciones masivas de valores materiales.

Por otra parte, es el desarrollo de la industria de armamentos el origen principal de la elevada demanda de capital de nuestro tiempo. Normalmente, es decir con un correcto funcionamiento de la economía nacional (dirigida a la satisfacción de las necesidades) no sería necesaria una tasa de acumulación tan elevada como hoy parece ser imprescindible. La demanda efectiva de capital podría ser *mucho menor* de lo que parece a primera vista.

III. FORMACIÓN DE CAPITAL

1

Veamos ahora en qué fuentes abrevia la necesidad de capital y si ellas son lo suficientemente variadas como para cubrir las exigencias.

⁵ En el caso de los estados fascistas hay que añadir aún otra causa: por razones de economía militar se realizan malos manejos del capital que se invierte para la producción de materiales de reserva.

⁶ Véase Moszkowska, *Zur Kritik moderner Krisentheorien*, p. 70. [En esp. *Contribución a la crítica de las teorías modernas de las crisis*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 50, México, Siglo XXI, 1978.]

La demanda de capital adicional se cubre de la siguiente manera:

1] Por acumulación parcial.

a] de las ganancias regulares. (Los ingresos mayores se descomponen normalmente en una parte destinada al consumo y otra destinada a la acumulación.)

b] de las ganancias extraordinarias que obtienen los empresarios dinámicos (y también en el capitalismo monopolista, muchos que no lo son) con la introducción de innovaciones técnicas.

c] de los sueldos de los directores, de los consejos de administración y de vigilancia de las grandes sociedades por acciones, de los sindicatos, consorcios y trusts.

d] de la renta de la tierra, de las ganancias procedentes del aumento de su valor y de la especulación con la propiedad inmueble.

e] de las ganancias que proporcionan el intercambio desigual con países económicamente retrasados.

2] Por ahorros de los asalariados y de otras capas de la población

Puesto que, a pesar de la creciente productividad del trabajo, los sueldos y salarios rara vez son elevados, la rentabilidad de las empresas se acrecienta mientras haya plena colocación. De este modo, al menos en las coyunturas favorables, se incorporan al capital grandes cantidades y en rápido crecimiento. En la época del capitalismo organizado, junto a las ganancias regulares, las ganancias extraordinarias constituyen una fuente fecunda para la formación de capital. Si en la etapa del capitalismo competitivo las ventajas proporcionadas por el avance de los métodos de producción beneficiaron a los consumidores, en el capitalismo monopolista benefician de manera creciente a los productores. El obrero es explotado no sólo como productor, sino también como consumidor. Y no sólo la clase obrera es explotada, sino toda la población. Si la velocidad del progreso técnico aumenta, si las innovaciones técnicas se suceden con mayor celeridad, también aumentan las ganancias extraordinarias, o bien las ganancias de los cárteles.⁷

⁷ En los falseados balances de las sociedades por acciones, junto a los dividendos repartidos figuran también elevadas amortizaciones, reservas ocultas, acciones gratuitas, reembolsos de capital, dividendos especiales, reparto de acciones de goce, bonos, etc., que no son más que ganancias encubiertas. "Los

Por otro lado, grandes ingresos, que en parte han sido acumulados, fluyen de la posesión de la tierra como base de materias insustituibles. Los precios de los productos mineros se determinan sobre la base de los costos del último yacimiento menos ventajoso, cuya explotación debe ser elevada para satisfacer la demanda. Las demás obras que trabajan con bajos costos disfrutan de una posición preferencial y permanentemente obtienen ganancias superiores a la media, diferenciales como "regalo de la naturaleza". Esto ocurre en la etapa de libre competencia. Con el objeto de mantener los precios elevados, las uniones monopolísticas sirven a los propietarios de yacimientos para obtener, además, una renta absoluta. Similares "regalos de la naturaleza" reciben los propietarios del suelo (los terratenientes) como portadores de materias sustituidas. La renta de la tierra urbana que, con la creciente población y el auge económico de las ciudades, se eleva rápidamente, también es una fuente fecunda de ingresos sin trabajo.

Con la creciente concentración de la producción otra fuente fértil de formación de capital se halla en los "ingresos del trabajo" de fundadores, directores generales y consejos de administración de las grandes sociedades anónimas, que muchas veces alcanzan alturas que marean.

También se obtienen elevados ingresos, gran parte de los cuales se acumulan, como fruto del intercambio con países no capitalistas o semicapitalistas, pues sólo en el interior de un país o en el intercambio entre dos países con estructuras económicas similares —ubicándose en el sistema de libre competencia— se intercambian valores iguales, pero no ocurre lo mismo cuando el intercambio se realiza con países económicamente retrasados. "La ley del valor contiene aquí —dice Marx— una modificación esencial [...] El país más rico explota al más pobre [...] Tres días de trabajo de un país se intercambian por uno de otro [...] La ganancia también puede ser obtenida a través de la estafa."

2

De todos modos, sobre el nivel de la tasa de acumulación decide no sólo el monto de la ganancia global, sino también la *distribución de la ganancia dentro de la clase capitalista*, pues con la acumulación de las ganancias en pocas manos, la cuota de ganancia acumulada aumenta extraordinariamente rápido. Sin embargo, 'genios' de la moderna especulación saben hacer desaparecer en sus bolsillos grandes sumas, además del reparto de dividendos" (Lenin).

cuanto mayor sea la cuota de ganancia que se convierte en capital, tanto más elevada será la ganancia.

Mientras la producción estaba poco concentrada y reinaba la libre competencia, el plusvalor obtenido a través de la deducción del producto del trabajo era repartido más o menos proporcionalmente en el capital. "Como hermandad práctica [la clase capitalista se dividió] colectivamente [...] el botín colectivo" (Marx). A partir de la creciente concentración de la producción, las industrias cartelizadas, o rígidamente cartelizadas, pueden apoderarse de una parte mayor del plusvalor del que corresponde a su monto de capital. Los poderosos cárteles, consorcios y trusts pueden elevar sus ganancias reduciendo las de los manufactureros y abastecedores, que de este modo se ven obligados a acatar las condiciones fijadas por ellos. Por otra parte, dentro de los cárteles las grandes firmas pueden enriquecerse a expensas de las pequeñas y lo mismo ocurre dentro de las sociedades anónimas, donde los grandes accionistas se enriquecen a costa de los pequeños.

La diferencia en el derecho de voto posibilita a determinados grupos de accionistas, que poseen las llamadas acciones preferenciales, acciones protectoras, etc. y están provistos de un derecho de voto múltiple, asegurarse una posición de supremacía. A través del aumento artificial del curso de las acciones y de otras manipulaciones, los fundadores y grandes especuladores pueden obtener ganancias enormes a expensas de los pequeños accionistas con el surgimiento de nuevas sociedades o la fusión y saneamiento de otras envejecidas a través de las acciones. "Pesca de los grandes capitalistas a expensas de los pequeños capitalistas" (Liefmann).

Con la amplitud del propio capital también aumenta con extraordinaria rapidez el *poder de disposición sobre el capital ajeno*. Por la vía de la participación bursátil en las empresas, una capa muy delgada de grandes capitalistas domina enormes capitales ajenos y embolsa la parte del león de las jugosas ganancias que ellas arrojan.⁸

⁸ "Hace no mucho tiempo —dice el presidente Roosevelt— se preparó una cuidadosa investigación para alcanzar un claro conocimiento sobre la concentración de la vida económica en los Estados Unidos. El resultado fue que nuestra economía está dominada por poco más de 600 corporaciones, que tienen bajo su control a los dos tercios de la industria norteamericana. 10 millones de pequeños gestores de la economía se distribuyen el tercio restante." Además, queda claro que "si este proceso continúa, dentro de 50 años la concentración del conjunto de la industria norteamericana estará dominada por una docena de grandes trusts, cuya conducción será controlada por aproximadamente 100 personas [...]. Nos dirigimos en línea recta hacia una *oligarquía*

Cuanto más alto sea el grado técnico alcanzado y mayor la concentración del capital, tanto mayor será no sólo la cuota del producto económico que recae en la ganancia, sino también la *concentración de la ganancia* en pocas manos.⁹ Este cambio en la estructura de ingresos que tiene por consecuencia una atrofia de la capacidad consuntiva no sólo del proletariado, sino también de las capas medias, significa un alza considerable de la tasa de acumulación.

Si a las enormes ganancias acumuladas se añaden todavía los ahorros de otras capas de la población, entonces la necesidad efectiva de la economía nacional por capital adicional está más que cubierta.

3

Si se desea opinar sobre la formación y la necesidad de capital de los empresarios no hay que olvidar que el capital sólo está disponible para aquellos fines de aprovechamiento que seducen por las *posibilidades de ganancia*. Sólo se utilizan aquellos inventos que prometen ganancias extraordinarias; los restantes quedan sin aprovechar. El capital privado extiende líneas ferroviarias y demás vías de comunicación sólo si prometen buena rentabilidad; las líneas importantes desde el punto de vista cultural y económico, deben ser construidas por las entidades públicas. Sólo las ramas del seguro que cubren "buenos riesgos" son contratadas por el capital privado; las demás, las que cubren los "malos riesgos", son dejadas al público. El interés público debe atender todas las situaciones donde el capital privado no encuentra "suficiente incentivo". Por muy importantes que sean las tareas económicas no rentables —por ejemplo "protección contra daños elementales, obs-

económica, siempre y cuando no estemos ya transitando por ella." (F. D. Roosevelt, *Das neue Amerika*, Lucerna, Ediciones Vita Nova, 1937, p. 22.) Y en Europa sucede lo mismo. Por ejemplo, en Suiza "la parte determinante y económicamente decisiva del patrimonio nacional está sometida al control de 200 capitalistas financieros". (F. Giovanoli, *op. cit.*, p. 8.)

⁹ "Por doquier [...] se consumó una estrecha alianza, que llega hasta la unión personal entre las altas finanzas y los magnates de los cárteles [...] El capitalismo monopolista prácticamente fusionó los grandes bancos y los cárteles. Los magnates del ámbito bancario son muchas veces los dirigentes de la economía nacional [...] La política de los grandes bancos se funda en gran parte del capital nacional, pero responde a los intereses de una parte bastante pequeña del mismo" (J. Schumpeter, "Zur Soziologie der Imperialismus", *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, 1918, t. 46, p. 296; cf. también Hilferding, *Finanzkapital*, Viena, 1910. [Hay edición en español.]

trucción de torrentes, regulación de campos, diques de protección contra inundaciones y peligro de aludes, mejoración del suelo, etc." (Otto Conrad)— deben ser cubiertas por el estado o por los municipios, o sea solventadas con recursos públicos, o dinero proveniente de los impuestos.

En el mismo sentido, si bien indirectamente, opera la siguiente circunstancia: es el gran capital el que embolsa las enormes ganancias de las coyunturas favorables. Por el contrario, una parte de las pérdidas de los años de malos negocios se cargan sobre los hombros más débiles, de los miembros más vulnerables de la sociedad —la clase obrera y las capas medias— y el resto es endosado al estado. En tiempos de crisis las grandes empresas requieren con mucha frecuencia la asistencia del estado, que se ve obligado a proteger industrias casi al borde de la quiebra. Se "socializan" pérdidas y no ganancias, pasivos y no activos, a expensas de los contribuyentes.

La consecuencia de esta situación es un aumento de los impuestos y, por lo tanto, una nueva reducción del poder adquisitivo del proletariado y de las capas medias. Por el contrario, no la sufren los propietarios de enormes ingresos quienes saben muy bien cómo sustraerse a sus obligaciones con el estado mediante la defraudación de impuestos.

De no ser así el gran capital no podría descargar las pérdidas sobre los más débiles económicamente, o bien obtener ganancias a expensas de ellos. Piénsese, por ejemplo, en las frecuentes inflaciones y desvalorizaciones en perjuicio de los pequeños ahorristas y pequeños rentistas y que benefician a los grandes propietarios (industria pesada, inmuebles, etc.). En la misma categoría se ubica la práctica de los bancos cuando se apropian de los papeles rentables y colocan, en cambio, los inseguros "entre la gente" (E. Müller) y cosas por el estilo.

Los grandes ingresos y capitales se constituyen a través de la deducción directa del producto del trabajo (ganancias), a través de la reducción del ingreso real de los consumidores (ganancias extraordinarias y de cártel, rentas de la tierra y mineras, etc.), a través de la disminución del ingreso dinerario de los pequeños capitalistas y empresarios (ganancias de fundadores, dividendos de acciones preferenciales, ganancias, de cártel, etc.), a través de la explotación de pueblos retrasados económicamente (ganancias de un intercambio desigual), a través de la rebaja del ingreso real de los asalariados, de los ahorristas y rentistas, en beneficio de los grandes propietarios (ganancias derivadas de la inflación

y la desvalorización, etc.). Debido a la existencia de estos grandes ingresos sin trabajo, el poder adquisitivo de amplias capas de la población se ve sometido a una presión constante.

Un progreso es seguido de otro, cada innovación técnica eleva la productividad, y el rendimiento del trabajo humano aumenta fabulosamente. No obstante, con excepción de una delgada capa pudiente, el nivel de vida de los pueblos hace largo tiempo que no se beneficia con una mejora. Casi todo el resultado de la creciente productividad se transforma en ganancias y se convierte en capital. ¿Cómo puede haber aún escasez de capital? Si, no obstante, este fenómeno se verifica, sus causas son otras. (Ver más adelante.)

Sería deseable que el objetivo de toda racionalización fuera mejorar el nivel de vida de los pueblos. De lo contrario, ¿para qué sirve la racionalización? Si el progreso técnico aumentara la necesidad de capital hasta tal punto que imposibilitara un alza en el nivel de vida de los pueblos, sería necesario ahorrar toda la "ganancia de la racionalización" para ocupar nuevamente a los obreros desocupados por la máquina. De este modo, ¿el "progreso" técnico sería sospechoso!

IV. ¿FALTA CAPITAL O PODER ADQUISITIVO?

1

"También en las naciones [...] más ricas" —dice Böhm Bawerk— la reserva de capital existente "se halla muy por debajo del nivel deseable para el aprovechamiento exhaustivo de todas las innovaciones técnicas. Por ello siempre, también en la actualidad, se ha utilizado sólo una parte de las invenciones, y precisamente, por vía de la selección, la parte más lucrativa de cada momento". El resto de las invenciones debe esperar "que una creciente concentración de capital haga posible su realización".¹⁰

Ciertamente, en la economía basada en el principio del lucro no se aprovechan todas las invenciones que ahorran trabajo, pero no porque falte capital para su utilización, sino porque no todas son rentables. No se aprovechan:

1] todas las invenciones que si bien ahorran trabajo no satisfa-

¹⁰ Böhm-Bawerk, *op. cit.*, p. 17.

cen las elevadas exigencias que se plantean en el capitalismo a los casos límite (ver pp. 26 y ss.); por consiguiente, desde un primer momento su utilización acarrearía pérdidas a los empresarios;

2] numerosas invenciones cuyo aprovechamiento o bien no ofrece ganancias extraordinarias o sólo depara ganancias muy pequeñas;

3] no pocas invenciones que con un aumento adecuado del consumo arrojarían importantes ganancias, pero que con la disminución del consumo de las masas no son rentables.

Los empresarios no se apresuran por incorporar invenciones que no deparan ganancias extraordinarias; éstas tampoco se aprovechan cuando existe un gran exceso de capital, cuando ya no se sabe qué hacer con el capital, ¿pues donde no hay ganancia no hay chimenea que humee!

Uno podría suponer que cuando la economía nada en capital los empresarios también deberían contentarse con invenciones poco rentables. Sin embargo, no es así, pues cuanto más grande es la sobreacumulación, mayores son las dificultades de colocación, y también, por consiguiente, los *faux frais*, que reducen la rentabilidad de las empresas.

Aun cuando permitan una elevada tasa de crecimiento de la productividad del trabajo, no todos los inventos son suficientemente aprovechados. Sin embargo, su introducción por lo general supone un considerable aumento del consumo masivo, si bien esto es inverificable en el capitalismo.

2

Puesto que los avances técnicos elevan la productividad del trabajo humano, no originan escasez sino aumento del capital. Las invenciones que ahorran trabajo no necesitan competir entre sí por el capital. Por el contrario, cuanto mayor sea el número de invenciones ya introducidas, mayor será el de las que aún pueden introducirse. El aprovechamiento de unas invenciones posibilita el de otras, una innovación técnica financia y alimenta las demás.

¿Cómo es posible una escasez de capital para máquinas que ahorran trabajo si no falta capital para gigantescos equipos bélicos? Si las crisis y la desocupación tuvieran su origen en una escasez de capital, ¿cómo es que pueden los aprestos bélicos generar una buena coyuntura y resolver el problema de la desocupación? Si el progreso técnico y la racionalización de la producción acrecientan los valores, ¿pueden, simultáneamente, originar una escasez de capital, Si los armamentos y las guerras destruyen los

valores, ¿pueden ocasionar una plétora de capital? Paradojas como ésta y otras similares resultan de la teoría de la escasez de capital.¹¹

El obstáculo que se antepone al desarrollo técnico no es el déficit de capital, sino el déficit en el consumo. Y se debe no a la falta de capital de colocación que la activación de los armamentos pueda poner en marcha la yaciente economía. En este caso se sustituye el deficiente consumo del pueblo por el consumo adicional del estado, que es el gran cliente ejército.¹²

Se sabe que la mejor coyuntura origina guerras. Pero las guerras no *elevan* el capital, sino el consumo, y por cierto a un nivel extraordinario. Si se las considera desde un punto de vista económico, ellas son "*enormes excesos de consumo*" (Schumpeter). Para los empresarios industriales el estadio crítico comienza "sólo al final de la guerra, cuando es preciso adaptarse a la producción de paz. Así ocurrió en los años 1918-1919, cuando —como en aquel entonces se decía con pesar— 'estalló la paz'".¹³

En el mismo sentido que los armamentos —si bien mucho más débilmente— operan las *inversiones equivocadas*. En la reunión de Dresden del *Verein für Sozialpolitik* (1932) H. J. Rüstow manifestó: "Puesto que el excedente de la producción será mayor cuanto más exitosa sea la racionalización, el problema de la colocación se hará más difícil cuando menos se trate de inversiones erróneas."¹⁴

Por eso recomendaba Rüstow las inversiones equivocadas precisamente como medio contra las dificultades de colocación (Peterson).

Es en las dificultades de colocación donde se "corporiza todo

¹¹ Las siguientes afirmaciones pertenecen a la misma serie de paradojas: pequeños aumentos en el consumo como consecuencia de un aumento de salarios empeoran la coyuntura (?). Grandes excesos en el consumo como consecuencia de una guerra mejoran la situación del mercado (?).

¹² A pesar de la pronunciada oposición a la guerra que caracterizaba al americano medio, debido a la presión de las fuerzas (productivas) desaprovechadas, que siempre tienden a manifestarse, para Roosevelt fue menos difícil de lo que a primera vista podría parecer llevar a la Unión a proporcionar todas las fuerzas, [...] *sin remuneración material*, apoyar la causa de Inglaterra. Incluso llegó a afirmarse [...], seguramente no sin razón, que con su política de ayuda a Inglaterra Roosevelt no recorrió el camino más difícil, sino, por el contrario, el más fácil. Un país que quema sus excedentes, como debieron hacer los Estados Unidos en tiempos de crisis, también puede poner estos excedentes a disposición de una potencia amiga en forma de armamentos y otros servicios." (*Weiltwoche*, Zürich, 21 de febrero de 1941.)

¹³ *Weiltwoche*, 15 de septiembre de 1939.

¹⁴ Pasajes de *Verein für Sozialpolitik*, t. 187, p. 82.

lo trágico de las crisis económicas" —escribe un observador de la economía norteamericana. "Súbitamente se entiende que ella constituye el gran problema, pues todas las demás cuestiones, las de la producción racional y barata, todos los problemas de los últimos cien años ya están resueltos. Pero esta comprensión en nada ayuda si no se encuentra al hombre que también solucione este último problema, *el problema de cómo los bienes producidos se trasladan al consumo.*"¹⁵

En la economía actual este problema encuentra solución sólo cuando hay peligro de guerra o la guerra ya se ha declarado. Sólo a través de armamentos y guerras los bienes producidos son trasladados al "consumo".

"Es importante —dice un inteligente fabricante suizo— lograr que la nación comprenda que su poder adquisitivo es idéntico a la suma de los ingresos de todos los ciudadanos, que cada acumulación de los ingresos fortalece en la misma medida la capacidad de consumo, que cada consumo adicional crea nuevamente posibilidades de trabajo, hasta acercarnos a los inexplorados límites de la capacidad de producción humana."¹⁶

V. TEORÍA DE LA SUBACUMULACIÓN Y DE LA SOBREAACUMULACIÓN

I

A primera vista podría parecer que, como la teoría de la sobreacumulación, la de la subacumulación pertenece a las doctrinas del desequilibrio. Pero un examen más detenido revela que no se pueden colocar ambas teorías en este grupo con el mismo derecho.

Según ambas teorías, las periódicas crisis económicas deben ser atribuidas a una desproporcionalidad, o sea a desajustes de equilibrio entre el ahorro y el consumo. Pero según una de ellas el déficit proviene del ahorro (acumulación), según la otra, proviene del consumo. Sin embargo, ambos déficits no tienen en absoluto el mismo carácter.

Desde el punto de vista de la economía nacional, la acumulación se verifica con el objeto de ampliar la producción. Una acumulación demasiado "escasa" significa, por lo tanto, una am-

¹⁵ K. v. Schumacher, *Amerikas Nöte heute und morgen*, Zürich, 1933, p. 37.

¹⁶ J. Mussard, *Neue Wege? Versuch zur Formulierung eines modernen Sozialismus*, Schaffhausen, 1940, p. 6.

pliación de la producción demasiado "escasa". Pero la escasez es el supuesto de toda la economía humana. La aparición de la economía está ligada, conforme a su naturaleza, al concepto de escasez. Si alguna vez desapareciera la escasez, "doblarían a muerto las campanas de la economía" (Pirou).

Ciertamente, la escasez implica una desproporcionalidad entre producción y consumo de bienes. Pero esta "desproporcionalidad" no es la causa del desequilibrio económico, sino, por el contrario, el *supuesto de la economía*.

A mayor escasez, mayor agilidad de la actividad económica. La escasez de bienes no sólo no paraliza a la economía, sino que, por el contrario, la anima. Cuanto mayor es la escasez, tanto más poderosa la motivación que lleva a los hombres a comerciar y, viceversa, cuanto mayor sea la saciedad, tanto más débil la motivación. Mientras la escasez estimula la actividad económica, el exceso tiene como consecuencia su abandono.

Ciertamente, el objetivo de la economía es suprimir la escasez; pero él no podría ser satisfecho si con la producción de bienes se satisficiera el consumo en lo posible reprimido, y éstos fueran nuevamente utilizados para la expansión de la producción, pues el verdadero objetivo de la economía no es aumentar la reserva de bienes, sino elevar el consumo.

Por ello la sobreacumulación, en la que se pone de manifiesto la *inoportunidad*, debe ser considerada como una causa *par excellence* de los desequilibrios económicos.

2

La diferencia entre las teorías de la sobreacumulación y de la subacumulación es mayor de lo que parece a primera vista.

Según la teoría de la *sobreacumulación*, la causa del ciclo industrial reside en el desequilibrio entre la cuota de ahorro y la cuota de consumo del ingreso social, o sea en una cuota de ahorro demasiado grande en comparación con la cuota de consumo. Puesto que la utilización del ingreso determina la orientación de la producción, el desequilibrio entre ambas cuotas de ingresos trae como consecuencia un desequilibrio entre las dos principales esferas de la producción —expansión demasiado grande de la producción de medios de producción en comparación con la producción de bienes de consumo. Si se ahorra mucho y se consume poco, la producción de medios de producción experimenta una expansión

proporcionalmente mayor que la producción de bienes de consumo.

Por lo tanto, según la teoría de la sobreacumulación existe una proporcionalidad entre la división de la producción en las dos esferas principales y la división del ingreso en las dos cuotas, es decir una proporcionalidad entre la estructura de ingresos y la de la producción. En este caso, la disproporcionalidad entre las dos principales esferas de la producción es de naturaleza secundaria. En cambio, sólo la disproporcionalidad entre las dos cuotas del ingreso, una cuota de ahorro demasiado grande en comparación con la cuota de consumo, es de primordial importancia. Y, en efecto, esta disproporcionalidad puede originar serias perturbaciones económicas.

Otra es la situación según la teoría de la subacumulación. Ella también sostiene que la causa del ciclo industrial reside en el desequilibrio entre las dos cuotas del ingreso social. Según esta teoría la cuota de ahorro es demasiado pequeña con relación a la cuota de consumo; pero éste es, por sí mismo, un desequilibrio crítico.

Una cuota de ahorro demasiado grande significa un consumo insuficiente con relación a la capacidad de producción de la sociedad, y la consecuencia debe ser un estancamiento del consumo. Por el contrario, una cuota de ahorro demasiado pequeña implica una acumulación insuficiente en comparación con las necesidades de capital generadas por el progreso técnico. Esta situación podrá provocar una mayor lentitud en la racionalización de la producción de la que se hubiera logrado en otras circunstancias, pero no otro tipo de conflictos. Si la división de la producción social en las dos principales esferas se corresponde con la distribución del ingreso social en las dos cuotas, no existe razón alguna para un estancamiento en la colocación. Por consiguiente, la teoría de la subacumulación debe buscar otra "disproporcionalidad".

Muchos representantes de la teoría de la subacumulación creen poder verificar esta disproporcionalidad en un deficiente ajuste de la orientación de la producción con respecto al empleo de ingresos, o a los deseos de los compradores. Por ejemplo, la expansión de la esfera de bienes de producción a expensas de la esfera de bienes de consumo respondería a las necesidades del progreso técnico (de los rodeos más prolongados a la producción), pero no a los objetivos del ingreso (de la "pequeña" cuota de ahorro y de la "gran" cuota de consumo).

Ahora bien; la tal desproporción entre la cuota de ahorro y la

de consumo cuya existencia comprueba la teoría de la sobreacumulación está originada en el orden social. La desproporción entre las otras magnitudes económicas, que creen poder establecer los seguidores de la teoría de la subacumulación —también los de las teorías no marxistas de la sobreacumulación— sólo puede ser atribuida, en cambio, al *error o a la arbitrariedad*: falsa disposición, error en el cálculo de los productores o arbitrariedad de los bancos o gobiernos, etc.¹⁷ Con otras palabras: "Caos en el campo de los objetos, errores en el campo de los sujetos" son utilizados aquí, como en la doctrina anarquista, "para ensamblar los puntos de fractura de la argumentación teórica" (L. Löwe).¹⁸

3

Como ya hemos dicho, en sí misma una cuota de ahorro insuficiente no es causa de perturbaciones económicas. Es por ello que numerosos representantes de la teoría de la subacumulación buscan la causa de las perturbaciones económicas en el mal funcionamiento del sistema crediticio y monetario (errores de los bancos, etcétera).

Generalmente, las teorías de la subacumulación están ligadas a una doctrina coyuntural *monetaria* o *crediticia*. Pero con la forma crediticia aparecen también teorías no marxistas de la sobreacumulación. Sin embargo, si es que admiten una sobreacumulación, los economistas no marxistas tienden a derivarla de factores socialmente inofensivos.

Las teorías coyunturales crediticias ligadas con la doctrina de la sobre o de la subacumulación confunden la causa con el efecto.

¹⁷ En algunas teorías los errores y la arbitrariedad sólo aparecen, encubiertos, como causas de crisis. Pero muchos economistas nacionales mencionan expresamente estas causas. Así, Spiethoff habla de una "sobrestimación optimista de las posibilidades coyunturales", Aftalion de "sobredimensionamiento de las etapas previas de la producción" como consecuencia de una "falta de claridad del mercado"; F. Schmidt considera que las causas de las perturbaciones económicas son los "errores de cálculo de los empresarios" (!). Pignon atribuye el auge a "un optimismo equivocado" y la depresión a un "pesimismo equivocado" (!). Conocidos economistas también intentan atribuir el cambio de coyuntura a factores técnicos o naturales: transformaciones técnicas (Schumpeter), desvalorización del capital debido a innovaciones técnicas (Liefmann), una división del trabajo muy avanzada (Röpke), aumento de la población (Pohle), fracaso de las cosechas (Dietzel), manchas del sol (Jevons), etc. Sin duda errores de los científicos, que pasan por alto los problemas sociales.

¹⁸ Sobre la doctrina de la anarquía, véase Moskowska, *Zur Kritik modernner Krisentheorien*, op. cit., pp. 66 y ss. [En esp., pp 71 y ss.].

“Los bancos”, dice con razón Karl Diehl, “nadan ellos mismos en la gran corriente del movimiento coyuntural [...] No es el descuento [...] el que decide qué y cómo se produce [...] Si existe un elevado espíritu de empresa los empresarios no se dejan atemorizar por tipos elevados de descuento, de la misma manera que, inversamente, un descuento bajo no motiva fácilmente a los empresarios a continuar la producción si las perspectivas futuras son juzgadas con pesimismo”.¹⁹

“En tiempos en que la marcha de los negocios es buena casi no hay interés demasiado elevado, en tiempos de mala coyuntura ningún interés es lo suficientemente bajo.”^{19a}

4

Un solo error de los empresarios, bancos o gobiernos puede originar un desequilibrio económico, mas no su repetición periódica. Este factor, que no actúa permanentemente ni con regularidad y que cada vez que se presenta puede causar un golpe a la economía nacional, bajo ciertas circunstancias puede generar una onda coyuntural, pero de ninguna manera un ciclo coyuntural.²⁰

Por ello, las teorías de las crisis coyunturales —tanto las doctrinas de la subacumulación como las teorías no marxistas de la sobreacumulación— son generalmente *circulares*. Parten del supues-

¹⁹ K. Diehl, *Theoretische Nationalökonomie*, t. 3, Jena, 1927, p. 580. Precisamente, Diehl percibe un peligro en la extendida divulgación de las teorías coyunturales crediticias: “La doctrina de que el crédito bancario es un activador de la coyuntura y de que para la terapia de la crisis son necesarias, en primer lugar, medidas de política dineraria y crediticia, (puede) cerrar el camino hacia medidas verdaderamente racionales, y el examen parcial de las coyunturas desde el punto de vista monetario o crediticio puede conducir a falsos métodos de investigación coyuntural. Frente a anomalías sociales tan grandes como la creciente desocupación actual en muchos países, puede significar una peligrosa ilusión el hecho de que se piense posible liquidar estos males sociales mediante medidas monetarias y crediticias. Los economistas nacionales, que muchas veces desconocieron las verdaderas fuerzas de la vida económica tras el velo del dinero, no deberían cometer ahora la equivocación, obnubilados por el velo del crédito, de desconocer las auténticas fuerzas que mueven la economía nacional [...]” (*ibid.*, p. 594.)

^{19a} A. Jöhr, *Schriften des Vereins für Sozialpolitik*, t. 175, p. 314.

²⁰ Otro tanto ocurre con respecto a los demás factores extraeconómicos —técnicos, organizacionales, psicológicos, naturales— a los que algunos investigadores de la coyuntura atribuyen las crisis (véase nota p. 83). De todos modos, algunos investigadores consideran que cada “onda económica” es un fenómeno singular, cerrado, es decir que, supuestamente, una onda, o bien una crisis, no necesariamente es seguida de otra.

to del ciclo industrial, o sea que se supone lo que debe ser demostrado.

Muchas teorías no están construidas en absoluto sobre la doctrina del equilibrio y no suponen el estado de equilibrio. En lugar de explicar la crisis a partir de la expansión (auge) y la expansión a partir del equilibrio, explican la expansión a partir de la contracción y la contracción a partir de la expansión. Por lo tanto, derivan la oscilación del péndulo hacia la derecha de su oscilación hacia la izquierda y la oscilación hacia la izquierda de su oscilación hacia la derecha.²¹

“La mayor parte de las teorías llamadas dinámicas —Spiethoff, Aftalion, Bouniatian, Lescour, Fischer (también Amonn, Ohlin, Lundberg, etc., N.M.)— están construidas de tal manera que en el punto de partida plantean el ciclo como dato que no se cuestiona y de esta manera [...] derivan sin dificultades lógicas su infinita repetición. Este proceder representa un [...] *petitio principii* lógico.”²²

5

Ya sea que se verifique subacumulación o sobreacumulación, las consecuencias político-económicas y político-poblacionales resultantes serán diferentes. Veamos qué consecuencias resultarían en el primer caso:

Si a partir de la incorporación del progreso técnico la necesidad de capital fuera grande y la posibilidad de formarlo pequeña (tasa decreciente de ganancia), habría una carencia creciente de capital para aprovechar los logros técnicos. De este modo, se presentaría la siguiente alternativa: o bien frenar la racionalización de la producción o aconsejar un descenso aun mayor de los nacimientos, pues si el progreso técnico requiere más capital del que es posible reunir, habría que detener o el progreso técnico o el aumento de la población.²³

Consecuentemente, las teorías de la tasa decreciente de ganancia y de la escasez de capital conducen a la concepción malthusiana, cuya inconsistencia es suficientemente conocida y no necesita ser demostrada nuevamente.

²¹ K. Bode, “Prosperität und Depression”, *Zeitschrift für Nationalökonomie*, Viena, 1937, t. 8, p. 599.

²² A. Löwe, *Der gegenwärtige Stand der Konjunkturforschung. Festgabe für Brentano*, Munich, 1925, t. 2, p. 362.

²³ Confróntese, en este sentido, el presente escrito, tercera parte, B, III.

Las teorías de los rodeos más prolongados a la producción, de la tasa de ganancia decreciente, de los salarios sobrevalorados, de la subacumulación y de la sobrepoblación absoluta marchan juntas, son elementos de la misma cadena de ideas y, por otro lado, son la antítesis de las teorías de la tasa creciente de ganancias, de la sobreacumulación y de la sobrepoblación relativa, que a su vez constituyen un sistema de ideas coherente.

Con las teorías de la tasa decreciente de ganancia y de la escasez de capital, que se revelan como insostenibles, *toda la orientación pesimista pierde terreno*, para dejar paso al sistema, optimista, de ideas del socialismo.

B. INTENTOS POR ELIMINAR DE LA DISCUSIÓN LA SOBRECUMULACIÓN

I. "NO PUEDE HABER PLÉTORA DE CAPITAL"

1

Muchas veces, en la literatura que se ocupa de este tema, se expresa la siguiente opinión: "El ahorro (acumulación) reduce la utilización de bienes de consumo, pero eleva, exactamente el mismo monto, la demanda solvente de medios de producción debido a lo cual *nunca* puede conducir a una reducción general del poder adquisitivo y de la colocación, sino sólo a cambios de las diferentes ramas de la producción."

Como demostraremos en seguida, esta concepción es insostenible. Sólo se necesita acumulación en una economía en desarrollo y conforme a las necesidades técnicas de este desarrollo. Si se tratara de una expansión de la producción bajo las mismas condiciones técnicas, la necesidad de acumulación se determina por el aumento de la población. Si se tratara del equipamiento de igual número de obreros con instrumentos de trabajo de mayor valor, la acumulación debe orientarse por la elevación técnicamente necesaria de la composición del capital (o tiempo de rotación).

Desde el punto de vista de la economía nacional acumular significa extender la producción de bienes de producción a expensas de la producción de bienes de consumo. Pero entre estas dos esferas de la producción debe existir una proporcionalidad. La relación adecuada entre ambas esferas será diferente de acuerdo a las circunstancias —teniendo en cuenta el crecimiento de la población y la velocidad del progreso técnico. Sin embargo, bajo condiciones estables dicha relación está determinada; su no observancia origina desequilibrios. Por lo tanto, la tasa de acumulación no debe ser determinada arbitrariamente.

2

Acumular significa limitar el consumo personal en beneficio del reproductivo. Consumo reproductivo es consumo de bienes de pro-

ducción para la producción de bienes de consumo. Por lo tanto, los bienes de producción son “bienes de consumo latentes” (Sternberg) que en el curso del proceso de producción se irán transformando en bienes de consumo. La duración de este proceso de maduración —el número de estadios que deben recorrer los bienes de “orden distante” para convertirse en bienes de “primer orden”— depende del nivel de la técnica. Por lo tanto, con una técnica dada, la magnitud del consumo reproductivo está determinada por la magnitud del consumo personal. La técnica en cuestión no sólo determina cuán grande será la producción, sino también cuán grande tendrá que ser el consumo para que no se produzcan perturbaciones.

“El objetivo de toda producción —dice Wilhelm Lexis— es el consumo personal.” Ciertamente, la producción también fabrica herramientas, máquinas, medios de transporte, etc., por lo tanto, bienes que no satisfacen en forma directa las necesidades humanas; pero estos bienes son a su vez medios para la producción de otros, cuyo único destino es el consumo; por ello su fabricación debe ser considerada como una etapa preparatoria del trabajo global a emplearse en la producción de mercancías de consumo, del mismo modo como la construcción de un andamio es un trabajo preparatorio para la construcción de una casa.¹

El consumo personal no puede ser sustituido a voluntad por el reproductivo. Bajo circunstancias dadas la medida mínima del consumo personal, y también, por lo tanto, la medida máxima de la acumulación, está *técnicamente determinada*.

3

Según J. B. Say, cada nueva mercancía significa no sólo una nueva oferta, sino también una nueva demanda, “nuevo poder adquisitivo”. Como consecuencia, el poder adquisitivo siempre debe ser proporcional a la fuerza productiva, no puede ser menor.

Esta tesis puede ser correcta sólo en el caso de que se parta de un cierto supuesto.

Hay dos tipos de poder adquisitivo: el destinado al consumo reproductivo y el destinado al consumo personal, y ninguno de ellos puede ser sustituido arbitrariamente por el otro. La relación de equilibrio entre ambos, así como la relación de equilibrio

¹ También Conrad Schmidt caracterizó acertadamente la diferencia entre el consumo personal y el reproductivo. Véase *Sozialistische Monatshefte*, Berlín, 1901, t. 2, p. 675.

entre las dos esferas de la producción —la producción de bienes productivos y la de bienes consuntivos— está determinada técnicamente. La relación técnicamente necesaria entre los dos tipos de poder adquisitivo se modifica con el desarrollo de la técnica, pero siempre está dada.

Además, si bien el poder adquisitivo debe ser proporcional a la fuerza productiva, esto ocurre sólo cuando se respeta la proporcionalidad técnicamente necesaria entre ambos tipos de poder adquisitivo.

4

“Es posible afirmar, sin exageraciones, que así como todo pensamiento científico reclama exactitud, de alguna manera se hace presente en la idea de equilibrio cuando se trata de unir en un sistema accesible a nuestra comprensión las relaciones existentes entre magnitudes económicas.” “Es difícil hallar otra idea básica tan importante para la comprensión del sistema económico” como la idea de equilibrio. En el pensamiento económico nacional “el lugar central” lo ocupa la idea de equilibrio.²

La apreciación, tan extendida, de que es posible ahorrar a discreción sin producir perturbaciones económicas supone tácitamente que no es necesario el equilibrio entre las magnitudes económicas fundamentales.

Si el ahorro pudiera ser acrecentado a voluntad a expensas del consumo, también la esfera de bienes de producción podría ser extendida a voluntad a expensas de la esfera de bienes de consumo, pero de esta forma se niega la necesidad de la proporcionalidad entre las cuatro magnitudes económicas decisivas.

5

Se podría objetar que si bien el ahorro no debería aumentar a expensas del consumo, ni la esfera de bienes de producción a expensas de la esfera de bienes de consumo, es necesario recorrer un largo camino para alcanzar dicha situación pues aún no se habría ahorrado lo suficiente, la esfera de bienes de producción no sería lo suficientemente extensa, la técnica estaría retrasada

² K. Pribram, “Gleichgewichtsvorstellungen in der Konjunkturtheorie”, *Zeitschrift für Nationalökonomie*, Viena, 1937, t. 8, pp. 129 y ss. Cf. también Moszkowska, *El sistema de Marx*, parte III, pp. 134 y ss. [En esp. pp. 122 y ss] y *Contribución a la crítica de la moderna teoría de la crisis*.

en muchos aspectos y sólo un pequeño sector de la economía estaría racionalizado; por lo tanto, para hacer efectiva la racionalización quedaría todavía un amplio campo.

A esta objeción respondemos que la detención del consumo masivo pone límites a la introducción de mejoras técnicas. No se puede modernizar el aparato productivo ni aumentar su capacidad de producción sin la perspectiva de un aumento proporcional del consumo. Cuando esta perspectiva falta se producen vacilaciones en la introducción de maquinaria más perfeccionada. La racionalización de la producción supone normalmente una extensión del consumo. No es posible racionalizar la producción y simultáneamente reducir el consumo.

Para cada esfera de la producción, con una técnica dada hay una dimensión óptima de explotación, una combinación favorable de los factores de la producción. Con la mecanización y maquinización de la producción aumentan la dimensión óptima de la explotación y la capacidad de producción en casi todas las esferas de la producción. Pero, debido a que no ocurre lo mismo con el consumo, frecuentemente se renuncia a una ampliación de la explotación. Pocas veces se alcanza la dimensión óptima de la explotación (industria de paz) como consecuencia de la limitada capacidad de absorción del mercado. Las instalaciones productivas modernas son rentables con pleno funcionamiento de la explotación, pero no con una producción reducida. Las cíclicas crisis económicas no permiten el aprovechamiento pleno de las instalaciones y, además, la inestabilidad e inseguridad de la economía que ellas provocan elevan el riesgo de la inversión de capital y aminoran el placer de la inversión.

Cuando la coyuntura es descendente el empresario puede deshacerse de los medios de producción personales, pero no de los materiales; puede despedir obreros, pero no liquidar instalaciones sin grandes pérdidas. Por lo tanto, como la producción intensiva de capital es más sensible a las crisis, muchas veces se deja de lado la transición del trabajo manual al trabajo mecánico, de la pequeña empresa a la gran empresa.

De este modo, producto de una situación desfavorable en el mercado de trabajo y de la mala remuneración de los trabajadores dependientes, no sólo se mantienen muchas empresas retrasadas, sino que desde el comienzo se fundan nuevas empresas pequeñas y medianas que trabajan en forma no racional. (Piénsese, especialmente, en el saturado comercio minorista y en la pequeña industria.)

En lo que respecta a nuestra producción, ella no está retrasada —desde el punto de vista técnico— porque falte capital, sino porque falta colocación. Aunque parezca paradójico, si hay escasez de capital ella es consecuencia de una formación de capital demasiado grande, pues las perturbaciones económicas originadas por la sobrecumulación no dejan intactos a los capitales acumulados; por el contrario, los desequilibrios económicos barren con el exceso de capital, aunque no sólo con él.

Como demostraremos más adelante, una formación de capital demasiado grande tiene como consecuencia crecientes *faux frais*, que agotan paulatinamente el exceso de capital y terminan por consumir hasta la reserva de capital. La sobrecumulación —especialmente en el capitalismo tardío— tiende a convertirse en su contrario. Por consiguiente, ella no significa acumulación en busca de inversión, a los que podrá recurrirse en todo momento según la necesidad de racionalizar la producción. Por el contrario, cuando hay sobrecumulación, la existencia de crecientes *faux frais* provocan finalmente carencia de capital.

II. "SÓLO PUEDE HABER UN EXCESO TRANSITORIO DE CAPITAL"

I

En los tratados de economía nacional aparece todavía un segundo intento por eliminar de la discusión a la sobrecumulación. Si, según la concepción examinada, es absolutamente imposible que se produzca sobrecumulación, según la siguiente concepción, bastante extendida, sólo puede haber sobrecumulación de naturaleza transitoria. Los argumentos son los siguientes:

Es perfectamente posible que la consecuencia de salarios bajos y ganancias elevadas fuera la sobrecumulación. Pero cuanto más grande es la acumulación, tanto mayor la demanda en el mercado de trabajo. Una demanda creciente de fuerza de trabajo debería originar salarios ascendentes; si éstos aumentaran, las ganancias disminuirían y la acumulación se reduciría. El automatismo que opera sobre todo mercado de mercancías, también, por lo tanto, sobre el mercado de trabajo, genera permanentemente el equilibrio. Por lo tanto, es casi imposible una sobrecumulación de mayores dimensiones y de mayor duración.

También rechazamos esta concepción.

El argumento de la nivelación mecánica es acertado para cualquier mercado de mercancías, pero no para el mercado de trabajo; en éste el automatismo falla. Siempre los empresarios son la parte más poderosa en el contrato de trabajo: empresarios no organizados son más poderosos que obreros no organizados y empresarios organizados más poderosos que obreros organizados. Si no fuera éste el caso, no habría mercado de trabajo: el hombre no podría ser degradado en mercancía. La desigualdad social de las partes contratantes, la existencia de poseedores y desposeídos, es el supuesto indispensable de un mercado para fuerza de trabajo humana.

¡En el mercado de fuerza de trabajo rigen otras leyes que en el mercado de productos del trabajo!

2

Como el de cualquier otra mercancía, el valor de la mercancía fuerza de trabajo es determinado por los costos de reproducción —los costos de mantenimiento de la familia obrera. A largo plazo, el precio de mercado de la fuerza de trabajo no puede elevarse mucho sobre los costos de reproducción, ni caer muy por debajo de ellos. Sin embargo, el mecanismo del mercado no puede prevenir la sobreacumulación que no significa que el precio de la fuerza de trabajo ha descendido por debajo de su valor. En la economía capitalista la sobreacumulación surge con un “precio normal” de la fuerza de trabajo, con equivalencia entre el valor y el precio de esta mercancía.

Normalmente —dice Marx—, el empresario paga al obrero el valor de cambio de la fuerza de trabajo, es decir los costos de reproducción de su mercancía. A cambio el empresario obtiene del obrero el valor de uso de la fuerza de trabajo, es decir el producto del trabajo. Pero el valor de uso de la fuerza de trabajo es más elevado que su valor de cambio, y la diferencia entre ambas magnitudes (el plusvalor) aumenta con el progreso técnico. Ahora bien, con la creciente productividad del trabajo los precios de las mercancías, y también, por lo tanto, el de la fuerza de trabajo, descienden; cuando esta diferencia aumenta más de lo que requiere la formación de capital se produce sobreacumulación.

Mientras la fuerza de trabajo es una mercancía, su precio (el salario) es determinado por los costos socialmente necesarios para su reproducción y mientras esto suceda habrá una sobreacumulación que aumenta con el progreso técnico. La sobreacumulación

tiene su fundamento en el *carácter* mismo del mercado de trabajo, mercado que sólo existe en la economía capitalista (también en la fascista) y que constituye la particularidad de esta forma económica.

3

Normalmente —esto es, entendiendo la economía humana como una lucha con las fuerzas naturales— el hombre no es un medio para un fin, sino el fin en sí de la economía. La satisfacción de sus necesidades no es un mal necesario, sino el fin a que se tiende. Si esto es así, con una productividad creciente de su trabajo el consumo humano debería aumentar proporcionalmente y, por lo tanto, no podría haber una sobreacumulación de cierta dimensión o de cierta duración.

Empero, la economía capitalista no está orientada a la satisfacción de las necesidades humanas, sino a la valorización del capital. Los desposeídos, la enorme mayoría de los hombres, sólo son medios de producción, medios para un fin. Su consumo no es el fin de la economía, sino un *mal necesario* (costos). A su vez, ésta no se orienta según la fuerza productiva de la sociedad, sino que es determinada por el gasto mínimo indispensable para la reproducción de una mercancía fuerza de trabajo de suficiente calidad. El progreso técnico tiene como consecuencia un aumento en la diferencia entre estas dos magnitudes —entre el consumo económicamente indispensable y el suficiente para la reproducción de la fuerza de trabajo. Es esta creciente diferencia lo que origina la creciente sobreacumulación.

4

Una vez que se da la relación de capital —es decir aquel antagonismo de la estratificación social por el cual los propietarios de los medios de producción se hallan enfrentados a los obreros “libres”, en el doble sentido de que, por un lado, a diferencia de los esclavos y de los siervos, ellos tienen libertad de cambiar de domicilio y, por otro lado, están libres de medios de producción y no poseen más que su fuerza de trabajo (Marx), con ello también está dada la explotación, creciente, por cierto, con el progreso técnico, y por lo tanto también la creciente sobreacumulación.

No es una coerción física desembozada la que obliga a los des-

poseídos al plustrabajo, pero sí una coerción económica encubierta por la ilusión de libertad formal (Marx). La clase que posee los medios para equipar a otra con medios de producción siempre está en condiciones de obligar a ésta, que no posee más propiedad que su fuerza de trabajo, a producir plusvalor.

Puesto que, a la larga, el salario debe asegurar un mínimo necesario para la subsistencia, con una baja productividad del trabajo la tasa de plusvalor será necesariamente menor. La condición necesaria para una tasa de plusvalor creciente es el aumento de la productividad. Cuanto mayor sea la productividad del trabajo, tanto mayor será la parte de la jornada de trabajo que puede ser utilizada para la producción de plusvalor, y tanto mayor será el plusvalor que puede extraérsele a un obrero.

El progreso técnico genera una mayor diferencia de ingresos y un aumento del poder de los poseedores frente a los desposeídos. La creciente productividad del trabajo hace *técnicamente posible* una reducción de los salarios (reducción del salario nominal); el creciente poder de los poseedores lo hace *socialmente posible*. La creciente productividad hace posible y el creciente poder de los poseedores fuerza el descenso de los salarios.

Una vez que la acumulación originaria³ se ha consumado las diferencias entre los ingresos y los bienes se agigantan. De esta forma la brecha entre las clases se profundiza cada vez más. Las diferencias de clases, muy pequeñas en los orígenes del capitalismo, se desarrollan en el transcurso de la evolución capitalista. El carácter antagonico de la economía, que aparece con la acumulación originaria, madura simultáneamente con esta economía. Con ello también aumenta proporcionalmente la sobreacumulación.

Es ésta una ley económica de movimiento, que opera con férrea necesidad, independientemente de la buena o mala voluntad de los individuos. Puesto que sólo las empresas fuertes de capital están en condiciones de competir, el empresario se ve obligado, so pena de arruinarse, a reducir el salario y a acumular la mayor parte de su ganancia.

³ Karl Marx, *Das Kapital*, t. I, p. 679. [En esp. t. 1/3, p. 891.]

C. APORTES HISTÓRICOS Y TEÓRICOS EN RELACIÓN CON LA CUESTIÓN DEL SALARIO

I. EL SALARIO EN EL CURSO DEL DESARROLLO CAPITALISTA

I

Mientras el desarrollo del capitalismo aún estaba en sus comienzos, la economía capitalista sólo representaba una pequeña porción en los actuales países industriales y su capitalización recién comenzaba, la entonces baja productividad del trabajo no permitía un aumento demasiado grande del consumo de las amplias masas, tanto más puesto que el desplazamiento del modo de producción tradicional por el racional requería una parte relativamente grande del aún pequeño producto social. Si bien el consumo de los obreros todavía era bajo, aún no había razones como para que la colocación se estancara considerablemente, sobre todo porque la clase obrera constituía todavía una pequeña parte de la población y el consumo de las demás capas aún tenía un peso relativamente grande.

Con el tiempo el sector capitalista de la economía se extendió y con él aumentó el número de obreros. Artesanos desplazados por la competencia e hijos de campesinos que huían del campo fueron absorbidos por el creciente aparato productivo de la economía. Pronto los obreros desocupados por la racionalización de la producción fueron nuevamente incorporados al proceso productivo. Por cierto también hubo épocas de gran desocupación, en las que a pesar de una buena coyuntura había, sin embargo, escasez de obreros. Gracias a la situación más favorable en el mercado de trabajo, la clase obrera, ahora más numerosa, pudo reunirse en asociaciones y luchar por mejores condiciones de trabajo.

Poco a poco la economía capitalista se impuso en las áreas más importantes, la técnica se desarrolló a gran velocidad y la productividad del trabajo aumentó en forma hasta entonces insospechada. Así surgió para la economía la necesidad de un aumento en gran escala del consumo personal; el supuesto para el ulterior

desarrollo imperturbado de la economía era una gran alza del nivel de vida del pueblo trabajador. Ya no bastaba el aumento del consumo personal de la clase obrera, a pesar de que ella constituía una parte creciente de la población y, por consiguiente, también de los compradores. Si hasta entonces decía el refrán: "Si el campesino tiene dinero, lo tiene todo el mundo", ahora era: "Si el obrero tiene dinero, lo tiene todo el mundo." Sin embargo, el consumo de los asalariados sólo ascendía muy lentamente detrás de la producción rápidamente creciente. Las organizaciones obreras obtuvieron ciertas concesiones que mejoraron las organizaciones de trabajo por doquier. Sin embargo, los resultados que los obreros organizados obtenían de las difíciles luchas con los empresarios mucho mejor organizados que ellos no guardaban proporción con la enormemente creciente productividad del trabajo humano. De este modo, pese a las grandes exportaciones de capital, se abrió una brecha entre la producción y el consumo.

Cuando el dirigente sindical obtenía una concesión, por mínima que ésta fuera, del adversario superior, la poderosa asociación de empresarios, haciendo uso de la mayor energía, cada éxito de las luchas sociales le parecía grande. También al obrero, que con su miserable salario apenas podía satisfacer las necesidades más imperiosas —y que llegó a sentir la testarudez del poderoso adversario en huelgas y paros— la más insignificante mejora de las condiciones de trabajo le parecía importante. Los éxitos del movimiento obrero de aquel entonces no deben menospreciarse con relación al poderío de los partidos, pero otra debe ser la evaluación cuando se los compara con el desarrollo técnico: con relación a las enormes posibilidades técnicas de elevar el nivel de vida del pueblo, los logros del movimiento arrancados a los empresarios con grandes sacrificios no pudieron impedir el alejamiento entre la fuerza productiva y la capacidad consuntiva.

Con la concentración de la producción, cartelización y trustificación de la industria la situación empeoró más aun. Si hasta entonces los obreros habían sido explotados sólo como productores, entonces lo fueron también como consumidores. Y no sólo la clase obrera, sino todas las capas compradoras fueron puestas al servicio de la producción del plus. Piénsese, en este contexto, en el frente común formado por la gran industria y el latifundio para cuestiones aduaneras, que tuvo como consecuencia una elevación de los aranceles industriales y agrarios (aranceles protec-

cionistas solidarios) y encareció el costo de la vida del conjunto de la población.¹

Más adelante, la creciente concentración de la producción se vio acompañada por una creciente concentración de la ganancia. La gran industria, y su aliado, las altas finanzas, atrajeron una parte del plusvalor mucho mayor del que correspondía a su monto de capital. Con la reducción del ingreso de las capas medias también se redujo su consumo.

Cuanto más se profundizaba la brecha entre el consumo técnicamente posible y el real, tanto mayores eran las dificultades con las que se enfrentaban las sucesivas ampliaciones del aparato productivo. Los obreros desocupados por la mecanización de la producción no fueron reincorporados rápidamente al proceso productivo. La compensación fallaba cada vez más. En el mercado de trabajo la situación empeoró. Si alguna vez la misión de los sindicatos había sido luchar por mejores condiciones de trabajo, ahora debía defender lo conquistado.

Con cada progreso técnico el aumento de la capacidad consuntiva quedaba considerablemente detrás del aumento de la capacidad productiva; con cada racionalización surgían nuevas divergencias entre el consumo económicamente indispensable y el real. Estas divergencias se acumularon y la diferencia entre ambas magnitudes, que en una economía normal deberían estar mutuamente ajustadas, creció permanentemente. Al comienzo, sólo obstaculizó el ulterior desarrollo del capitalismo, pero paulatinamente provocó cada vez más su retroceso. En el capitalismo ascendente las épocas de prosperidad eran largas y las de depresión cortas. Puesto que frecuentemente en los tiempos de prosperidad había escasez de obreros, a veces ellos podían arrebatarse ciertas pequeñas mejoras en las condiciones de trabajo. Inversamente, en el capitalismo descendente las épocas de depresión son largas y las de prosperidad cortas. Pero la desocupación no cesaba ni siquiera en los tiempos de prosperidad y como tiempos de desocupación son tiempos de reducción del salario, los salarios reducidos durante las depresiones apenas se elevaban en las épocas de prosperidad.

¹ "Las conquistas aisladas que han alcanzado las organizaciones económicas de la clase obrera en la lucha cotidiana —escribió Hilferding en los comienzos de este siglo— se enfrentan al peligro de ser anuladas súbitamente por la política de los cárteles que, con un estilo impracticable para los capitalistas aislados, utilizan su influencia para poner al servicio de sus ansias de ganancia el poder del estado." (Hilferding, "Funktionswechsel des Schutzzolles", *Die Neue Zeit*, año 21, t. 2. p. 277.)

Además, hay que señalar que las depresiones no detenían el progreso técnico. Para poner en marcha la economía se realizaban numerosas mejoras técnicas. La productividad del trabajo aumentaba, el consumo quedaba rezagado. La discrepancia entre el consumo técnicamente conveniente y el real aumentaba más aun, y cuanto mayor era esta discrepancia y más agudas las crisis, tanto peores eran las condiciones de trabajo y mayor el retroceso en el estándar de vida.²

2

El que oportunamente —en la segunda mitad del siglo pasado— las condiciones de trabajo mejoraran no se debió sólo a la acción de las organizaciones de la clase obrera y a la favorable situación en el mercado de trabajo, sino también, y no en último lugar, a que este hecho respondía a los intereses empresariales.

Los miserables salarios del capitalismo temprano apenas pudieron cubrir el mínimo físico necesario para la subsistencia, y lo excesivamente largo de la jornada de trabajo impedía el restablecimiento de las fuerzas en los breves períodos de descanso. Pero la técnica moderna no utiliza pobres embrutecidos, existencias rendidas por el hambre y excesivamente fatigadas. Cuando los medios de producción refinados, los procesos de producción complicados y el ritmo de trabajo veloz le plantean elevadas exigencias a la capacidad de producción física y espiritual del obrero, se requieren hombres que realicen un trabajo preciso, seguro; por consiguiente, personas con un cierto mínimo de cultura, lo cual supone una situación vital ordenada económicamente y una jornada de trabajo no demasiado larga.

Si se tiene en cuenta que los salarios de miseria y el prolongado tiempo de trabajo característicos del capitalismo temprano perjudicaron tanto la calidad como la cantidad del trabajo, es fácil advertir que la mejora en las condiciones de trabajo en la segunda mitad del siglo XIX (o a fines de siglo) no era un mal negocio para los empresarios.

Una vez alcanzados el nivel de salarios y el tiempo de trabajo necesarios para proporcionar al obrero el mínimo necesario en estándar de vida y en descanso, los empresarios perdieron todo

² El hecho de que esta discrepancia entre la capacidad consuntiva y la fuerza productiva no pueda reconocerse a primera vista se explica por los elevados *faux frais* de la economía capitalista que emergen en la brecha. Más adelante volveremos sobre ello.

interés en nuevos aumentos de salarios y acortamiento del tiempo de trabajo.³ *Nunca* más pudieron los obreros quebrar la resistencia que en el capitalismo desarrollado ofrecían los empresarios organizados a cualquier planteo de mejoras.

II. CONTRIBUCIÓN A LA TEORÍA DEL SALARIO

1

El nivel "normal" del salario, alrededor del cual oscila el nivel del salario real según la situación en el mercado de trabajo, no es, como creían muchos de los viejos economistas políticos, una magnitud naturalmente dada, fija, determinada de una vez para siempre por el mínimo fisiológico necesario para la existencia. Pero el nivel del salario tampoco está determinado, como pensaban los seguidores de la *teoría de la productividad*, por el rendimiento del trabajo humano; no es una magnitud que crece permanentemente con el progreso técnico.

En el capitalismo ascendente decidían, en primer lugar, sobre el nivel de salarios las exigencias que la nueva técnica productiva planteaba al nivel cultural de los obreros. Puesto que estas exigencias aumentaron con el refinamiento de los métodos de producción, fue preciso mejorar las condiciones de trabajo.

Sin embargo, del hecho de que en aquel entonces el nivel de vida de las masas se elevara no debe sacarse la conclusión de que éste se orienta según el estado de la productividad del trabajo. El alza del nivel de vida del obrero estuvo condicionado en aquel tiempo por una *situación histórica excepcional, única*.

Desde aquella época se verificaron grandes mejoras técnicas que incrementaron la productividad del trabajo humano en una medida hasta entonces insospechada. Los frutos de este aumento de la productividad sólo beneficiaron en mínima medida a las clases trabajadoras.⁴

³ Mientras el salario todavía era muy bajo y el tiempo de trabajo muy largo durante el capitalismo temprano, también el estado mostraba interés por la mejora en las condiciones de vida del obrero industrial. Sin embargo, fueron precisamente las zonas industriales las que no pudieron reunir el contingente normal de reclutas.

⁴ Cf. "Löhne und Lebenskosten in Westeuropa im 19. Jahrhundert", *Schriften des Vereins für Sozialpolitik*, t. 145, parte 3, p. 287.

Tal como se lee en los libros de economía política, el nivel del salario es determinado por "necesidades fisiológicas y culturales". Pero esto significa: por necesidades fisiológicas de los obreros y necesidades "culturales" del capital. En la economía capitalista, y en mayor medida aun en la fascista, el obrero es sólo una parte integrante del aparato de producción. Como las demás partes componentes de la maquinaria, también él es aceitado sólo en la medida en que sea técnicamente necesario.

Los defensores de la teoría de la productividad —dice irónicamente Robert Wilbrandt— "coinciden en que lo que interesa es la 'productividad': si ésta es elevada, también lo será el salario. Por lo tanto: si el empresario puede dar mucho, lo hará". Semejantes teorías son —continúa Wilbrandt— "el reflejo de la lucha de clases en la ciencia misma". Ellas muestran "voluntaria o involuntariamente cuán difícil es realmente en nuestro terreno librarse de la ideología de clase y del punto de vista de clase".⁵

2

En la literatura socialista se discute acerca de la corrección de la teoría de la equivalencia o teoría del poder del salario. En nuestra opinión la teoría del salario es al mismo tiempo teoría de la equivalencia y teoría del poder.

Ciertamente —como escribe Nölting— en el contrato de trabajo se trata de un acto de cambio efectuado por un grupo social económicamente sometido por un grupo más poderoso. Efectivamente, estas relaciones de distribución (salario-ganancia) no sólo son relaciones de producción (Marx) sino también, en cierto sentido, relaciones de poder. Sin embargo, la teoría del poder del salario no contradice la teoría de la equivalencia, como cree Nölting.⁶

El precio de equivalencia de la fuerza de trabajo coincide con el precio de poder. Si el grupo más poderoso decide pagar al más débil sólo los costos de producción de la fuerza de trabajo (= precio de equivalencia), tiene el poder para ello, pero no podría pagarle una suma menor que la correspondiente a los costos de producción de la fuerza de trabajo (= mínimo de la existencia), pues le falta poder para ello.

Si bien el precio de poder es simultáneamente el precio de equi-

⁵ R. Wilbrandt, *Der Volkswirt als Berater der Volkswirtschaft*, Stuttgart, 1928, p. 122.

⁶ Erik und Ernst Nölting, *Einführung in die Theorie der Wirtschaft*, Berlin, 1929, p. 132.

valencia, el comprador de la fuerza de trabajo, el empresario, tiene su ventaja, pues el precio del trabajo realizado ($v + pv$) es más elevado que el precio de la fuerza de trabajo (v). Tenemos aquí una mercancía peculiar que se diferencia sustancialmente de la restante "plebe de mercancías".

La teoría del salario es una teoría del poder, porque la fuerza de trabajo sólo se convierte en mercancía bajo determinadas condiciones sociales; también es una teoría de la equivalencia, porque si bien el obrero es explotado recibe sin embargo el valor de su mercancía, los costos de producción de la fuerza de trabajo.⁷

La "teoría del poder" del salario expuesta aquí sostiene que en la economía capitalista el obrero es degradado a mercancía y no tiene el poder para ser reconocido como un hombre. En este sentido, se puede hablar, con Ferdinand Lasalle, de un desesperanzado intento de la mercancía fuerza de trabajo por comportarse como un ser humano. La lucha en el mercado de trabajo no se desarrolla entre "dos partes contratantes iguales, sino entre una bolsa de dinero y un estómago" (Cellier).

⁷ Si bien la teoría del salario no es sólo una teoría de la equivalencia, sino también una teoría del poder, el salario es, no obstante, una categoría económica y no política. Necesariamente, el desplazamiento de las relaciones de poder en beneficio de los obreros, tal era el deseo de los socialistas reformistas, y el consiguiente reordenamiento de las relaciones de producción, o sea sin modificación del sistema económico, tenía que fracasar. La teoría del poder de los socialistas reformistas es inconciliable con la doctrina marxista; no se puede insertar en el marco de la doctrina del valor del trabajo y "finalmente conduce a una negación de esta doctrina". (Kurt Langer, *Sozialdemokratische Wirtschaftstheorien nach der Kriegszeit*, Basilea, 1937, pp. 63 y ss.)

TERCERA PARTE

A. LOS FAUX FRAIS DE LA ECONOMÍA CAPITALISTA Y FASCISTA

La consecuencia del progreso técnico no es ni una baja de la tasa de ganancia ni una escasez de capital. En la economía capitalista y, más aun, en la fascista los *faux frais* generan la apariencia de que con la racionalización de la producción necesariamente desciende la tasa de ganancia y de acumulación y falta capital, debido a que ellos mismos, producto de su necesidad interna, aumentan a un ritmo acelerado, consumen más y más en la economía.

Examinemos los tipos más importantes de costos muertos. Ante todo, es necesario hacer una advertencia: hay costos muertos que son más característicos de un estado anterior del desarrollo capitalista, y otros que lo son de un estadio ulterior. La siguiente exposición no es cronológica, sino sistemática, sin embargo, hablaremos primero de los costos muertos del capitalismo *ascendente* y luego de los del *descendente*. Comenzaremos con la economía en *tiempos de paz* y pasaremos paulatinamente a la economía en la actual *etapa de guerra*. Partimos, por lo tanto, de los *faux frais* relativamente bajos y llegamos paulatinamente a los altos y gigantes. El desarrollo comienza inofensivamente y se vuelve cada vez más funesto.

Se conocen diferentes tipos de costos muertos, pero aquí nos interesa presentar los costos muertos en su totalidad, en su desarrollo y dependencia mutua, mostrar cómo unos *faux frais* tienen a los otros por consecuencia y cómo todos ellos proceden *de una raíz*.

I. FAUX FRAIS EN LA PRODUCCIÓN Y DISTRIBUCIÓN DE BIENES

1

Si la capacidad de consumo no aumenta proporcionalmente a la creciente productividad del trabajo y la brecha entre el consumo económicamente indispensable y el real se profundiza, una parte cada vez mayor de la producción no encuentra colocación. De este modo, una parte creciente de la capacidad de producción de la

industria no se aprovecha y una parte creciente del producto de la agricultura es quemada o arrojada al mar (o bien se reduce la superficie de cultivo). Así, es necesario amortizar el capital invertido en las ramas de la industria cuya capacidad de producción no se aprovecha o cuyos productos son destruidos, y es preciso pagar los intereses de los ingresos de las restantes ramas de la industria. Esto eleva considerablemente los costos de producción, frecuentemente incluso los duplica. Por otra parte: si la producción no se reduce o el producto no se destruye, las exigencias aumentan, lo que ocasiona nuevos costos y eleva el riesgo.

No sólo la inactividad de los medios de producción materiales, sino también la de los personales —el ejército de desocupados que se acrecienta enormemente— acrecienta los costos de explotación de la economía privada y nacional. Los obreros excedentes son puestos en la calle por los empresarios y deben ser subvencionados por el estado con los recursos públicos. Pero el estado, a su vez, se ve obligado a cargar a la economía privada con elevados impuestos para sostener a las personas que se han vuelto superfluas.¹

2

Normalmente, la producción debería aumentar permanentemente como consecuencia del aumento de la población y del progreso técnico, esto es como consecuencia del aumento de los medios de producción personales y del perfeccionamiento de los materiales. Por lo tanto, lo normal sería un aumento paulatino de la producción; una disminución de la producción sólo debería ocurrir como consecuencia de catástrofes naturales o del agotamiento de fuentes naturales o materias primas. Pero en la economía basada en el principio de los negocios la expansión y la contracción de la producción se suceden periódicamente: la economía representa un permanente oscilar del péndulo. El equilibrio se ve permanentemente perturbado porque la productividad es forzada y el consumo disminuido. Si la brecha entre la producción y el consumo se hace demasiado grande, de tiempo en tiempo a un período de expansión de la producción sigue un período de reducción de la misma, lo cual trae aparejado costos o cambios de política económica.

En una sociedad armónica, donde a la creciente producción sigue un aumento del consumo, la introducción de máquinas economi-

¹ Piénsese, en este contexto, en la descalificación —producto de la degeneración física y espiritual— de los desocupados.

zadoras de trabajo no requeriría prolongados procesos de adaptación. De producirse desajustes, el equilibrio se restablecería pronto en un nuevo nivel. La economía nacional sería una “recta ascendente ininterrumpida por ocasionales curvas provocadas por contratiempos” (Sombart). En cambio, en una economía en la que el consumo de las masas está amenazado, el progreso técnico produce efectos que, en lugar de fenómenos de adaptación, origina perturbaciones aun mayores. Las perturbaciones se multiplican y se entrelazan. Los movimientos, una vez producidos, tienden a generalizarse. Con la creciente productividad del trabajo humano, la economía está expuesta a *perturbaciones que actúan acumulativamente*. La crisis alimenta a la crisis.

Todo este proceso ocasiona costos que no están condicionados técnicamente, sino socialmente.

3

Cuanto más se retrase el consumo de las masas con respecto a la creciente productividad, tanto más cuesta la atracción de clientela. Si la capacidad de absorción del mercado no se adapta a la creciente oferta, cada descenso de los costos de producción tiene como consecuencia un aumento de los gastos comerciales. Proporcionalmente al aumento de la productividad del trabajo humano en la producción de mercancías, tiene lugar una disminución en la esfera de la distribución. Los costos de distribución aumentan diariamente y amenazan con sobrepasar los costos de producción.²

Los sindicatos y los trusts, las combinaciones horizontales y verticales se esfuerzan continuamente por acortar el camino entre el productor y el consumidor, eliminando a los intermediarios. Sin embargo, el porcentaje de las personas ocupadas en el comercio y en las industrias que de él dependen crece cada vez más. Pese

² No hay que pensar más que los gastos que ocasionan los muchos viajeros y demás representantes de firmas, los costos de los anuncios, carteles, publicidad aérea, reclames en el cine y en la radiotelefonía. Piénsese también en las campañas publicitarias y sellos de descuento, días de propaganda y reclame, ventas por desalojo y por temporada, en los costos de envío de ofertas, folletos, carteles de pedido, catálogos, muestrarios y depósito de mercancías, en los costos de los más refinados medios de acercamiento al comprador, “sugerencias de compras”, en fin, en todos los costos que ocasiona “su majestad el reclame”. El instituto para investigaciones coyunturales de Berlín estimó los costos anuales de la publicidad en casi mil millones de marcos. (J. Jessen, *WBdFw*, t. 3, 1933, p. 31.)

a importantes mejoras organizacionales los gastos del comercio no disminuyen, sino que se incrementan considerablemente.

“En el cálculo total de los costos de empresas grandes y extra-grandes, se enfrenta uno al extraño hecho de que los costos de fabricación son muchas veces menores que los costos de colocación, que, por lo tanto, cuesta tanto vender una mercancía como fabricarla.” El número de los ocupados en la distribución de la mercancía aumenta más rápidamente que el número “de aquellos que trabajan en la producción”.³ “Es característico del desarrollo capitalista que obligue formalmente a un país a ocupar una parte decreciente de la población en las industrias propiamente productivas, mientras que profesiones como comerciantes, representantes, periodistas, artistas, publicistas, políticos, representan una parte creciente.”⁴

4

En el capitalismo, especialmente en el capitalismo tardío, se realiza un *trabajo de Sísifo*: se observa el mayor esfuerzo por reducir los costos en la fabricación de bienes; si esto resulta los *faux frais* aumentan. Gracias al progreso técnico los costos necesarios disminuyen, pero debido al estancamiento en la colocación aumentan los costos muertos.

Si el consumo real no se adapta al técnicamente necesario, el trabajo ahorrado por la racionalización de la producción es inútilmente desperdiciado. El trabajo socialmente necesario disminuye.

Con otras palabras: el perfeccionamiento de los métodos de producción tiene un aspecto positivo y un aspecto negativo. En primer lugar los obreros son equipados con un aparato de producción más importante, o bien más sofisticado: luego, aumenta la productividad del trabajo y crece la riqueza de bienes. El aspecto negativo (aparato productivo mayor) se intercambia por el aspecto positivo (la creciente productividad del trabajo). Sin embargo, junto al aspecto negativo —el mayor gasto— hay un aspecto positivo —el mayor uso— siempre que la marcha de la economía sea normal, que la capacidad de consumo aumente proporcionalmente a la capacidad de producción. Si éste no fuera el caso, la colocación no cubre el aumento de bienes, y el aspecto positivo del progreso técnico queda descartado.

³ J. Hirsch, *Das amerikanische Wirtschaftswunder*, Berlín, 1926, p. 153.

⁴ L. v. Birck, “Technischer Fortschritt und Überproduktion”, *Kieler Vorträge*, editado por B. Harms, 1927, libro 21, p. 25.

Si la producción se reduce por falta de colocación y, además, para colocar la ya reducida producción hay que atraer al consumidor mediante grandes costos, esto significa un retroceso mayor aun de la elevada productividad del trabajo costosamente alcanzada. En lugar del trabajo técnicamente necesario aparece el desperdiciado: por lo tanto, el ahorro de trabajo queda descartado. *El mayor gasto no genera una mayor utilidad.*

Si la elevada productividad lograda con sacrificios materiales retrocede y el ahorro de trabajo queda suprimido, el progreso técnico sólo acarrea cargas y no ventajas: subsiste el aspecto negativo de la técnica moderna sin que pueda ponerse de manifiesto el positivo; se cuenta con un costoso aparato de producción, pero la productividad del trabajo no aumenta.

“La economía echa a perder lo que la técnica conquista.”

II. FAUX FRAIS EN EL MERCADO INTERNACIONAL DE MERCANCIAS

1

Tanto el funcionamiento del comercio interior, como el del exterior son mucho más complicados en una economía industrial antagónica que en una armónica economía de satisfacción de las necesidades.

“El normal desarrollo de la producción social depende del desarrollo del consumo popular.” Si el consumo popular aumentara en proporción al progreso técnico, no se verificaría un crecimiento en la división internacional del trabajo, ni un entrelazamiento de las diferentes economías nacionales en la economía mundial mayor de lo que requieren las diferencias naturales de las condiciones de producción”. Sólo existiría “la división del trabajo [...] fundada sobre la diversidad de climas, conformación de suelos, riqueza de la tierra”.⁵

El capitalismo coloca límites insuperablemente estrechos al desarrollo del consumo popular. Ésta es la causa de que la permanente preocupación no se deba a cómo producir la mercancía, o bien cómo obtenerla del exterior (en tiempos de paz), sino a cómo deshacerse del excedente de mercancías no colocable en el interior

⁵ Mender, *Das moderne Zollschutzsystem*, Zürich, 1916, pp. 39 y ss. y 64. Véase también K. Kautsky, *Handelspolitik und Sozialdemokratie*, Berlín, 1901.

y mantener alejado al excedente de mercancías los países extranjeros.

Para descargar el crónicamente congestionado mercado se busca exportar la mayor cantidad posible de mercancías propias y dejar entrar la menor cantidad posible de extranjeras. Se pretende reservar el escaso poder adquisitivo existente en el interior del país para los productos nacionales y buscar en el exterior el poder adquisitivo faltante.⁶ De este modo la importación es reducida por debajo de la medida normalmente necesaria y la exportación aumentada por encima de esta medida. La *importación* es *disminuida* y la *exportación* *forzada*. El comercio exterior adquiere el carácter de una lucha de defensa y de expansión.⁷

2

Mientras la industria aún era ineficiente y no alcanzaba a cubrir el consumo interno, el arancel proteccionista tuvo el carácter de un *arancel promocional*. Su misión consistía en acelerar el desarrollo de la industria dentro de fronteras protegidas y facilitar el progreso de las nuevas ramas de la producción en condiciones de evolucionar.

Ahora bien, como el consumo de las masas no se adecuó a la creciente productividad del aparato productivo, surgieron dificultades cada vez mayores en la colocación, lo cual modificó el carácter del arancel proteccionista. De un arancel promocional de duración limitada surgió un *arancel de mantenimiento* permanente, pues cuanto mayor fue la sobreproducción tanto mayor devino el esfuerzo por impedir el paso de las mercancías extranjeras.

Inicialmente, cuando había sobreproducción de productos industriales, sólo la industria era proteccionista; la agricultura, en cambio, era librecambista. Cuando, fruto del perfeccionamiento de la técnica agraria y de los transportes, se originó una sobreproducción de productos agrícolas, lo cual trajo como consecuencia dificultades para su colocación, también los agricultores se con-

⁶ "La gran industria, que [...] en casa reduce el consumo de las masas a un mínimo de hambre, y con ello pierde el propio mercado interno [recorre] toda la tierra en busca de nuevos consumidores" (F. Engels).

⁷ "Los Estados con gran producción de cereales gastan muchas docenas de millones de dólares para exportar cereales baratos. Los países importadores gastan muchos millones más para impedir el paso por sus fronteras del cereal barato." (J. Meth con motivo de una publicación del Instituto de Agronomía de Roma, *Rote Revue*, año 19, Zürich, 1940, p. 389.)

virtieron en apasionados defensores del proteccionismo. El latifundio y la gran industria hicieron un frente común. Al *arancel industrial* se unió el *arancel agrario*.

Más tarde, con la concentración de la producción, el que fuera inicialmente un arancel proteccionista moderado se convirtió en un *elveado arancel proteccionista*, pues adquirió una nueva función. De ahora en más no sólo debía contrarrestar la invasión de mercancías extranjeras, sino además permitir a las industrias cartelizadas elevar, bajo su protección, los precios en el mercado interno y vender las mercancías con una plusganancia (renta del arancel). La gran industria y el latifundio se concedieron mutuamente aumentos en los aranceles. Y los precios aumentaron o no disminuyeron cuando deberían haberlo hecho como consecuencia del progreso técnico.

Se sabe que los precios elevados reducen la demanda, disminuyen la capacidad de absorción del mercado. Pero los costos de producción por producto sólo disminuyen cuando la cantidad producida aumenta. Para disfrutar simultáneamente las ventajas de los precios elevados y aquellas que se derivan de los bajos costos, los industriales debieron exportar a bajo precio cantidades crecientes de mercancías que no podían colocar en el interior del país, es decir que debieron practicar el *dumping*.

En la medida en que esta práctica fue extendiéndose, los estados se vieron obligados a elevar las barreras aduaneras para proteger a la industria nacional del *dumping* extranjero. A los aranceles ascendentes siguieron precios ascendentes y el elevado nivel de precios provocó la retracción de la capacidad de absorción del mercado interno, lo cual incrementó más aun el impulso a practicar el *dumping*.

3

La creciente sobreproducción sumada a los elevados precios y bajos salarios fortaleció en cada estado la tendencia a importar lo menos posible, a frenar la importación. Las consignas rezaban: "Protección al trabajo nacional", "Cómprele al país, no al exterior". El productor nacional debe ser privilegiado a toda costa frente al extranjero, incluso cuando es inferior al productor extranjero, es decir cuando trabaja más caro y peor.

Pero la reducción de la importación tuvo consecuencias sobre la exportación: cuando se disminuye la importación, otro tanto ocurre con la exportación; un país que disminuye la importación

tiene, ante todo, mayores costos de producción, lo cual menoscaba su capacidad de competencia en el mercado mundial, luego el país extranjero toma medidas político-comerciales de represalia. Si la exportación se enfrenta a dificultades, con más razón hay que reducir la importación en atención a la balanza de pagos, lo que a su vez tiene consecuencias sobre la exportación.

Con el objeto de fomentar la exportación, los cárteles utilizaron parte de las plusganancias obtenidas en el mercado interno para *primas* de exportación, cuyo fin consistía en ayudar a "superar" las barreras aduaneras extranjeras. Pero como las primas dependen del nivel de las plusganancias y éstas, a su vez, del nivel de los aranceles proteccionistas, el nivel de los aranceles no sólo cobró importancia con el fin de disminuir la importación, sino también para aumentar la exportación.

Ahora bien, la elevación del arancel proteccionista en un país fue inmediatamente seguida por un alza en los demás países que deseaban evitar ser superados en el mercado mundial; de este modo el arancel proteccionista se convirtió en un círculo vicioso. Frecuentemente la tarifa aduanera adquirió un carácter prohibitivo; los estados se aislaron herméticamente unos de otros;⁸ los elevados aranceles elevaron el nivel de precios, o bien redujeron la capacidad consuntiva de la población, lo cual planteó la necesidad de establecer a la exportación y de practicar el dumping, es decir el forzamiento de la exportación, que, a su vez, se convirtió en cierto modo en un fin en sí mismo.

En el mismo sentido que el arancel proteccionista, sólo que con más fuerza, operó la *devaluación* a la que en la última década recurrieron los estados para poner en marcha la alicaída economía. El valor en el exterior del dinero fue disminuido para abaratar los productos de la economía nacional en el mercado mundial. El exterior fue invitado a participar en la liquidación del suelo patrio. Al *dumping* de los cárteles se unió la depreciación de la moneda.

La devaluación no sólo supone un abaratamiento en el exterior de los productos del país devaluador, sino también un enca-

⁸ "Desde el punto de vista económico, la lucha entre el libre comercio y el proteccionismo podría ser decidida enteramente a favor del primero, sin embargo, uno se pregunta con asombro por qué en la práctica no se decidió hace ya mucho a favor del libre comercio." (G. Halm, "Zoll- u. Subventionspolitik", *Internationales Handwörterbuch des Gewerkschaftswesens*, Berlín, 1932, p. 2124). Lamentablemente, nos topamos con este asombro ingenuo en numerosos escritos económicos.

recimiento de los productos importados del exterior. Por lo tanto, no sólo fomenta una exportación que no se justifica desde el punto de vista económico sino que simultáneamente reduce la importación económicamente necesaria.

De esta manera se elige beneficiar al exterior antes que elevar el poder adquisitivo del pueblo en el interior del país.⁹

4

Es posible verificar un desarrollo similar al de las tarifas aduaneras en los demás niveles de la política comercial.

Mientras la desproporción entre la capacidad de producción del aparato productivo y el poder adquisitivo de los pueblos no fue demasiado grande, se estableció una *cláusula de la nación más favorecida* como parte integrante de los tratados comerciales. Al estado beneficiario de dicha cláusula correspondían todas las reducciones de aranceles que el estado contratante otorgaba a terceros estados. Cualquier reducción de aranceles concedida a otro país no sólo beneficiaba a éste, sino a todos los países más favorecidos, los cuales podían disfrutar conjuntamente del desahogo económico producto del relajamiento de las medidas proteccionistas de otro país. La cláusula de la nación más favorecida tenía un carácter librecambista.

Cuando la brecha entre la capacidad de consumo y de producción se hizo más profunda, se intentó eludir la cláusula de la nación más favorecida a través de refinadas tretas y artimañas, con el fin de hacerla ilusoria. Últimamente al concertarse tratados comerciales se abandona el principio de la nación más favorecida por el de la *reciprocidad*. Se evita conceder reducción de aranceles a cualquier país para favorecer sólo a aquellos que se comprometen a compensaciones equivalentes. Se negocia según el principio: "do ut des" (doy para que tú también des).

La cláusula de la nación más favorecida ofreció considerables ventajas: garantizó al estado contratante la seguridad de un trato que en ningún caso podría ser más desfavorable que el dispensado

⁹ En la misma categoría se ubica el siguiente fenómeno: para fomentar la exportación y poder exportar también a los países con escaso poder adquisitivo, se otorgan créditos a los compradores. Pero con el fin de no elevar la importación, se intenta impedir que los países deudores paguen los intereses y tasas de amortización en mercancías. Por lo tanto, se hace prácticamente imposible el pago de los créditos. Nuevamente se verifica exportación sin compensación.

a los terceros estados. Con la cláusula de la nación más favorecida el estado no tenía por qué temer discriminaciones como con la de la reciprocidad. "Por esta cláusula fue posible evitar una infinidad de conflictos y fricciones." "Se hicieron innecesarias penosas discusiones."¹⁰ "La cláusula de la nación más favorecida es un elemento de paz, la de la reciprocidad augura conflictos." No obstante, la cláusula de la más favorecida tuvo que retroceder ante la de la reciprocidad, a pesar de que ésta trae aparejadas "permanentes perturbaciones" del comercio mundial.¹¹

Lo mismo concierne al libre comercio y al proteccionismo. El libre comercio asegura la paz. El proteccionismo la discordia; no obstante el libre comercio fue completamente desplazado por el proteccionismo.

5

Desde el estallido de la grave crisis económica de 1929, la protección aduanera no basta ya para regular la importación de productos industriales. Si hasta allí el monto de la importación era libre, desde entonces se ha fijado un contingente, una cuota máxima de exportación, que por vía de la compensación fue puesta al servicio de la importación. Un estado permite importar a otro sólo aquel valor de mercancías que él, a su vez, puede exportar al primero, según el principio: "Compra allí donde tú también puedas vender."

Además se dificulta la importación mediante el control de divisas: para cada importación se necesita ahora un permiso de divisas, una autorización. El control de divisas es un recurso de la política monetaria que se introduce allí donde la política de descuentos se revela como insuficiente para producir un equilibrio en la balanza de pagos con una exportación en disminución y para proteger a la moneda de la desvalorización. De este modo, el control de divisas es simultáneamente un recurso de la política comercial que es puesto al servicio del proteccionismo en tiempos de crisis.

En el mismo sentido que la compensación actúa el convenio de clearing, como consecuencia directa o indirecta del control de divisas. Con este sistema las mercancías importadas por un país

¹⁰ G. Haberler, "Liberale und planwirtschaftliche Handelspolitik", *Zwischentaatliche Wirtschaft*, editado por H. v. Beckerath, Berlín, 1934, libro 8, p. 83.

¹¹ *Handbuch der Schweizerischen Volkswirtschaft*, Basilea, 1939, t. 1, p. 137.

son pagadas con las mercancías que ese mismo país exporta. No se puede exportar más de lo que se importa.

Las nuevas medidas de emergencia de la política comercial que desplazan al comercio multilateral y la liquidación de pagos a través del comercio bilateral contrarrestan, por cierto, los abusos del *dumping*. Sin embargo, el sistema del balance neto entre dos estados cualesquiera constituye un obstáculo para una división racional del trabajo a nivel de la economía mundial. Según este sistema, un país no puede comprar a otro simplemente porque allí los bienes que él necesita son más baratos y mejores. Por el contrario, para decidir desde qué país se importa una mercancía es mucho más decisivo el criterio de equilibrar la balanza de pagos de los diferentes países, nivelar la importación y la exportación entre ambos países. Esto tiene como consecuencia un cambio irracional de los lugares de producción entre los países exportadores. El sistema bilateral de clearing tampoco satisface los restantes compromisos multilaterales de pago que existen entre los estados.

(Una cámara central de compensaciones, un *clearing* mundial, podría dar lugar al equilibrio entre dos estados haciendo participar en los saldos a terceros estados que compensarían entre sí los saldos de *clearing*. Los estados asociados disfrutarían de las ventajas del *clearing* multilateral, lo cual evitaría la desviación de la importación y exportación por razones de política cambiaria. Sin embargo, en el tránsito de la bilateralidad a la multilateralidad podrían manifestarse dificultades similares a las que se presentaron con el patrón oro. Con la institución del *clearing* bilateral (unido a la fijación de contingentes, licencias, prohibiciones de importación, compensación, etc.) es posible impedir que un país envíe a otro su excedente de mercancías (*dumping*) y aumente allí la sobreproducción y la plaga de la desocupación. Eventualmente se puede lograr que cada país se arregle solo con sobreproducción. En cambio, con el *clearing* multilateral y una economía mundial más o menos libre no está excluido el peligro de que el *dumping* de precios y de cambios comience nuevamente de alguna manera. El "incremento del bilateralismo (Röpke) está determinado por la necesidad de la época".)

6

Muchas veces, en el capitalismo ascendente, grupos de estados

concertaban tratados de largo plazo y referidos, generalmente, a todas las cuestiones del comercio interestatal. Con el agudizamiento de las crisis en el capitalismo descendente, "el tipo de gran tratado comercial *general* cede el lugar al tipo de *tratado especial*".¹² Se da la tendencia a negociar con cada estado por separado; el objetivo de las negociaciones es más estrecho; los convenios se refieren a cuestiones aisladas, por ejemplo, al comercio exterior de un producto o de un pequeño grupo de productos. También se acortan los plazos de validez y de rescisión de los contratos; los convenios adquieren un carácter más provisorio. Los estados buscan liberarse de las "cadenas" de la obligación contractual, "reconquistar la libertad" para comerciar autónomamente; antes los tratados se hacían públicos, ahora muchas veces son mantenidos en secreto.

Si alguna vez los estados se limitaban a la aplicación de pocos medios de política comercial, ahora se emplea una *cantidad* decreciente de *medios* (aduanas, fijación de contingentes, prohibición, monopolización, devaluación, control de divisas, primas, abiertas y encubiertas, a la exportación, financiamiento de la exportación, restricciones a la exportación y a la producción, proteccionismo administrativo, obligación de uso, etc.). Si hasta ahora los recursos de la política comercial sólo se empleaban en la frontera estatal, actualmente se introducen en todos los puntos del recorrido de un producto, desde el producto hasta el consumidor, para lo cual muchas veces se interpretan erróneamente reglamentaciones existentes, se aprovechan las faltas de precisión en las tarifas aduaneras y se emplean diferentes triquiñuelas para dificultar la importación (tiempos de paz).

Si hace un tiempo (hasta la primera guerra mundial) se trataba de no hacer diferencias entre los diferentes estados importadores, en las dos últimas décadas se ha impuesto la necesidad de la *discriminación*. Si un estado emplea medidas refinadas para obstaculizar la importación y fomentar la exportación, el socio comercial busca arrancar concesiones a través de aranceles agresivos. Si el enemigo responde con represalias arancelarias puede generarse una verdadera guerra aduanera.

Las medidas político-comerciales adquieren un carácter reservado. En beneficio de las autoridades administrativas el Parlamento pierde su anterior influencia sobre la constitución de la tarifa aduanera y demás medidas de bloqueo.

¹² W. Greff, "Neue Methoden der Handelspolitik", *Zwischenstaatliche Wirtschaft*, Berlín, 1934, libro 1, p. 2.

Las bases político-comerciales para el comercio internacional de mercancías se vuelven poco claras y difícilmente previsibles.¹³

Puesto que las cotizaciones también fluctúan el comercio mundial carece de una base fija de cálculo. El riesgo aumenta, el comercio mundial se congela.

Con la distancia creciente entre la capacidad de producción del aparato productivo y la capacidad de absorción del mercado se verificó un *cambio en los métodos* de la política comercial. Sin embargo, todos los métodos se revelaron como poco eficaces, e incluso las medidas político-comerciales más refinadas fracasan en su afán de evitar la sobreproducción. Frecuentemente están condenadas al fracaso desde su origen; en el mejor de los casos representan meros paliativos, que coyunturalmente parecen ayudar pero que a largo plazo complican la economía.

Ahora bien, si todas las medidas fracasan, es necesario recurrir a medios cada vez más enérgicos. La consecuencia es una guerra comercial de todos contra todos. "La política comercial del mundo degenera en una lucha sistemática contra el comercio mundial." (Bosshardt.)

Si los estados se aíslan entre sí y, como consecuencia, la exportación disminuye, también la importación debe ser reducida y la producción orientada hacia la *autarquía*: se hace necesario aspirar a la mayor independencia posible de la propia economía nacional con respecto al exterior. Sin embargo, sólo una división internacional del trabajo puede garantizar bajos costos de producción. El supuesto de una producción racional es la comunidad económica mundial.

7

Pero prescindamos en adelante de este último estadio del desarrollo capitalista y examinemos nuevamente al capitalismo en su etapa floreciente.

A pesar del fomento a la exportación y el freno a la importación, en una economía de lucro tanto la exportación como la importación son excesivamente grandes,¹⁴ pues una economía de lucro necesita mayor cantidad de materias primas que una economía orientada a la satisfacción de necesidades.

¹³ "Una gran cantidad de determinaciones individuales" (J. Jessen), "un desorden y caos político comercial" (G. Haberler).

¹⁴ Ciertamente, la importación se reduce, si bien sólo en la medida en que se trate de cubrir las necesidades civiles de la población.

En una economía armónica fundada en el principio de satisfacción de las necesidades, con una creciente productividad, la jornada de trabajo se reduce. En una economía antagónica fundada en el principio del lucro la jornada de trabajo no se acorta;¹⁵ es necesario ampliar la producción, crear la *industria de exportación* —pues el afán de lucro no conoce límites lo cual incrementa la necesidad de materias primas y, por lo tanto, también aumenta la importación.

Además, y esto es mucho más importante, un país que cubre sus necesidades, en el que la acumulación no se aumenta a expensas del consumo, la importación no declina ni se expande la exportación, no necesita aspirar a enriquecerse a expensas de otros: por el contrario puede alcanzar el bienestar a través de la propia producción. En cambio, en un país en el que impera una economía de lucro, en el que el consumo es frenado en beneficio de la acumulación, la importación debe ser reducida y forzada la exportación; este país sólo puede desarrollar tal política a expensas de otro: “Le profit de l'un est le dommage de l'autre [la ganancia de uno es el perjuicio del otro]. Es por ello que una economía de consumo es mucho más pacífica que una economía de lucro. De este modo, la economía de lucro acusa una necesidad inmensa de materias primas para la *industria de armamentos*, la mayor parte de la cual podría ser ahorrada en una economía orientada a la satisfacción de las necesidades.

Forzamiento de la exportación, *dumping*, etc. (bajo presión de la sobreproducción) provocan conflictos entre los estados, que tienen como consecuencia disputas bélicas. A través de las guerras la sobreproducción —estos enormes excesos de consumo— es convertida en subproducción. Si en tiempos de paz se fuerza la exportación, en tiempos de guerra esto ocurre con la importación.

Debido a la falta de poder adquisitivo en tiempos de paz el excedente de mercancías debe ser exportado al exterior. En tiempos de guerra, el deficiente consumo civil es sustituido por el creciente consumo militar; mientras el consumo de los ciudadanos se limita cada vez más, el consumo del estado, del gran cliente que es el ejército, resulta fuertemente ampliado. Este hecho procura al mundo de los negocios elevadas ganancias a pesar de la baja capacidad de absorción del mercado interno y de la ínfima exportación. Es por ello que en tiempos de guerra no es forzada

¹⁵ Si se reduce la jornada de trabajo el déficit es compensado por un aceleramiento en el ritmo.

la exportación, sino la importación. Si durante la paz es necesario enfrentar el problema de *dumping* de los precios en la exportación, durante la guerra se traslada el problema a los precios excedidos. Si durante la paz se pone la importación del país al servicio de la exportación (artículos de exportación), en tiempos de guerra, inversamente, se pone la exportación al servicio de la importación (materias primas y medios de subsistencia).

Resultado: por una parte, el comercio exterior es forzado más de lo necesario para cubrir el efectivo consumo popular; por la otra, también resulta destruida aquella división internacional del trabajo necesaria para una buena cobertura de las necesidades de consumo.

“Si el camino y la extensión de la producción no estuvieran señalados por los intereses privados de los productores individuales, sino por el interés general de la sociedad, por las necesidades de la nación fijadas socialmente desde el punto de vista cuantitativo y cualitativo, también dejaría de existir la “precaria dependencia” del exterior, y la economía nacional habría trasladado su centro de gravedad a sí misma” (Mender).

Si la incorporación del progreso técnico no quebrantara la capacidad consuntiva del pueblo, sino que, por el contrario, aumentara el consumo de las masas y redujera el tiempo de trabajo, las relaciones económicas de los pueblos serían mucho más simples.

Los *antagonismos de clase* tienen como consecuencia *antagonismos de naciones*. El predominio de una clase en el campo nacional da lugar al predominio de una nación, o bien de un estado, en el campo internacional. Si alguna vez cesa la explotación de clase, la compra y venta de mercancías se consumará sin dolores ni catástrofes entre todos los pueblos y naciones.

III. ASPIRACIONES IMPERIALISTAS Y FAUX FRAIS

I

Hemos afirmado que una economía de consumo es más pacífica que una economía de lucro. Examinemos ahora las repercusiones que en materia de *política exterior* genera la gran tensión entre el consumo técnicamente posible de los pueblos y su consumo real y las consecuencias económicas de ella. Tomaremos como punto de partida de nuestro examen el capitalismo ya des-

arrollado, pero que aún no ha entrado en la etapa de decadencia.

Puesto que los estados se aislaron unos de otros mediante elevadas barreras aduaneras, cada uno de ellos se esforzó por incorporar a su propia zona aduanera un complejo de países lo más amplio posible. Para cada estado cobró importancia dominar una porción siempre creciente de tierra de la cual no pudiera ser excluido. Pero como además los mercados estaban repletos y la competencia era fuerte y costosa, los exportadores resolvieron conquistar militarmente los *mercados extranjeros*, en los que, de lo contrario, se hubieran visto obligados a competir con el enemigo, para lograr allí con recursos estatales la hegemonía, una posición preferencial. "Si las mercancías no pueden traspasar las fronteras, sí pueden hacerlo los ejércitos" (Ministro Sayre). La ampliación del campo se convirtió en una necesidad económica.

Por otro lado, los elevados aranceles permitían a los cárteles mantener elevados precios en el mercado interno y embolsar así plusganancias que eran tanto más grandes cuanto más grandes fuera el sector económico protegido por los aranceles. Ésta fue otra de las razones de por qué los cárteles no sólo propiciaron el aumento de los aranceles, sino también el acrecentamiento del campo económico.

Si ya los obstáculos a la importación y las exportaciones a precios ruinosos había producido fricciones y conflictos políticos (llamados guerras de exportación) entre los estados, esta situación se agravó a partir de las pretensiones sobre territorios ajenos.¹⁶

2

Mientras la sobreproducción en los países industriales no rebasó un determinado nivel, el capital encontró en el interior del país favorables posibilidades de colocación; en el exterior se buscaba principalmente mercados de colocación para desprenderse de los excedentes de mercancías. Pero en la medida en que el consumo quedaba rezagado tras la producción y la capacidad de producción desaprovechada iba en aumento, las inversiones rentables para los nuevos capitales acumulados se fueron haciendo cada vez más escasas. De aquí en más, se buscaron en el extranjero no sólo

¹⁶ La primera guerra mundial no fue más que "una guerra económica mundial" (A. Dix). "La guerra mundial, lo mismo que la mayoría de las recientes guerras menores" (antes de 1914) representaron "esencialmente una lucha por mercados de colocación y por obtener su condición previa, el poder mundial" (J. A. Hobson).

mercados de colocación, sino también *esferas de inversión* para los capitales excedentes que se iban acumulando. Aumentó por ello el afán por regiones inexploradas o semiexploradas (esferas de intereses, protectorados, colonias) que ofrecían nuevas posibilidades para los capitales desocupados o poco rentables.

Para asegurar las inversiones de capital en las nuevas tierras y lograr allí una zona de influencia, por lo general primero había que conquistar esta zona, lograr luego el sometimiento de los pueblos y crear un "estado de derecho". La agitación en los países coloniales, los conflictos con las demás fuerzas colonialistas, el irredentismo político y nacional, generaron siempre nuevas tensiones políticas y favorecieron el desarrollo del militarismo.

3

En la época del capitalismo descendente la exportación de capital hacia los países de ultramar y otros distantes pierde vigencia. Como ésta es una época que se caracteriza por las más graves crisis económicas y catástrofes internacionales, la prudencia dicta: "máxima reserva en los préstamos de dinero". Debido a la creciente inseguridad de la situación política y económica, se reducen las inversiones a largo plazo en países distantes. (En los países fascistas, donde hace tiempo que los gastos destinados al ejército, la marina y la aeronáutica han adquirido dimensiones gigantescas y por consiguiente los excedentes de capital fueron consumidos, ya no hay capitales que puedan alcanzar tal límite de valorización que se vean obligados a buscar posibilidades de inversión en territorios de ultramar pobres en capital.)

Por cierto el interés por las inversiones de capital en países distantes perdió importancia; empero, cada vez se persigue con más ahínco las fuentes extranjeras de *materias primas* y de *energéticos*.

El progreso técnico provocó un aumento de la sobreproducción en los viejos países industriales, y la industrialización de los países agrarios aumentó el número de estados que padecían la existencia de sobreproducción. De este modo la exportación de manufacturas se entorpeció cada vez más. Los países se rehusaron a recibir manufacturas como pago por la compra de materias primas; ahora exigieron oro y "divisas nobles". En estas circunstancias, la dificultad para amortizar el pago correspondiente a la importación de materias primas y medios de subsistencia acrecentó la urgencia de fuentes propias de materias primas. Si se tiene en cuenta que también otros factores de la balanza de pagos son insufi-

cientes en épocas de intranquilidad política y económica, fueron suprimidos diferentes medios de compensación.¹⁷

Puesto que en tiempos de guerra, cuando el comercio internacional está paralizado, la situación se empeora más aun, razones de economía bélica llevaron a los estados a incorporar regiones extranjeras proveedoras de materias primas y energéticos debido fundamentalmente a que la moderna industria bélica devora cantidades inmensas de estas materias. Si en otros tiempos para hacer la guerra hacía falta "dinero, dinero y más dinero", actualmente se necesitan "materias primas, materias primas y más materias primas". Podría decirse que la guerra moderna es decidida por la superioridad en materias primas.¹⁸

Toda gran potencia pretende apoderarse del dominio sobre importantes fuentes de materias primas (petróleo, goma, metales, etc.) e impedir a los demás estados el aprovisionamiento de estas materias. De este modo colonias, protectorados, *mandatos*, etc., adquieren una nueva significación: se aspira a una colaboración más estrecha entre éstos y la metrópoli. Mediante el convenio de aranceles preferenciales con los países imperiales el poder colonial no sólo busca mercados de colocación para sus productos industriales, sino además asegurar fuentes de compra para sus materias primas. La expansión hacia el gran espacio, la rígida organización económica (estructura de bloque), ampliarán el espacio de juego de la autarquía para el país participante.

Los estados que no poseen colonias ni base de materias primas aspiran especialmente a una economía extendida en el espacio, a un ámbito económico autárquico. Para cubrir este objetivo se proclama incluso un nuevo derecho natural, un "inalienable derecho humano de razas inteligentes", "derecho y espacio vital" ciertamente enorme, lo que a su vez provoca conflictos internacionales y envenena la atmósfera política.

Un peligro creciente de guerra aumenta desmesuradamente la necesidad de materias primas para armamentos, y cuanto más grande es esta necesidad (caso de estados sin posesiones coloniales)

¹⁷ Hace años ya que los estados fascistas tienen dificultades para pagar la enorme importación de materias primas con la exportación de manufacturas porque el gigantesco desarrollo de la industria de armamentos sólo podía realizarse a expensas de la industria de paz y, por lo tanto, de la industria exportadora. La urgencia por fuentes propias de materias primas fue en este caso incomparablemente mayor.

¹⁸ Si en la primera guerra mundial se priorizaban mercados de colocación y esferas de inversión para el capital, en la actual guerra mundial se privilegiaban fuentes de materias primas.

tanto más urgente se hace la exportación de manufacturas para poder pagar la importación de materias primas. "Exportar o morir" dice la fórmula (Hitler, 1938). Expresado de otra manera: "Exportación o guerra."

4

En el terreno de la política exterior las situaciones tensas aumentan la importancia de los *preparativos estratégicos*. Muchas veces razones estratégicas llevan a las potencias a esforzarse por obtener nuevos territorios, por trasladar más allá las posiciones de defensa y anteponer las fortificaciones. Cuando un reino podía procurarse estas fortificaciones, el siguiente paso era adecuar económica y culturalmente el nuevo territorio al territorio global. Pero tan pronto esto ocurría, se hacían necesarias nuevas fortificaciones para defender las viejas, y así continuamente (Grabowsky).

Más funesto es el caso en que no se trata simplemente de fortificaciones sino de importantes puntos estratégicos por los cuales en el caso de guerra estallan encarnizadas luchas. Para estar prevenidos, para estar mejor preparados para responder a las exigencias estratégicas en un eventual estallido de guerra, se arriesga la guerra.

Y esta disputa por la distribución, o bien redistribución, de la tierra, el afán por dominar hasta el último rincón del mundo, tiene como consecuencia una salvaje carrera armamentista, devoradora de gigantescos recursos, y catastróficas guerras. Surgen así costos muertos, ante los cuales todos los demás pierden importancia, los *faux frais* más elevados que pueda imaginarse.

IV. INDUSTRIA DE ARMAMENTOS

Sin embargo, no es posible atribuir el enorme desarrollo de la industria armamentista exclusivamente a la política imperialista. Además de su origen imperialista, este desarrollo tiene otro origen estrechamente relacionado con la comprensión del poder adquisitivo del pueblo.

La capacidad de expansión de la industria civil que produce bienes de consumo depende del modo de vida de un pueblo. Si éste es postergado, también resultan obstaculizadas en su desarro-

llo las industrias productivas y consuntivas. Por ello, la posibilidad de hacer una inversión rentable de capital en la industria civil está comprimida dentro de estrechos límites. El capital crece mucho más rápido que la posibilidad de su valorización. A partir de su enorme incremento el capital anhela campos de actividad independientes del insuficiente poder adquisitivo de la población; desea invertir en ramas de la producción con ilimitadas posibilidades de inversión. Por eso, el capital percibe ese sector soñado precisamente en la industria bélica.

Como debido a la disminución del poder adquisitivo de la población, la producción de bienes de consumo no puede desarrollarse suficientemente, el capital —aun cuando fuera amante de la paz— tiene que volcarse en forma creciente a la producción de armas mortíferas; en las circunstancias descritas no encuentra otro sector de aplicación. Si bien el capitalismo ascendente demostró preocupación por la industria productiva y la consuntiva, en el capitalismo descendente, necesariamente, hay que desarrollar fundamentalmente la industria de armamentos.

El desarrollo de la industria de paz se ve cada vez más obstaculizado por la falta de una demanda solvente y por el estancamiento en la colocación; por el contrario, el desarrollo de la industria bélica no conoce semejantes obstáculos. La industria bélica —suponiendo un peligro de guerra— puede desarrollarse a un ritmo completamente diferente, con un ímpetu desconocido e inimaginado hasta ahora.

Interesada como está en un permanente peligro de guerra, esta industria aviva incluso conflictos internacionales. “Tal vez ella no quería la guerra —opina Veit Valentin—, pero sí quería el peligro de guerra. Y tomó a mal cualquier intento de reformar el sistema existente.”¹⁹

Por otro lado, la industria bélica no sólo está en condiciones de ocupar las fuerzas productivas inactivas que la industria de paz no puede ocupar, sino también de sustraer a ésta las fuerzas productivas que ella necesita, puede crecer con una velocidad vertiginosa hasta acorralar por completo a la industria de paz, hasta producir la pauperización del país. Pero cuanto más se empobrecen los pueblos, tanto más se aprovechan de la explotación de países vecinos, tanto más hostiles son, sobre todo teniendo en cuenta la gran existencia de armas. Esto fomenta aun más al imperialismo.

¹⁹ Veit Valentin, *Weltgeschichte*, Amsterdam, 1939, p. 635.

El imperialismo fomenta la industria de armamentos; pero, a su vez, la industria de armamentos desarrollada por él fomenta al imperialismo.

V. INTERESES EN LA GUERRA

I

Tras la primera guerra mundial Schumpeter escribió: “Tenemos un *grupo social* de gran peso político fuertemente interesado, sin duda desde el punto de vista económico, en aranceles proteccionistas, cárteles, precios monopólicos, forzamiento de exportación (*dumping*), en general una política exterior agresiva y, finalmente, en guerras de expansión de carácter típicamente imperialista.”

“Ciertamente, este grupo social —la gran industria y las altas finanzas— está interesado en la guerra no sólo como un medio de la política, sino también debido a que él es, sin lugar a dudas, el gran consumidor, lo cual se explica por el hecho de que la tan perturbante falta de capacidad consuntiva de tiempos de paz se convierta en su contrario por el enorme exceso de consumo en tiempos de guerra. A su vez, éste transforma una depresión en una especie de coyuntura alta, de la que el capital organizado obtiene las mayores ventajas.

El mismo grupo social está interesado en la guerra y en el odio entre los pueblos, no sólo desde un punto de vista económico, sino también por razones de política interior, debido a que su posición en el país es inestable. “Su número es pequeño; es muy impopular. El carácter de su política, comprendido por todos, es juzgado por la mayoría como antinatural y condenable. El ataque a todas las formas de la propiedad supone una revolución; el ataque a la posición de los magnates de cártel puede ser una tarea exenta de riesgos, políticamente provechosa dentro de lo establecido y unificar, bajo ciertas circunstancias, al conjunto de los partidos. Allí es necesaria la desorientación.” Así este grupo social debe hacer todo lo posible “para despertar en su pueblo un sentimiento de constante peligro de guerra y conservar en marcha la maquinaria de la guerra”.²⁰

²⁰ J. Schumpeter, “Zur Soziologie der Imperialismen”, *Archiv für Sozialwissenschaft*, t. 46 (1918-1919), pp. 299 y ss. Éste es el motivo de por qué cada

2

Las afirmaciones de Schumpeter posteriores a la primera guerra mundial sobre la gran industria y las altas finanzas son incluso más aplicables a ciertos gobiernos en la etapa anterior a la segunda guerra mundial. Como su posición en el interior del país era inestable y vieron la necesidad de crear una pantalla para su política, que a todo el mundo parecía antinatural, se mostraron especialmente interesados en el odio entre los pueblos y las razas.

Incluso en el caso de los gobiernos fascistas, que sólo deseaban el odio entre las razas y los pueblos pero en un principio temían la guerra por sus consecuencias internas, no pudieron evitarla, pues cuanto más atrevida y brusca la política exterior, tanto más importante la carrera armamentista como prima seguro contra el estallido de la guerra. Pero esta prima seguro terminaría malogrando su objetivo: transformó a las economías europeas en economías de preparación para la guerra, demasiado orientadas hacia la guerra como para poder evitarla.²¹

Además las economías de preparación para la guerra condujeron a que por razones económicas los gobiernos se interesaran directamente en la guerra: si antes del estallido de la guerra se hubiera querido volver a la producción de tiempos de paz en aquellos estados en los que la industria bélica constituía un gigantesco sector de la economía, se hubieran elevado enormemente las dificultades de colocación. La preocupación por la colocación —escribió en su tiempo Sternberg— es el motor determinante que impulsa a determinados estados a seguir avanzando por el mismo camino, a continuar e incluso a aumentar la producción de materiales bélicos. La producción de material bélico de algunos estados es tan grande ya “que llevó a todo el cuerpo económico a una dependencia funcional. Se impone entonces una regularidad que ya no admite cambios. Es por ello que la misma producción de material bélico es un motor que impulsa a la guerra”. De la masa de armamentos almacenados surge automáticamente la necesidad de la guerra.²²

A pesar de que la política de la gran industria y de las altas finanzas fue agresiva e intrigante, si se la compara con la política de ciertos estados ante el estallido de la guerra fue un juego de

“conferencia de desarme era desde el comienzo un cadáver que ningún esfuerzo podía hacer resucitar” (Litvinov).

²¹ V. Valentin, *op. cit.*, p. 635.

²² Fritz Sternberg, *Die deutsche Kriegsstärke*, París, 1939, p. 238.

niños. Esta última originó costos de guerra y de armamentos que sólo pueden encontrar su límite en la rutina económica de todos los habitantes de la tierra.

VII. LA DESORGANIZACIÓN DE LA ECONOMÍA QUE PROVOCA LA GUERRA

1

El peligro de guerra y las guerras mismas plantean la necesidad de cambios en la economía y de difíciles *procesos de adaptación*. Antes de la guerra la economía nacional debe ser adaptada de la industria de paz a la industria de guerra; después de ésta la economía tiene que ser nuevamente adaptada pero en el sentido contrario. En caso de guerra, no sólo los países que participan en ella, sino también los países neutrales se ven obligados a numerosos cambios, porque cada guerra modifica las relaciones económicas internacionales. La importación de los estados beligerantes debe ser sustituida por la de otros estados o por la propia producción. En el primer caso la exportación hacia estos estados adquiere otro carácter; no sólo se exportan distintas calidades y cantidades, sino también productos de otras ramas de la producción. Corrientes de capital y de mercancías tienen que ser desviadas. Y no sólo la guerra, sino el simple peligro de guerra hace necesarias profundas transformaciones.

La movilización de millones de trabajadores sustrae de la producción a las mejores fuerzas. La economía se contrae, las cargas aumentan desmesuradamente. Las fuerzas desarrolladas con armas modernas absorben no sólo enormes cantidades de materiales, sino que destruyen en instantes considerables valores, producidos mediante el esforzado trabajo de muchas generaciones.

La finalización de una guerra origina nuevas complicaciones que dificultan el restablecimiento de la economía, pues el cambio de la economía de guerra a la economía de paz no se verifica sin una modificación de la estructura económica en el sentido de una agravación de las contradicciones capitalistas. Por ejemplo:

Durante la guerra los mercados están desprovistos de mercancías y a su vez la escasez de mercancías genera un alza de los precios. Puesto que simultáneamente el ingreso nacional nominal aumenta (inflación), los precios alcanzan un nivel altísimo. Se intenta entonces impedir la caída de los precios porque, en la

economía privada, ésta encierra graves peligros. Ciertamente, durante la posguerra los precios descienden; sin embargo, nunca recuperan su nivel anterior. En primer lugar no sería fácil adecuar los sobrevalorados costos a los precios disminuidos; las inversiones realizadas en el período de precios ascendentes se revelarían como desacertadas. En segundo lugar, con una tendencia decreciente de los precios, en lugar de comprar el público esperaría un nuevo descenso de los precios (huelga de compradores). En tercer lugar, aumentaría más aun la ya inmensa deuda del estado. En cuarto lugar —y esto es muy importante— una caída en los precios elevaría nuevamente los reducidos salarios; y es esto lo que se pretende impedir. Por lo tanto, una política de precios deflacionaria no es oportuna. Implementando medidas de apoyo a los precios se procura que el valor del dinero no retorne al estado anterior a la guerra y que el nivel de precios se mantenga permanentemente elevado. Sin embargo, una elevación en el nivel de precios sin una proporcional elevación del ingreso de amplias capas del pueblo implica mayores dificultades de colocación.

A este cuadro hay que agregar aunque la guerra destruye la red de relaciones comerciales interestatales. El aislamiento de las economías nacionales en tiempos de guerra tiene como consecuencia un diferente desarrollo de los precios de un país a otro. Para lograr el restablecimiento del intercambio económico mundial tras la finalización de las hostilidades deben ser superadas las disparidades en el nivel de precios de los mercados nacionales. Puesto que la política de precios deflacionaria tiene sus peligros, con un elevado nivel de precios y altos costos de producción, para conectarse nuevamente con los mercados mundiales y poder exportar, los estados probablemente no eleven el valor interno del dinero ni reduzcan los precios, sino que tenderán a disminuir el valor externo del dinero recurriendo a la devaluación. De este modo la rueda de la devaluación puede comenzar nuevamente. Pero hay que tener en cuenta que la devaluación significa una nueva disminución del poder adquisitivo de las masas, una reducción de la capacidad de absorción del mercado interno.

2

En el patrón oro la economía capitalista poseía una especie de patrón internacional. Es cierto que cada estado tenía su propio orden monetario, pero entre los distintos tipos de dinero (las unidades monetarias de los diferentes estados) existían paridades

monetarias fijas establecidas por el contenido en otro de la moneda. El patrón oro constituía una condición previa de la economía de intercambio caracterizada por la división internacional del trabajo.

El patrón oro puede funcionar como patrón mundial sólo cuando las balanzas de pago de los estados están más o menos niveladas, y las mercancías pueden ser pagadas con mercancías o con prestaciones. Si las demandas y las obligaciones de pago del estado con el exterior se equilibran, si las balanzas de pago son alternativamente pasivas y activas, sólo en el caso de un saldo pasivo transitorio éste debe ser nivelado mediante la entrega de oro. El oro que atraviesa la frontera retorna pronto al país. Las reservas de oro de los estados permanecen intactas y sus existencias a nivel mundial están distribuidas en los países en forma más o menos pareja (según su capacidad económica, importancia en el comercio, etcétera).

Debido al agudamiento de las crisis el automatismo entre los países con patrón oro perdió su normal funcionamiento; los estados rehusaron aceptar manufacturas a cambio de productos naturales para no incrementar la sobreproducción en el propio país. Pero como la importación no pudo ser reducida proporcionalmente a la disminución de la exportación de manufacturas, en países pobres en materias primas el valor de la importación superó cada vez más al de la exportación. Como, además, en tiempos de crisis también fallan algunos otros factores de la balanza de pagos, resultó cada vez más difícil mantener su equilibrio.

La gigantesca activación del armamentismo, que requirió inmensas importaciones de materiales, agravó más aun la pasividad de la balanza comercial. Las exorbitantes importaciones no pudieron ser pagadas ya con exportaciones ni con otras partidas de la balanza de pagos. Fundamentalmente disminuyeron los créditos del extranjero, cuyas ganancias e intereses eran utilizados hasta entonces para pagar la importación de materias primas.

Además, la situación empeoró debido al cambio estructural del endeudamiento internacional a raíz de las guerras y de las crisis: si los estados agrarios contraen deudas con países industriales —como fue el caso hasta la primera guerra mundial—, los intereses y tasas de amortización pueden ser pagadas al estado acreedor en forma de importación de materias primas. Otra es la situación cuando estados industriales contraen deudas con otros estados industriales (piénsese en reparaciones, deudas de guerra, etc.). Puesto que la importación de manufacturas como forma de

pago es mal vista por los países acreedores debido a que constituye una incómoda competencia para la propia producción, los intereses y las amortizaciones deben ser cubiertos, al menos en parte, a través de la entrega de oro.

Esta situación, por sí misma, contraviene las reglas del patrón oro; el retiro de los créditos extranjeros y la fuga de capitales como consecuencia de la inseguridad política y económica hacen el resto.^{22a}

Para nivelar las cúspides de la balanza de pagos fue preciso realizar desplazamientos de dinero. La corriente de mercancías siguió una dirección, la corriente de oro, la contraria. El oro comenzó a acumularse en pocos países del mundo. De este modo el metal amarillo se distribuyó en forma desigual entre los estados acumulándose en unos pocos lugares del mundo.²³

Algunos países sufren por la desaparición de sus reservas de oro, otros por la inflación en oro. Los gobiernos de unos se preocupan por la salida del metal amarillo, los de los otros por la gran afluencia del mismo. El oro, que debió haber servido como "aceite de la maquinaria del intercambio interestatal de bienes" (A. d. Weber) se acumula inútilmente en las cajas de caudales de los bancos de emisión de unos pocos países.

Puesto que los estados de monedas débiles, pobres en oro, poseen pocos medios de pago extranjeros, para cobrar las exportaciones hacia estos países, los de moneda fuerte, ricos en oro, dispusieron que los pagos por las importaciones de aquellos países ya no se efectúen a los proveedores extranjeros, sino a una cámara nacional de compensaciones. Este sistema de *clearing*, que implica un tráfico comercial bilateral, significa en la práctica la renuncia al patrón oro y el retorno al cambio directo con todos sus defectos.

^{22a} "Con toda la genialidad de la construcción el patrón oro nunca estuvo destinado a mantener una situación en la que una parte considerable del capital invertido en la economía nacional se retira definitivamente de las fronteras nacionales." (O. Veit, *Die Zukunft des Goldes*, Berlín, 1937, p. 92).

²³ En un solo país, los Estados Unidos, están almacenados (o lo estaban hasta hace poco) los cuatro quintos de la existencia de oro del mundo; en cambio, los estados beligerantes europeos, que entre otras cosas emplearon las reservas de oro para armamentos, no poseen ya prácticamente considerables cantidades de oro. La fuga de capitales como consecuencia del temor a la guerra, y el atesoramiento, que sustrae al oro su función monetaria y se lo apropia como valor material, favorece más aun el desplazamiento unilateral de la reserva de oro. Desde su ingreso en la guerra, los Estados Unidos dan oro a países neutrales. Las reservas de oro de Suiza y de Suecia (también de Sudamérica) aumentan continuamente.

En tiempos de guerra también el sistema de *clearing* fracasa debido a la creciente incapacidad proveedora de los estados beligerantes. Las potencias del eje reciben de casi todos los países europeos más de lo que les suministran. El intercambio de mercancías sigue un camino unívoco hacia el Reich alemán. Los atrasos en los *clearing* aumentan, la posesión del marco de compensación, que, además, fue arbitrariamente revaluado, encierra riesgos.

Como consecuencia de las guerras y el armamentismo la moneda padece no sólo como instrumento de la economía mundial, sino también como herramienta de la economía nacional. Durante la guerra se realizan manipulaciones con la moneda nacional para cubrir los gastos que ella ocasiona después de la guerra para liquidar las deudas que ha generado. Durante la guerra se recorre el camino de la inflación, de la necesidad de los bancos de emisión; después de la guerra el camino es el de la devaluación, el de la reducción del valor del dinero.

Si la economía capitalista logra recuperarse luego de la delirante guerra actual, de alguna manera el patrón oro podría volver a funcionar. Pero incluso en ese caso pronto se producirían desequilibrios, pues no sólo las guerras sino también las crisis originan trastornos en el valor de la moneda. Si en tiempos de guerra el sistema monetario padece por la subproducción, en tiempos de paz se verá afectado por la sobreproducción.

Para lograr poner en marcha a la economía en tiempos de crisis, para poder forzar la industria exportadora, se devalúa el dinero. También para equilibrar la balanza de pagos en tiempos de mala coyuntura, para activar la balanza comercial —cuando otros medios fracasan, lo que suele ocurrir— se disminuye el valor del dinero.

Pero una devaluación no se limita a un país, sino que obliga a otros países a seguir el mismo camino: el país que ha devaluado su moneda obtiene beneficios a expensas de otros; los demás países se ven obligados a devaluar para no quedar en desventajas. La devaluación se presenta para ellos como una necesidad. Pero un país saca ventajas de la devaluación mientras no devalúen los demás. Una vez que los otros países se han ejercitado en este medio de competencia de la política monetaria, el primer país se ve obligado a devaluar nuevamente para mantener su ventaja, y puesto que la devaluación sólo incrementa la exportación de aquel estado que obtuvo su ventaja de la sorpresa, cada estado pretende anticiparse a los demás; de esta manera surge una competencia entre los estados por obtener la mayor devaluación.

Una insuficiente capacidad de absorción del mercado interno conduce finalmente —sea a través de crisis, sea a través de guerras— a la desorganización del sistema monetario.^{23a}

3

Para un buen funcionamiento de la economía nacional y mundial en el modo de producción capitalista es necesario que el *movimiento internacional de capital* se oriente según las diferencias de nivel del interés, que los capitales fluyan de países con bajo tipo de interés hacia otros cuyo tipo de interés sea más elevado. Los países ricos en capital deben entregar su excedente de capital a países pobres en capital, donde éste podría ser invertido productivamente. Por lo tanto, normalmente los países pobres en capital son importadores y no exportadores de capital. Y el capital debe ser exportado, o bien importado, sólo en la medida en que en los respectivos países exista ya sea un excedente o una carencia de capital.

Así ocurrió hasta la primera guerra mundial. Otra es la situación desde entonces. En lugar de una exportación de capital en cierta medida racional, se produjo una desenfrenada exportación, una fuga de capitales originada por el pánico.

Ante el peligro de pérdidas como consecuencia de desvalorizaciones, elevados impuestos, limitaciones en las transferencias, intranquilidades políticas y guerras, los capitales, que de lo contrario podrían ser invertidos productivamente en el interior del país, huyen hacia el exterior. Migrando de país en país, buscan refugio en aquellos estados cuyas relaciones políticas y monetarias son supuestamente seguras.

Para asegurarse la posibilidad de retirarlos en cualquier momento, los capitales migrantes no se invierten, sino que se colocan

^{23a} Que después de la guerra el mundo será recorrido por una nueva ola de devaluaciones lo demuestra la discusión que se desarrolla en los países anglosajones. Desde hace algún tiempo en Inglaterra, ya “se hace hincapié en la necesidad de devaluar considerablemente la libra una vez finalizada la guerra para equilibrar nuevamente el grave desequilibrio de la balanza de pagos a través del freno a la importación y la promoción de la exportación”. Simultáneamente, en los Estados Unidos se discute una devaluación del dólar con el pretexto de fines filantrópicos (ayuda a los países europeos). (F. W. Wagner, *Nechriegsprobleme der schweizerischen Volkswirtschaft*, año 78, Berna, 1942, p. 340.) Luego de concertada la paz, comenzará una gran ofensiva exportadora por parte de diferentes estados. Cada uno de ellos pretenderá sofocar la industria del otro a través de su exportación.

a corto plazo, generalmente con vencimiento diario. Los capitales vagabundos, que en algunas épocas alcanzan dimensiones fantásticas, permanecen inactivos, desorganizando los mercados de capital y desequilibrando las balanzas de pagos.^{23b}

Las condiciones que en los años 1937-1938 regían en el mercado de capital fueron descritas de la siguiente manera: “Miles y miles de millones de capitales evadidos de todos los países recorren sin descanso el mundo y son invertidos allí donde se los cree a salvo de devaluaciones monetarias [...] pero sin inversión duradera, para poder dirigirlos en el momento oportuno.” De este capital vagabundo, que teme una inversión duradera, carecen especialmente los países pobres en capital para realizar inversiones. Las enormes sumas constituyen “un foco de intranquilidad permanente para los mercados de capitales, donde originan fluctuaciones en el interés; también ponen en peligro las cotizaciones, puesto que con una repentina retirada masiva de un país también pueden arrastrar consigo capitales nacionales”.²⁴

Si durante el capitalismo ascendente el capital estuvo “a la búsqueda de elevadas ganancias”, en el capitalismo descendente está “a la búsqueda de seguridad” (Peyer). Ya no hay preocupación por los intereses; se pretende, simplemente, “salvar (el capital) hasta tiempos mejores” conservando su valor. Los capitales de los países deudores buscan refugio en los países acreedores; migran desde los estados empobrecidos por el armamentismo y las guerras hacia aquéllos que aún no lo están. El capital, que se orienta tratando de evitar los desniveles del interés, es una “corriente de oro contraria a la naturaleza” comparable con el agua “que fluye montaña arriba” (G. Bachmann).

Pero aun cuando el capital no sea errante, en tiempos de inseguridad económica y política, cuando no se visualizan inversiones seguras, frecuentemente se vuelca hacia la especulación, en vez de ser invertido productivamente. El lugar del cálculo es ocupado

^{23b} Si el movimiento internacional de capital se orienta según las diferencias en el nivel de interés, se convierte en un medio para conservar el equilibrio en el servicio de pagos interestatales. Si un país tiene una balanza de pagos pasiva, el capital extranjero a corto plazo es atraído por un creciente tipo de interés, lo que origina un equilibrio de pagos entre estados. En cambio, si el movimiento internacional de capital no se guía por el afán de ganar el mayor interés posible, sino en sufrir la menor pérdida posible, constituye un factor que perturba el equilibrio en el servicio de pagos interestatal.

²⁴ M. Weber, *Gegenwartsfragen der schweizerischen Volkswirtschaft*, Berna, 1938, p. 82.

por la especulación; mientras ésta florece, la economía nacional es destruida.

4

Cuando se trata de obtener capital destinado a la explotación (materias primas, pago de salarios, etc.) que es consumido siempre de nuevo y de nuevo empleado, los *créditos* concedidos a los empresarios pueden ser a corto plazo. En cambio, para la obtención de capital de instalación (edificios, maquinarias, etc.) que sólo se emplea una vez y que se gasta paulatinamente, se utilizan créditos a largo plazo. En aquellas épocas de gran inseguridad económica y política los capitalistas prefieren —especialmente si se trata de créditos extranjeros— prestar su dinero a *corto plazo*, para reducir el riesgo. Pero generalmente, la consecuencia de los créditos a corto plazo con fines de inversión, que se utilizan para el desarrollo de la industria, es la iliquidez y la dificultad de pago de los deudores (“congelamiento” de los créditos) y cuando la situación política se agrava los créditos a corto plazo, concedidos entre los estados, son suspendidos. A la ruina de los acreedores extranjeros sigue entonces la ruina interna generalizada con una seguidilla de quiebras empresarias.

Una estructura tan sensible y complicada es característica de aquellas economías en las que la fuerza productiva ha sido forzada y el consumo reducido.

VII. LA FURIA DE LA AUTARQUÍA

Las dictaduras fascistas, en que las aspiraciones imperialistas son especialmente fuertes y cuya política económica estuvo determinada desde su origen por intereses militares, se caracterizan desde hace años por especiales *faux frais*.

Si por un lado (antes de la guerra) la exportación fue forzada por esos regímenes, por otra parte ambicionaban la autarquía. Si por un lado fomentaron una participación intensiva en la economía mundial, tendieron, por el otro, a un aislamiento económico cada vez más fuerte.

Si bien la tendencia a fomentar la exportación y reducir la importación (para el consumo civil) es esencial a la economía capitalista, adquiere gran fuerza en el capitalismo tardío, donde la

desproporción entre la capacidad de producción del aparato productivo y la capacidad de absorción del mercado cobra gran dimensión. Pero en los estados fascistas esta tendencia adquiere precisamente el carácter de una furia, “furia de la autarquía” (F. Zweig).

Hace años ya que la industria bélica representa una gran exigencia en la importación de materias primas; por consiguiente, el consumo de materias primas extranjeras para la industria de paz debió ser reducido atendiendo a la balanza de pagos. Es verdad que se importaron grandes cantidades de materias primas; pero para cubrir el aprovisionamiento de bienes de consumo de la población se dispusieron cantidades relativamente menores; de este modo, se hizo necesario que las materias primas faltantes fueran producidas en el interior del país, cuando lo fueron. La consigna entonces en boga rezaba: “Alimentación con productos de la propia tierra”, lo cual también significaba que la industria se “alimentara” con materias primas propias.

La balanza de pagos permanentemente pasiva y la disminución de las reservas de oro generaron la necesidad de un control de divisas que a su vez originó una disparidad entre el poder adquisitivo interno y externo del dinero, cuya consecuencia fue un mayor aislamiento económico del país.

Sin embargo, la raíz más importante de las tendencias autárquicas se halla en la consideración de que en épocas de guerra un país puede ser privado de la importación de los medios de subsistencia necesarios y también de los materiales indispensables para llevar adelante la guerra (interrupción de las vías de aprovisionamiento, sobrecarga de los medios de transporte, bloqueo, requisita, etc.). “Es por ello que ya en tiempos de paz la producción debe estar organizada de manera tal que todo lo necesario para la guerra y el aprovisionamiento de la población pueda ser producido dentro del país.”

La quimera de la autarquía (independencia económica) o, como dice Sombart, autarquía (autocracia) genera numerosos costos muertos.

Si el objetivo de la economía nacional es cubrir, de la mejor manera posible, la necesidad de bienes de consumo de la población, las materias primas faltantes en el país para la fabricación de bienes de producción y de consumo deben obtenerse en aquellos países con condiciones de emplazamiento más favorables y con los menores costos de producción. De este modo, con la incorporación de las economías nacionales a la economía global surge

una división internacional del trabajo que descansa sobre las diferencias naturales de cada uno de los países —de condiciones geográficas, constitución del suelo, riquezas subterráneas, aptitudes de la población. Éste es el principio económico más racional y el que, por lo tanto, garantiza la mayor productividad del trabajo.

Si, en cambio, el objetivo de la economía nacional no se dirige a lograr el mayor bienestar humano sino la mayor preparación para la guerra, se intenta entonces producir todo internamente, cualesquiera que sean los costos. En este caso, se producen en el país, pese a los elevados costos, ya sea materias primas para las que las condiciones son desfavorables, o bien sustitutos de poco valor. El lugar de la división internacional del trabajo es ocupado por la autosuficiencia nacional, y este modo económico costoso (inversiones equivocadas) provoca el descenso de la elevada productividad del trabajo alcanzada.

VIII. EL INTERVENCIONISMO INCONSECUENTE

I

Dejemos ahora los estados fascistas; prescindamos también de las furiosas guerras actuales y retornemos a la economía de los restantes países en el interregno entre las dos guerras mundiales (o bien de los actuales estados totalitarios antes del advenimiento del fascismo al poder).

Si el libre juego de las fuerzas fracasa, se eleva el clamor por la ayuda estatal. Ahora bien, algunas medidas estatales conducentes podrían subsanar los defectos, pero deberían ser planificadas y coordinadas. Cada medida debería constituir una parte de un sistema global orgánico, cuya formulación tuviera como supuesto el conocimiento de las causas de las irregularidades existentes, es decir, había que estructurar una política de gran alcance que no perdiera de vista las verdaderas causas de las irregularidades. De hecho “el estado se ve necesitado a intervenir a cada paso” e “interviene en innumerables niveles de la estructura económica”; pero no lo hace “ni planificada ni sistemáticamente, porque aún opera sobre el suelo del liberalismo económico”.²⁵

Así, no se erradica el mal de raíz, sino que sólo se emplean

²⁵ *Handbuch der Schweiz. Volkswirtschaft*, t. I, p. 752.

medidas de emergencia; simplemente se intenta sortear los malos tiempos con la esperanza de que sobrevendrán tiempos mejores.

“En muchos países la política de crisis” —escribía antes de la guerra Karl Pribram— demuestra “un cuadro muy colorido, que de ninguna manera está exento de contradicciones; las [...] medidas que se refieren a la esfera monetaria [...] producen muchas veces consecuencias contradictorias con las que resultan de la política crediticia y monetaria en general; con frecuencia esto es más válido aun en el caso de aquellas medidas que se refieren directamente a la producción de bienes y al intercambio de los mismos.”²⁶

Un cuadro parecido describe Eugen Böhler: las diferentes medidas revelaron entre sí “las mayores contradicciones [...] Si bien se promovió por todos los medios la exportación, simultáneamente se obstaculizó la importación, aun cuando el incremento de ésta constituía el supuesto del aumento de la exportación [...] Se favoreció el progreso técnico y el aumento de la productividad, pero simultáneamente se paralizó, a través de medidas impositivas y de otro tipo, a la gran industria y, en parte, incluso el empleo de maquinaria. A través del control de precios, se intentó mantener los precios bajos, pero simultáneamente se introdujeron medidas que posibilitan un alza de los precios”.²⁷

Como en lugar de un nuevo ordenamiento de la economía se pretende la conservación del viejo sistema, no pocas veces la injerencia estatal conduce a una confusión aun mayor en las ya complicadas relaciones económicas. Por ello se recurre siempre al remiendo, se destruye y se vuelve a remendar. “Una economía planificada pero sin plan” (Böhler).

Es por ello que la economía actual se caracteriza por innumerables problemas, medidas, disposiciones legales, instituciones, juntas, oficinas, comisiones de expertos, empresas y profesiones, que no se pueden justificar por ninguna necesidad efectiva, por ningún interés vital del pueblo, por ninguna exigencia del consumo, que sólo son consecuencia directa e indirecta de los intentos de salvación del sistema económico en extinción.

Mientras no se descarte el actual sistema, cuyos fundamentos se han quebrantado, no podrán eliminarse las deficiencias. Incluso un gran admirador de la economía basada en el principio de los negocios, como es Wilhelm Röpke, se vio obligado a reconocer muchas veces que, ciertamente, “todas las formas posibles

²⁶ K. Pribram, *op. cit.*, p. 141.

²⁷ E. Böhler, *Die Neuorientierung schweizerischen Wirtschaftspolitik*, separata del *Berner Tagblattes*, 1941, p. 5.

de la política coyuntural parecen haber sido experimentadas; sin embargo, el paraíso de la estabilidad económica no se vislumbra por ninguna parte".²⁸

Se persigue un fantasma en lugar de disfrutar las bendiciones de un orden económico adecuado a su tiempo.²⁹

Mientras tanto se preparan importantes cambios, acelerados por la guerra. La legalidad propia del desarrollo impone otro proceder.

2

La situación de la economía mundial es peor aun que la de la economía nacional, pues entró "en una especie de eclipse solar". Todos los intentos para detener el proceso de descomposición de la economía mundial, por salvar al mercado mundial de la destrucción, fracasaron. Las tan esperadas conferencias económicas abortaron desde su origen, y si bien despertaron esperanzas excesivas, ocasionaron costos inútiles y terminaron en un completo fracaso.³⁰

Como la economía nacional, también la economía mundial carga, especialmente desde la primera guerra mundial, con una cantidad enorme de problemas mundiales "insolubles". Piénsese solamente en los créditos congelados y a corto plazo, en la inseguridad monetaria, en el control de divisas, en los elevados aranceles aduaneros, en el *dumping* y limitaciones a la importación, en las desenfrenadas exportaciones de capital. Piénsese especialmente en

²⁸ W. Röpke, *Zeitschrift für schweizerische Statistik und Volkswirtschaft*, Basilea, 1940, p. 39.

²⁹ Últimamente, algunos economistas nacionales de mayor envergadura arribaron a las siguientes conclusiones: 1] la conducción económica estatal es necesaria en todos aquellos lugares donde fracasa la privada; por consiguiente, junto al privado tiene que existir un sector económico público; 2] la política económica estatal debe descansar sobre un plan de acción premeditado. Como la conducción económica privada fracasa cada vez más, el sector económico público debería crecer a expensas del privado; semejante plan de acción, consecuentemente elaborado, debería, por lo tanto, conducir al socialismo, sea como sea. Por el momento no hay mucha gente dispuesta al reconocimiento de este hecho.

³⁰ La dolencia de la economía originó ciertamente "consultas médicas, bajo la forma de conferencias mundiales, donde se reunieron los más acreditados especialistas de la tierra. El resultado fue un fiasco nunca visto hasta entonces: todos se separaron desconsoladamente para declarar *urbi et orbi*, sin pelos en la lengua: que —por el momento— no hay nada que hacer". Así caracteriza la situación un profesor fascista —E. Quesada, en *Weltwirtschaftsdämmerung*, Stuttgart, 1934, p. 28— sin advertir que con ello no sólo da un triste testimonio del capitalismo, sino también del fascismo.

el tantas veces discutido "problema de las materias primas", sobre todo en el hambre de materias primas de los estados pese a la sobreproducción global de materias primas, en este problema que desde el punto de vista de la economía de consumo es totalmente imaginario.

Y no menos complicada que la vida económica transcurre la política, convertida en un ovillo imposible de desenredar de problemas sin importancia vital, irreales, que se van superponiendo.

APÉNDICE

Wilhelm Röpke escribe refiriéndose a las condiciones que debería reunir una economía mundial que funcionara bien y al desconsolador estado de la economía mundial antes del estallido de la guerra:

La división del trabajo a escala internacional "sólo puede desarrollarse en la medida en que se hayan satisfecho las condiciones de un sistema monetario, un sistema legislativo y un sistema moral correlativo". "La falta de un sistema monetario internacional único fue compensada, en cierto modo, por el patrón oro que, aplicado concienzudamente por los países más importantes, transformó al mundo en una comunidad de pago unificada y disipó toda duda en la conciencia de los hombres con respecto a la solidez de las bases monetarias del tráfico internacional de bienes y de capital. Las obligaciones que la aplicación racional del patrón oro a nivel internacional impuso a todos los países participantes generaron simultáneamente parte de aquella red de normas, explícitas e implícitas, a través de las cuales también se resolvió la carencia de un sistema legislativo único a nivel internacional. El mundo comprendía la necesidad de un sistema de convenios a largo plazo cuya base fuera un derecho internacional reconocido por todos y un alto grado de coincidencia en la interpretación del derecho y en las normas legales de los diferentes estados [...] En la actualidad el mundo se ha alejado mucho (de esta orientación) y amenaza alejarse aun más en el futuro." "Todas las monedas perdieron eficacia o cayeron bajo la sombra de la desconfianza; no existe ya un sistema monetario internacional digno de tal nombre [...] Todo el mecanismo deja de funcionar súbitamente [...] Sólo quedó una desesperanzada confusión de monedas manipuladas,

controles de divisas, convenios de compensación y de *clearing*, que necesitan remiendos casi diariamente.”³¹

Röpke atribuye este “funesto” cambio a “un egoísmo nacional de estrechas miras” de parte de Inglaterra y los Estados Unidos “que fueron los primeros en independizar sus sistemas monetarios del patrón oro”. Por eso propone a los estados “detener este funesto desarrollo y volver hacia atrás”.

Ahora bien, ¿es posible frenar este desarrollo o incluso anular el proceso iniciado?

La efectivización de las “condiciones”, consideradas por Röpke como indispensables, “de las relaciones económicas mundiales, con respecto a la seguridad, igualdad, continuidad y *fairness*” es una creación de la época del capitalismo *ascendente*. El fracaso de los “sistemas monetario, jurídico y moral” es, en cambio, un fenómeno necesario del capitalismo *descendente*. Ningún estado está en condiciones de hacer retroceder este desarrollo. El cambio se verificó en una situación crítica por necesidad económica, o bien financiera. En el proceso de disolución y descomposición se evidencia una ley férrea. Por lo tanto, el proceso es inevitable e irrevocable; se consume con la lógica inexorable del desarrollo histórico; ningún poder de la tierra puede detenerlo.³²

³¹ W. Röpke, *Die Lehre von der Wirtschaft*, Viena, 1937, pp. 46 y ss., y *Die Gesellschaftskrisis*, pp. 370 y ss.

³² Röpke postula el restablecimiento del patrón oro, pero ¿es esto tan simple? La vigencia del patrón oro permite que *las reservas de oro y divisas estén en armonía con el servicio de pagos*. Es por ello que éste sólo puede mantenerse mientras los compromisos de pago de los estados industriales, cuyas importaciones de materias primas son grandes, puedan ser cubiertos a través de pago por exportación de manufacturas, intereses y ganancias de los capitales invertidos en el exterior y otras posiciones de la balanza de pagos (prestación de servicios). Si se da el caso de importaciones crecientes de materias primas y exportaciones cada vez menores de manufacturas, si se verifica una disminución de los capitales invertidos en el exterior como consecuencia de las guerras y las crisis, en los viejos estados industriales se reduce la posibilidad de aprovisionamiento con medios de pago extranjeros: el movimiento de oro y divisas ya no puede ser ajustado al servicio de pagos. Ahora, inversamente, *el servicio de pagos debe orientarse según las reservas de oro y divisas*. (Por ejemplo: en tiempos de paz sólo se admiten tantas exportaciones como divisas producto de las exportaciones haya disponibles.) Es por ello que en este estadio del capitalismo el patrón oro debe ser desplazado por el control de divisas. La adecuación del servicio de pagos a las reservas de divisas, y no a la inversa, recuerda el lecho de Procusto —una solución indudablemente mala. Pero de ello no es culpable el sistema monetario sino el sistema económico.

B. APARIENCIA Y ESENCIA

I. UN SALDO PASIVO

1

La humanidad se vería inundada por el bienestar si los exorbitantes costos muertos que pesan sobre la economía desaparecieran, si, por lo tanto,

el potencial económico fuera permanentemente aprovechado, y la capacidad de producción de las empresas absorbida hasta el límite de su capacidad, si los bienes de importancia vital (cosechas agrícolas) no fueran quemados ni arrojados al mar;

si las personas capaces y deseosas de trabajar encontraran siempre trabajo;

si no se efectivizara ese uso impropio del trabajo humano para atraer clientela, para buscar consumidores e incitarlos a la compra;

si en lugar del forzamiento de la exportación acompañado de pretensiones autárquicas existiera una división racional del trabajo entre los pueblos;

si las sumas que generalmente se utilizan con el fin de refrenar a las clases explotadas y reprimir a las fuerzas revolucionarias —mantenimiento del aparato de represión— se emplearan para elevar el nivel cultural del pueblo;

si, especialmente, en lugar de materiales para la destrucción —los gigantescos armamentos para tierra, mar y aire— se produjeran objetos de consumo y se abandonaran las catastróficas guerras.

Todas estas fuerzas productivas, desperdiciadas en gran escala, representan enormes pérdidas para el conjunto de la economía nacional. Si estas pérdidas cesaran el consumo de las masas podría ser multiplicado sin afectar la tasa de acumulación.

Pues, ¿de dónde procede la enorme cantidad de valores desperdiciados, a qué otra aplicación fueron sustraídos? Son los valores escatimados a la clase trabajadora, las deducciones del producto del trabajo que no se necesitan para acrecentar la tasa de acumulación, que no se justifican técnicamente.

2

Con la estructura económica dominante el pueblo trabajador nunca estará en condiciones de alcanzar una participación justa, desde el punto de vista económico, en el producto social. Si a pesar de una productividad creciente del trabajo los sueldos y salarios no aumentan lo suficiente, *los costos muertos saltan a la brecha*. Pero cuanto más elevados sean estos costos, menor será el alza de los salarios. Si se hace un examen superficial podría concluirse que a partir de la aplicación del progreso técnico predominan las cargas (composición creciente del capital) y no las ventajas (creciente productividad del trabajo), que la posibilidad técnica de elevar el nivel de vida de las masas no existe.

Más aun: en general los *faux frais* presentan la tendencia a aumentar con mayor intensidad de la necesaria para llenar la brecha entre la capacidad de producción y la capacidad de consumo. Una vez producidos, llevan una existencia independiente, crecen por fuerza propia como una bola de nieve y *se lanzan violentamente más allá de la meta*. En el juego alternativo de causa y efecto, el impulso de su crecimiento es inmanente.

Es cierto que en la economía capitalista, en la que producción y consumo no coinciden, hubo siempre costos muertos bastante elevados. Pero durante el capitalismo temprano y el alto capitalismo estos costos aumentaron con mayor lentitud que la productividad del trabajo. En el capitalismo tardío y en el fascismo se verificó la relación inversa en el ritmo de crecimiento de ambas magnitudes. En el capitalismo ascendente el capital aumentó a pesar de los *faux frais*; en el capitalismo descendente y en el fascismo aquél amenaza ser consumido por éstos. En realidad, la carencia de capital, de la que se pretende responsabilizar al progreso técnico, no encuentra su causa más que en el peso de plomo de los costos muertos.

Durante el capitalismo tardío algunas tendencias propias del alto capitalismo se convierten en la *tendencia contraria*; esto ocurre especialmente con la tendencia a la sobreacumulación que resulta una tendencia a la subacumulación. En una determinada fase del desarrollo capitalista el proceso de acumulación sufre un retroceso: el capitalismo se conduce a sí mismo *ad absurdum*.

3

Schumpeter dice: "El capitalismo se supera a sí mismo, pero en

el sentido que creía Marx. Seguramente, la sociedad se elevará por encima de él, pero no porque sus contradicciones lo hagan imposible, sino porque su productividad lo hace superfluo (saturación de capital)."¹

No compartimos esta idea.

Ciertamente, el capitalismo promueve el desarrollo de la técnica; pero los frutos de este desarrollo son absorbidos cada vez más por los costos muertos. Si en el alto capitalismo se evidenció, no obstante, un saldo activo, en el capitalismo tardío —y más en el fascismo— se verifica un saldo pasivo. Si el capitalismo ascendente era constructivo, por el contrario, el descendente es destructivo.

La necesidad del derrumbe del capitalismo es inmanente al sistema; es su propia perfección —perfección de la explotación— la que lo hace imposible.

II. LOS FAUX FRAIS NO SON TENIDOS EN CUENTA

1

Muchos economistas nacionales —y entre ellos algunos muy prestigiosos— afirman que en el curso del desarrollo capitalista el salario real ha aumentado acorde con la creciente productividad del trabajo. Por cierto, esta afirmación se apoya en minuciosos cálculos estadísticos, fruto de un largo trabajo; pero no por ello éste deja de ser un falso razonamiento fácilmente refutable.

Lamentablemente, estos cálculos no hacen diferencia entre los costos técnicamente necesarios y los *faux frais* de la producción capitalista; ambos son arrojados en la misma bolsa. Pero los *faux frais* tienden a aumentar automáticamente cuando la capacidad de producción no se utiliza para cubrir las necesidades, cuando el consumo real no alcanza el nivel conveniente desde el punto de vista de la economía nacional. Con la insuficiencia del poder adquisitivo de las masas, resultante del abandono de los aumentos de sueldos y salarios económicamente convenientes los *faux frais* aumentan. Si se los incluye en los costos necesarios, resulta invariablemente que el salario real, o bien el poder adquisitivo de las masas, "corresponde" al estado de la productividad. Si se utiliza este tipo de cálculo el resultado no puede ser otro; se produce un círculo vicioso.

¹ J. Schumpeter, *op. cit.*, p. 297.

En toda economía nacional capacidad consuntiva y productiva constituyen las dos caras de una igualdad. Normalmente, con el progreso técnico la capacidad consuntiva debería aumentar proporcionalmente a la capacidad productiva. Si esto no ocurre en un grado suficiente, los *faux frais* aumentan. No obstante, resulta una igualdad. Cuando la capacidad consuntiva es insuficiente, obtenemos la siguiente igualdad:

$$\text{Capacidad productiva} = \text{capacidad consuntiva} + \text{faux frais.}$$

Así como se habla de los costos técnicamente necesarios, es posible hablar también del consumo técnicamente necesario. Si el consumo real queda rezagado con respecto al consumo técnicamente necesario, el déficit toma la forma de *faux frais*. La igualdad desaparece.

Rosa Luxemburg demostró ya que en sí mismas las cifras estadísticas no significan nada, que ellas sólo toman en cuenta las modificaciones evidentes. Puesto que el capitalismo tiene la particularidad de encubrir y tergiversar las verdaderas relaciones, cualquier teoría que tome los "hechos" en su manifestación inmediata como base del análisis científico se mantiene en la superficie. Los "hechos" no demuestran nada mientras no se los inserte en el contexto global de los fenómenos sociales a través de un análisis sistemático.²

2

La causa del movimiento coyuntural no está —escribe Erich Carell— en los bajos salarios. "Pues el salario no es sólo un elemento de la demanda, sino también un elemento de los costos [...] Salarios máe elevados harían rentable no sólo la producción de materias primas y de bienes de capital, sino también la producción de bienes de consumo."³

Si el poder adquisitivo de las masas se elevara en forma significativa, en primer lugar los *faux frais* descenderían y luego desaparecerían por completo. El plus que los empresarios tendrían que pagar en salarios podrían ahorrarlo en *faux frais*. Si los sueldos y salarios se ajustaran a la creciente productividad, aumentarían,

² Citado según K. Mandelbaum, *Die Erörterungen innerhalb der deutschen Sozialdemokratie über das Problem des Imperialismus*, Frankfurt a/M, 1927, pp. 15-32.

³ E. Carell, *Die Konjunktur*, Jena, 1932, p. 76.

por cierto, los costos productivos, pero los improductivos descenderían, y descenderían más que proporcionalmente.

Carell tendría razón sólo en el caso en que la brecha entre el potencial productivo y el consuntivo no estuviera cubierta por los *faux frais*, o sea si esta brecha constituyera un vacío.

Los costos muertos son una magnitud importante en la economía capitalista y fascista que no debe ser pasada por alto en una investigación coyuntural. Si no se conoce la esencia de estos costos, no se puede comprender el mecanismo de la economía actual.⁴

Sólo una pequeña parte de la porción que corresponde al pueblo trabajador como participación en el progreso de la producción, y que le es escatimada, pasa a los bolsillos de los ricos. El resto, la mayor parte de estos valores, no beneficia a nadie sino que se desperdicia en forma de *faux frais*.

En una sociedad armónica, que no está basada en la explotación de una clase por otra, puede reconocerse la creciente productividad en el creciente consumo de las masas, en el creciente bienestar del pueblo. En la economía capitalista y fascista el aumento de la productividad se mide por el volumen de los valores desperdiciados.

En una economía cuyo objetivo no es la satisfacción de necesidades sino la obtención de ganancias, para conocer el grado de productividad del trabajo humano hay que orientarse por los siguientes factores: por la cantidad de artículos de consumo que vanamente esperan consumidores; por la cantidad de medios de producción inactivos; por el volumen de los bienes cuya producción ha sido abandonada por falta de colocación, si bien estaban dados los supuestos técnicos para ella ("Sabotaje de la producción industrial", Veblen); pero especialmente por el enorme volumen de bienes que no sirven para aumentar el bienestar, sino para su destrucción.

Lamentablemente, el problema de los costos muertos resultantes de la detención del consumo masivo ha sido muy poco analizado en la economía nacional. Hay minuciosas investigaciones sobre

⁴ Según Karl Massar, los aumentos de salarios no producen una reducción de la cuota de acumulación, pero sí una disminución de los réditos de los empresarios. (Massar, *Die volkswirtschaftliche Funktion hoher Löhne*, Berlín, 1929, p. 49.) También él descuida los *faux frais* de la economía capitalista. Los aumentos de salarios no se cubren ni a través del fondo de acumulación ni a través del fondo de consumo de los empresarios. Ellos aparecen en lugar de los costos muertos, que con un poder adquisitivo creciente descienden más que proporcionalmente.

detalles más o menos insignificantes de la economía capitalista, pero no las hay sobre los costos muertos y sus causas pese a que crecen a un ritmo acelerado.

III. EL INCREMENTO DE LA POBLACIÓN Y EL PROGRESO TÉCNICO "SON LOS CULPABLES DE TODO"

1

En los últimos años, pese al violento aumento de la productividad del trabajo, el estándar de vida del pueblo trabajador permaneció estable. A pesar de las grandes innovaciones técnicas la pobreza de las masas continúa. La esperanza de que el desarrollo de la técnica mitigara la pobreza se vio frustrada. La existencia de estos fenómenos explica la tendencia a volver sobre ideas hace ya largo tiempo superadas.

Frente a estos hechos, Wilhelm Röpke, que rechaza la explicación socialista, expresa desconcertado: "Estancamiento del bienestar de las masas pese al aumento de productividad [...] ¿De qué otra manera puede aclararse la contradicción? [pregunta confundido]. Sólo nos resta pensar que una considerable parte de los progresos técnicos incorporados a la producción sirvió, evidentemente, para posibilitar la existencia a un mayor número de personas sobre la tierra, en lugar de transformarse en un mayor aumento del bienestar de las masas." La humanidad se vería ante la alternativa: "¿incremento de la población o bienestar de las masas?"⁵

Pero responsabilizar al incremento de la población de la pobreza de las masas significa caer en los errores de la teoría malthusiana. No es consecuencia del incremento de la población si a pesar del grandioso desarrollo técnico, a pesar de la enorme eficiencia de los modernos procedimientos de producción, las masas viven en la indigencia. Hace ya muchas décadas que en los países industriales disminuye la cifra de nacimientos. Por lo tanto, ¡en esta época tenemos un gigantesco aumento de la productividad del trabajo y, simultáneamente, una disminución de los nacimientos!⁶

⁵ W. Röpke, *Die Lehre von der Wirtschaft*, p. 67 y *Die Gesellschaftskrisis*, pp. 175 y ss.

⁶ La cantidad de productos agrícolas aumenta más rápidamente que la población. No sólo las crisis industriales sino también las crisis agrarias se carac-

"Lo que amenaza a la economía actual no es el hecho de que la fertilidad de los hombres sea mayor que la fertilidad de la naturaleza. Antes bien, en este momento se puede invertir en cierto modo la teoría de Malthus y hablar de la tendencia de los capitales productivos a aumentar más rápidamente que los consumidores."⁷

2

"No debemos [...] pasar por alto [...] —escribe Emil Lederer— que cada progreso técnico va acompañado de consecuencias destructivas, que temporariamente anulan al menos una parte de sus consecuencias favorables. Cada vez son más numerosas las opiniones que consideran que teniendo en cuenta sus posibles consecuencias el progreso técnico debe ser controlado socialmente y, si es necesario, frenado [...] Por ello es de suponer que el conocimiento cada vez más difundido de las consecuencias del progreso técnico fortalecerá los movimientos que luchan por un control social de la producción y, especialmente, por la regulación del desarrollo técnico."⁸

Según esta posición, las consecuencias destructivas estarían fundadas en la naturaleza de la técnica moderna y no en la naturaleza del orden social reinante. Si se pasa por alto que la causa de estas consecuencias destructivas reside en factores sociales, siendo coherentes habría que proponer un freno al progreso técnico.

Actualmente, gran cantidad de escritos que pretenden responsabilizar al progreso técnico de las crisis económicas, de la desocupación y de la guerra hablan de "un brutal desenfreno de las fuerzas productivas", de "un desarrollo socialmente ciego de la técnica", etc., y proponen "contención", "freno", "control", y "tributación del progreso técnico". Un discípulo de Adolf Weber (Kruse) se atreve incluso a hablar de "heridas que el progreso técnico ha infligido". (!)

Esperar la salvación de la destrucción del hombre de hierro implica un decisivo retroceso teórico. La pobreza de las masas no reside en la "condenada técnica", sino en el hecho de que en la

terizan por una enorme sobreproducción. Piénsese en las orgías de destrucción de bienes de importación vital, incendio de Itrigo, etcétera.

⁷ M. J. Bonn, *Das Schicksal des deutschen Kapitalismus*, Berlín, 1930, p. 114.

⁸ E. Lederer, *Technik, Handbuch der Gewerkschaften*, Berlín, 1930, pp. 1680 y ss.

actual sociedad el beneficio privado y el beneficio popular son contradictorios.

IV. "TEORÍA ECONÓMICA Y TEORÍA SOCIALISTA"

1

En la actualidad se habla mucho de la "necesidad de objetivos extraeconómicos", "de fines metaeconómicos, socio-éticos, al servicio de los cuales debe estar la economía".

A partir de aquí podría pensarse que los objetivos sociales deberían prevalecer frente a las exigencias de la economía. Pero el caso es justamente el contrario. Si se atiende a las exigencias de la racionalidad económica, simultáneamente se alcanzan los objetivos sociales.

La discusión sobre objetivos extraeconómicos surge con más frecuencia y su alcance es mayor mientras más se infringen las leyes económicas respondiendo a móviles no sociales, a motivos de ganancia, mientras más se perturbe el normal desarrollo de la economía debido al comportamiento asocial de sus conductores. Si se observan las leyes económicas existe la posibilidad de alcanzar el bienestar de conjunto sin "objetivos extraeconómicos". Para "moralizar" la economía no es necesario un "sacrificio material" por parte de la sociedad.

Cuanto más envejece el capitalismo menos coinciden la rentabilidad capitalista y la racionalidad económica. El establecimiento de una racionalidad en la economía (economía socialista planificada) restituye al mismo tiempo su moralidad.

2

"Económica nacional y socialística —dice Hans Honegger— son dos ciencias radicalmente diferentes. El concepto directriz de la económica nacional es la productividad o el rendimiento del mercado; el de la socialística es la justicia económica, o la justa distribución de bienes." En general los socialistas sobreestiman la "doctrina de la distribución en relación con la doctrina de la producción".⁹

⁹ H. Honegger, *Volkswirtschaftliche Gedankenströmungen, Systeme und Theorien der Gegenwart*, Karlsruhe, 1925, p. 85.

En efecto, la mayor productividad se alcanza precisamente con una "justa distribución" pues es la "distribución injusta", la reducción del poder adquisitivo de las masas, la que ocasiona los numerosos *faux frais* de la economía capitalista.

Sólo bajo una justa distribución del producto social se da la coincidencia entre la capacidad consuntiva y la capacidad productiva, y sólo así el progreso técnico se convierte en progreso económico.

De este modo el mismo Honegger llega finalmente a la conclusión de que "si se analiza mejor, productividad y sociabilidad en realidad coinciden".¹⁰

"Justicia coincide con sano criterio económico" (J. Mussard).

¹⁰ *Ibid.*, p. 91.

CUARTA PARTE

A. EL ÚLTIMO ESTADIO DEL IMPERIALISMO

I. LA ERA FASCISTA

1

No existen diferentes imperialismos, como supone Schumpeter,¹ sino un solo imperialismo fruto de la peculiaridad de la economía orientada en función de las ganancias (o bien por el intento de salvación a través del fascismo). El concepto de imperialismo es un concepto económico-histórico y no económico general. Sólo la organización económica capitalista, o bien fascista, adviene al imperialismo. Sin embargo, en el transcurso del desarrollo capitalista el imperialismo atraviesa por *varios estadios*.

Para satisfacer las aspiraciones imperialistas del capitalismo ascendente se necesitaban *mercados de colocación y esferas de inversión para el capital*. En este estadio, la economía capitalista aun tiene grandes posibilidades de desarrollo en el interior de la metrópoli; en tal sentido, sólo habría que buscar mercados adicionales o bien esferas de inversión en los países coloniales para las mercancías excedentes y para los capitales sobreacumulados. En este caso el imperialismo desempeña el papel de una válvula de escape que extrae de la caldera el vapor sobrante.

Otra cosa ocurre en el capitalismo descendente. En esta etapa se agotaron para la economía capitalista las posibilidades de desarrollo; no se trata ya de crisis periódicamente superables, sino de una crisis permanente, que sólo puede ser superada a través del socialismo, es decir modificando el orden social.

Inmediatamente después de la primera guerra mundial la crisis permanente se hizo sentir. Si bien la situación política y económica se hizo tensa por doquier, no fue la misma, sin embargo, en los diferentes estados; no en todos los países la dominación de la burguesía se vio amenazada con la misma intensidad. En los triunfadores, la clase dominante mantuvo su autoridad ante las masas. Con más facilidad, por el contrario, en los países vencidos (Alemania y Austria), y en los estados pertenecientes al grupo

¹ J. Schumpeter, *op. cit.*

triumfante pero perjudicados en el reparto del botín (Italia, en cierta medida también Japón) la autoridad de las clases dominantes se vio conmovida. En estos países la insatisfacción de las masas y la agitación revolucionaria fueron más continuas e intensas.²

Sin embargo, estos últimos hallaron una "salida" a la crisis a través del desencadenamiento de conflictos imperialistas. Pero jamás una formación social desaparece ni una clase dominante capitula antes de haber agotado todas las posibilidades existentes para su afirmación.

El imperialismo que se desarrolló en la época del capitalismo temprano y de alto capitalismo repartió muchas colonias a unos pocos estados y muy pocas a otros. La primera guerra mundial dividió a las potencias en vencedoras y vencidas; los estados vencidos o bien "no satisfechos" desde el punto de vista colonial vislumbraron una salida a la crisis capitalista tardía, en su afán por satisfacer los hasta entonces no satisfechos deseos imperialistas, en la posibilidad de una "victoriosa guerra imperialista", "las potencias hambrientas sobre las saturadas".

Por otra parte, dichos estados creyeron percibir una nueva posibilidad de expansión con motivo de la revolución social en Rusia, país, precisamente, que por haber modificado su estructura económica y socializado sus medios de producción podía dar el impulso para una revolución en Europa occidental. Sin embargo, este foco de peligro revolucionario ofreció el pretexto deseado para una intervención armada, organizada como una "misión" bajo el lema "combate contra el bolchevismo", "cruzada antibolchevique". Y los apetitos de intervención fueron tan grandes y la "misión" pareció tan provechosa porque al disponer el país ya socializado de las codiciadas materias primas podía convertirse en un peligroso competidor económico de los países de Europa occidental.³

La "solución" imperialista ofreció a la clase social dominante la posibilidad de prevenir una salida socialista, evitar la transformación del orden social y sustraerse a la expropiación. De este modo el latifundio, la industria pesada y las altas finanzas podrían salvarse del conflicto político interno a través de un conflicto político externo: una victoria sobre el enemigo político externo siempre

² E. Varga, *20 Jahre Kapitalismus und Sozialismus*, Estrasburgo, 1938, p. 214.

³ No en vano la guerra con Alemania es concebida en la Unión Soviética como una "guerra civil" y la defensa como una "acción policial" (Informe de Anthony Eden tras una visita a Rusia. *Neue Zürcher Zeitung* del 6 de enero de 1942).

significa simultáneamente una victoria sobre los enemigos políticos internos.

Por otra parte la "solución" expansionista se vio favorecida por la circunstancia de que la causa de la insatisfacción social, los factores determinantes de la crisis política interna —empresas paralizadas y un enorme ejército de desocupados— constituían al mismo tiempo las condiciones ideales para emprender la aventura imperialista: una gran capacidad de producción inutilizada y muchas manos en busca de trabajo son, por cierto, elementos indispensables para la construcción de armamentos y para las disputas bélicas.

Simultáneamente el incremento del armamentismo fue visualizado como un medio oportuno para liberar a la economía del letargo en que se había sumido: poner en movimiento la maquinaria paralizada, pero especialmente dar ocupación y tranquilizar al gran ejército de desocupados, de insatisfechos descarriados.

Si alguna vez el imperialismo fue una "salida" a las crisis económicas periódicas, ahora debió convertirse no sólo en una "salida" a la crisis económica permanente, sino también, al mismo tiempo, en una "salida" a la revolución, en la que forzosamente tenía que desembocar la crisis permanente. Por consiguiente, si alguna vez la expansión imperialista fue una evasión de la crisis económica, se convirtió ahora en una evasión de la crisis política (interna).

Por la agravación de los conflictos nacionales los conflictos sociales pasaron a un segundo plano. Al movimiento de izquierda se le enfrentó un movimiento de derecha; como consecuencia, la existencia del ruinoso sistema económico pudo ser prolongada.⁴

2

Cada política tiene su propia lógica: si la transformación socialista sólo puede ser detenida mientras puedan exhibirse éxitos ininterrumpidos en la política exterior, la preocupación de un gobierno fascista debe estar puesta en la obtención de éxitos perma-

⁴ Al principio la salida elegida por la clase dominante de los estados "hambrientos" también ayudó a la capa superior de los estados "saturados" a evitar una reorganización social; la existencia de un régimen autoritario cercano bastó para atemorizar a las clases inferiores en los estados democráticos en los cuales la situación económica y política de los obreros era incomparablemente mejor que en los países dominados por el fascismo y, además, el acuerdo entre las fuerzas nacionales ante el peligro externo ayudó a reprimir la resistencia en el interior.

nentes en la política exterior. Un estado dictatorial, que subordina toda su economía nacional a las necesidades de guerra, y para ello exige durante años el máximo esfuerzo al conjunto de la nación con el fin de satisfacer sus objetivos imperialistas, estará mejor equipada para la guerra que un estado democrático, que evita atentar contra elementales libertades del pueblo.

Por esta razón uno no debería asombrarse cuando en el campo de batalla un estado dictatorial obtiene la victoria sobre un estado democrático. Sin embargo, las victorias —aun cuando sean estridentes victorias a lo Pirro—, fascinan, producen la admiración de las grandes masas. Lamentablemente, aun cuando a largo plazo los éxitos se revelan como aparentes, enceguecen a la gran legión de espíritus acríticos. De este modo, mientras la ceguera de los incompetentes aumenta, la capa de los opositores, ya diezmada, se hace más delgada. Sólo resisten las personalidades de carácter fuerte, poseedoras de una capacidad de orientación propia muy profunda. La oposición puede ser violentamente reprimida, el enemigo interno es enmudecido. La “guerra de dos frentes”, inicialmente temida por los fascistas y esperada por los socialistas, no llegó; el frente interno no funciona.⁵

El éxito llama al éxito y ellos no sólo embriagan a las masas, sino también a los dirigentes. Cuanto más grandes sean los éxitos tanto más osados serán los proyectos. Si originariamente la causa que llevó a los dictadores a un comportamiento cada vez más osado en política exterior fue la inseguridad interna, que amenazaba su poder, después lo fueron los éxitos. En el delirio del éxito uno se deja llevar hacia un comportamiento cada vez más insolente. Paulatinamente las reclamaciones nacionales, en un principio justificadas, son remplazadas por *atrevidos planes hegemónicos* —hegemonía sobre Europa y por último sobre todo el mundo. No se trata ya de un nuevo reparto del mundo, sino de su dominación, del dominio sobre toda la tierra y todos los mares.

⁵ A este cuadro hay que agregar que, fruto del auge del armamentismo y de la movilización, se logró reincorporar al aparato de producción, o bien al aparato bélico, el gran ejército hambriento de desocupados. Y aquellos que durante años sufrieron bajo el flagelo de la desocupación sin avisorar alternativa alguna para su situación se sienten inclinados a alabar cualquier orden social que elimine este mal social, cualesquiera que sean los medios que utilice. El Partido Socialista de Suiza escribía, con razón, al Consejo federal: “La consecución del trabajo es una parte tan importante de la defensa nacional como el fomento de la seguridad nacional” (Solicitud del 7 de junio de 1939). Un enorme ejército de desocupados representa siempre un peligro para la estabilidad de la democracia.

Aquello que ni siquiera una fantasía exuberante habría podido imaginar se hizo realidad en la política mundial. “¿Quién ha demostrado más audacia en la fantasía? —pregunta un periodista— ¿nosotros o los hombres de estado?” Durante los últimos meses ni aun los periodistas más fantasiosos pudieron marcar el compás del curso real de los acontecimientos.⁶

II. GUERRA UNIVERSAL

1

Cuando la salida a la crisis permanente del capitalismo tardío no es el socialismo, sino el imperialismo, se hacen preparativos a toda velocidad. Sobre todo en la guerra moderna le es asignado un papel decisivo en las decisiones militares a la supremacía en la producción de material de guerra.

En primer lugar, con el fin de preparar la guerra se utilizan la capacidad de producción y las fuerzas de trabajo inactivas, o sea que no emplea la industria de paz; pero paulatinamente el sector económico bélico sustrae bienes materiales y fuerza de trabajo al sector económico dedicado a la producción para la paz. La industria de la paz se ve cada vez más acosada. El sector productivo que genera el ingreso real del pueblo se reduce en beneficio del improductivo. Toda la economía se subordina a un objetivo: la guerra imperialista. Los costos muertos celebran orgías.

Si los preparativos bélicos devoran sumas enormes y acaban por consumir todas las reservas,⁷ la invasión a países vecinos constituye no sólo una necesidad política, o bien estratégica, sino también una necesidad *económica*. El botín de la invasión será destinado a cubrir los costos muertos.

Si a través de su política exterior un estado busca apropiarse de un nuevo capital, el objetivo de algunas acciones bélicas serán las requisiciones; de este modo, no es preciso que la víctima de la invasión sea, como hasta entonces, un país colonial, pobre en ca-

⁶ *Weltwoche*, Zürich, 8 de octubre de 1940.

⁷ Ambas dictaduras, la alemana y la italiana, gastaron primero las reservas de oro de sus bancos nacionales, luego los dineros de los demás bancos y compañías de seguros, los ahorros, los bienes de los judíos y por último el capital.

pital, que comienza a explotarse económicamente, si bien el botín de guerra será más abundante cuanto más rico sea el país invadido.

2

Alguna vez tendrán que cesar las audaces acciones bélicas; para detenerlas los estados fascistas están permanentemente a la búsqueda de nuevos aliados, y más aun si se tiene en cuenta que los estados democráticos atacados, o bien invadidos, pero que aún no han sido sometidos, escarmentados por los acontecimientos de los últimos años se defienden con tenacidad.

Permanentemente se incorporan nuevos países a la guerra y, por consiguiente, éste se extiende más y más, se vuelve universal. La "guerra relámpago" degenera en una guerra de extenuación, de desgaste. Ya no se lucha por cambios en el poder, sino por la existencia misma. Se juega el todo por el todo. Victoria total o ruina total. Los pueblos se desangran económica y físicamente.

En este estadio el imperialismo conduce a la ruina de todos los pueblos civilizados, los enfrenta a su destrucción. Pone en peligro el enorme edificio de una civilización milenaria y amenaza con precipitar al mundo en una nueva época de barbarie. El progreso técnico, que pudo haber sido una bendición para el mundo, se convierte en su desgracia.

Éste es el *último estadio* del imperialismo.

Si alguna vez el imperialismo fue la quintaesencia del intento de expansión política del mundo capitalista en florecimiento, ahora es la quintaesencia de la política desesperada del capitalismo en extinción. Si alguna vez sus planes de conquista fueron la respuesta de su saturación, ahora son fruto de su agotamiento.

El capitalismo ascendente es constructivo, el descendente destructivo. El capitalismo ascendente trae bienestar, el descendente lo destruye. Ahora aparece el *límite objetivo* de la perpetuación del capitalismo (o bien del fascismo). Éste es el fin de la carrera histórica de este orden social.

III. LA CAPA SOCIAL SUPERIOR

1

Los estados democráticos hubieran podido ofrecer una resisten-

cia exitosa a la ofensiva fascista si desde un comienzo sus fuerzas hubieran estado unificadas. Apoyados por la Unión Soviética hubieran estado en condiciones de ahogar al fascismo en germen. Sin embargo, concertar una alianza con la Unión Soviética y terminar con el fascismo no parecía, en aquel entonces, interesar al capital financiero, la gran industria y el latifundio, sobre todo si se tiene en cuenta que el capital financiero internacional y las altas finanzas de los estados democráticos están estrechamente ligados a los de los estados fascistas; por lo tanto, bajo la máscara de la democracia, la capa superior de las potencias occidentales es ella misma fascista o lo fue hasta hace poco. Así, en estos círculos no se buscó una alianza con la Unión Soviética contra el régimen de Hitler, sino una intervención armada de este régimen contra la Unión Soviética. De este modo, las potencias occidentales carecieron durante largo tiempo de una clara y segura determinación de su objetivo. (Incluso, con el fin de debilitar a la Unión Soviética se fomentó la remilitarización de Alemania). Pero todas las acciones fracasaron debido a la disparidad de intereses. La vacilante posición alentó a los agresores.

Las clases acomodadas de los estados democráticos, que por instinto de clase se hicieron cómplices de las capas acaudaladas de los estados fascistas, en su provocación a la Unión Soviética, fueron entonces sometidas junto a los desposeídos. A la desposesión política sigue paulatinamente la desposesión económica. La capa superior, hasta ese momento remisa a otorgar cualquier concesión a sus connacionales olvidados y que veían su salvación en el fascismo, tuvo que soportar entonces numerosas expropiaciones por parte de las potencias fascistas.⁸

La trascendental nivelación de las diferencias de clase en las regiones ocupadas no se verificó mientras el nivel de vida de

⁸ Sobre "una de las razones que condujeron al fracaso de la resistencia francesa", el corresponsal de guerra del *Daily Express*, Sefton Delmar, escribió lo que sigue: "como temían por sus propiedades en París y en el campo, las clases acaudaladas en Francia [...] hubieran entregado toda Francia al enemigo para asegurarse el disfrute imperturbado de su riqueza [...] Casi todos los observadores de los acontecimientos que tienen lugar en el escenario bélico francés dispensan a los soldados del frente y a la masa de la población francesa el mayor elogio, contrariamente a lo que expresan con respecto a la capa superior francesa" (*Neue Zürcher Zeitung*, 27 de junio de 1940). Influyentes magnates de la industria pesada y de las altas finanzas francesas, cuyo programa tradicional era la formación de una entente industrial franco-alemana, aun pretenden lograr un acuerdo con Alemania, lo cual es un caso típico.

"El egoísmo de las personas crece tanto como el cuadro de su propiedad personal" (J. Mussard).

los desposeídos se elevó y la situación vital de una gran parte de las clases hasta entonces poseedoras llegó al nivel de proletarización.

Pero tampoco en los estados fascistas la clase acaudalada fue beneficiada, pues, en primer lugar, su fortuna fue utilizada para cubrir los enormes gastos de guerra; luego, con el cambio fascista se verificó en cierto modo una transformación social por la que los individuos deseosos de acceder a otras capas sociales llegaron al poder.

Tanto en los estados fascistas como en los países ocupados la delgada capa superior supo preservar su propiedad.⁹ Pero como ella peligraba cada vez más, la delgada capa superior vive permanentemente atemorizada por sus bienes (guerra de nervios).¹⁰

“El establecimiento de la dictadura fascista implica un desplazamiento de las relaciones de poder en el mismo campo de las clases dominantes. No reina ya el conjunto de la burguesía, ni siquiera de la gran burguesía, sino que existe una dictadura de los elementos más reaccionarios e imperialistas del capital financiero sobre todo el pueblo.”¹¹

2

Puestas ante la elección de conservar la democracia, el estado de derecho, el orden pacífico internacional y la humanidad o perder, en cambio, las posibilidades capitalistas de ganancia y el poderío social, indudablemente las clases superiores se decidirían por sacrificar los ideales “liberales” y asegurarse la ganancia.¹² Sin embargo, lo que se sometía a elección no era tan unívoco. Evidentemente, si bien las capas superiores se enfrentan al nuevo orden autoritario de estado y sociedad con una sincera buena voluntad, tuvieron sin embargo serias objeciones contra el régimen fascista.

Que la democracia burguesa es un método de dominación seguro y barato no era una novedad para la capa social superior. Que a largo plazo difícilmente podría el fascismo salvar al capi-

⁹ Pese a que son más limitados, también en los estados dictatoriales se reparten miles de millones en dividendos. (Véase *Agenzia economica finanziaria*, 1942.)

¹⁰ Piénsese en las destrucciones provocadas por la guerra aérea, en la desaparición de ciudades enteras y en la anulación de todo bienestar.

¹¹ E. Varga, *op. cit.*, p. 216.

¹² H. Kramer, *Rote Revue*, Zürich, 1941, p. 293.

talismo, que en el mejor de los casos sólo podría postergar el advenimiento del socialismo, también esto deberían haber tenido en claro desde el comienzo las mentes más esclarecidas de las clases superiores. Por ello si bien en el capitalismo tardío el gran capital “es en general antidemocrático y reaccionario”, se volcó hacia “el fascismo sólo en forma vacilante, allí y cuando la democracia burguesa no pudo garantizar ya su dominación”.¹³ Se podría pensar que el fascismo fue para el capital “el mal menor”; en él percibió la última salida, la última forma histórica de su dominación.

¹³ E. Varga, *op. cit.*, p. 214.

I. OBSTÁCULOS PARA EL DESARROLLO ECONÓMICO

1

Hasta ahora la teoría marxiana de la concentración y de la acumulación ha sido entendida en el sentido de que si es acertada el curso del desarrollo de la economía capitalista tendría que estar caracterizado por los siguientes factores:

1] sustitución casi total e inevitable de la técnica tradicional por la racional, mecanización no sólo de la industria sino también de la agricultura, progresiva absorción de pequeñas y medianas empresas por las grandes o, incluso, de las grandes por unas pocas empresas gigantescas;

2] violenta transformación social: persistente reducción de las capas medias y crecimiento del proletariado;

3] amplia industrialización de los estados agrarios, capitalización del espacio no capitalista a ritmo acelerado y, lo más importante,

4] creciente *concentración de capital*.

Por lo tanto, como resultado final del desarrollo capitalista se esperaba: una explotación más o menos completa del espacio no capitalista, la eliminación casi total de los restos de modos de producción precapitalistas, un grandioso aprovechamiento de las modernas innovaciones técnicas, una concentración y centralización de la producción mucho mayor, la profunda modificación de la pirámide social (desaparición de la clase media) y, sobre todo un creciente exceso de capital.

Consecuentemente se pensó: mientras haya países en los que el capitalismo aún no ha puesto el pie, o cuyo desarrollo capitalista no está aún lo suficientemente avanzado, el derrumbe del capitalismo no es inevitable. La catástrofe sobrevendría sólo después de la capitalización del espacio no capitalista.

El desarrollo real no difiere demasiado del esperado.

2

¿Bajo qué condiciones se habrían hecho realidad las predicciones y los supuestos?

La predicción sería acertada si la reducción del consumo masivo y el forzamiento de la acumulación no hubiera generado las enormes tensiones y fuerzas disolventes que originan perturbaciones que actúan acumulativamente en la vida económica y política. La predicción, por lo tanto, se hubiera realizado si los valores escatimados al pueblo trabajador no hubieran sido desperdiciados en la forma de *faux frais*.

Si no faltara demanda o fuera posible ajustar tranquilamente la producción social a la demanda, con instrumentos de trabajo anticuados y procedimientos de producción superados, las pequeñas y medianas empresas habrían desaparecido hace tiempo, sin dejar rastros, de la superficie de la tierra. Sólo se aplicarían modernos y efectivos métodos de producción; empresas grandes y gigantescas aprovisionarían el mercado.

El proceso de racionalización pasaría rápidamente de los países económicamente adelantados a los retrasados. Una poderosa corriente de capital, que podría ser colocado productiva y rentablemente sin dificultades, se derramaría sobre ellos. La penetración capitalista del espacio no capitalista se acercaría pronto a su consumación a pesar de los diversos obstáculos culturales y políticos que deben ser superados en los países atrasados. El capital victorioso podría renunciar a medios estatales autoritarios y coercitivos como alguna vez soñó el liberalismo.

Semejante "imperialismo" pacífico se convertiría también en una efectiva profilaxis para las crisis. Hasta la capitalización del espacio no capitalista las crisis periódicas desaparecerían. La economía capitalista conocería sólo un movimiento ascendente, no un movimiento pendular.

De este modo, desaparecería el colosal peso de los costos muertos, que grava la economía actual. El capital podría multiplicarse rápidamente y la concentración de capital sería posible no sólo en los viejos países capitalistas, sino también en el hasta entonces espacio no capitalista. El capitalismo sólo llegaría a su fin después de la racionalización de todo el globo terráqueo, después de la nivelación del aprovisionamiento de capital de todos los países dominadores, después de alcanzar el punto cero en el desnivel del interés del capital de todos los rincones de nuestro planeta.

Un "capitalismo" semejante cumpliría su "misión" histórica en

un tiempo relativamente corto. Sin embargo, las enormes tensiones políticas, sociales y económicas y, como fruto de ello, los costos muertos que crecen a un ritmo acelerado, frustraron esta misión del capitalismo.

3

El carácter antagónico de la economía capitalista, que ocasiona una creciente brecha entre la capacidad productiva y la capacidad consuntiva de los pueblos, se tradujo "dinámicamente" de un modo peculiar: generó a partir de sí fuerzas retardantes, que operan contra las progresivas. Y que, como marchan en sentido contrario, desviaron la curva real de la economía capitalista con respecto a lo previsto.

La disminución del consumo en beneficio de la acumulación y las tensiones y perturbaciones que causó este hecho ejercieron una influencia paralizante sobre el desarrollo económico, impidiendo una transformación total de la estructura económica con acuerdo a las exigencias de la técnica moderna y a las posibilidades de producción; además impidieron la total supresión de los métodos productivos arcaicos, obstaculizaron una aplicación rápida y generalizada de las nuevas innovaciones técnicas (en la industria de paz) y moderaron la concentración de la producción; dificultaron la transformación social en la medida en que subsistieron restos de la vieja clase media (pequeños productores y pequeños comerciantes),¹ cultivaron artificialmente una nueva clase media improductiva (agentes, representantes, viajeros, etc.) y redujeron el número de obreros ocupados; frenaron la total supresión de la libre competencia a través de uniones monopólicas de empresarios y, por lo tanto, obstaculizaron el desarrollo de la competencia al monopolio.

Por último, frenaron la acumulación y la expansión del capitalismo en el espacio no capitalista y, finalmente, provocaron un agotamiento del capital en lugar de su concentración.

El insaciable afán de ganancias tuvo como consecuencia crecientes costos muertos. El crecimiento de dichos costos, inicial-

¹ El temor por la suerte del obrero desposeído o incluso por la existencia del desocupado lleva a los hijos de los pequeños campesinos a obtener suelo a cualquier precio, y a los hijos de los pequeños burgueses a buscar refugio en la tradicional manufactura o en el multiplicado comercio minorista. El hecho de que se hayan conservado tantas empresas medianas y pequeñas se explica no tanto por una conveniencia técnica, como por una apremiante situación social.

mente lento, se fue haciendo más rápido y paulatinamente superó al de la acumulación. Los capitales sobreacumulados fueron absorbidos cada vez más por los crecientes costos muertos. La capitalización del espacio no capitalista adquirió un ritmo lánguido. El capitalismo comenzó a estancarse antes de que los viejos países industriales estuvieran saturados de capital y antes de que la finalización de la explotación industrial del espacio no capitalista se hubiera acercado a su fin. La crisis permanente comenzó mucho antes de que todo posible resto de la economía precapitalista estuviera liquidado, antes de que "la producción capitalista se convirtiera en única y exclusiva en todos los países y en todos los campos de la producción".

APÉNDICE

1

"El proceso de capitalización del espacio no capitalista sólo se halla —escribe Alfred Braunthal— en sus comienzos. Desde un punto de vista puramente espacial, sólo una insignificante parte de la tierra [...] está organizada en forma verdaderamente capitalista [...]. Pero si examinamos las causas de la asombrosa lentitud que presenta el proceso de capitalización, podremos [...] comprobar que, comparándolo con la necesidad de capitalización de estas regiones, hay demasiado poco capital disponible para invertir en el mercado externo. La idea de que desde hace no mucho tiempo el mundo capitalista se asfixia por exceso de capital es completamente imaginaria. Por el momento sólo podemos observar que el mundo padece de una escasez muy grande de capital."²

De la "asombrosa lentitud" del proceso de capitalización no es culpable la carencia de capital, sino la falta de consumo. Si la demanda es escasa y el mercado mundial no está en condiciones de absorber, la racionalización de regiones económicamente atrasadas deberá seguir un ritmo lento pese a la plétora de capital. El capital no puede ser invertido sin tener en cuenta las tareas económicas planteadas.

Pero aunque falten inversiones rentables para el plusvalor acumulado, el capital inactivo no permanece intacto pues la sobre-

² A. Braunthal, *Die Wirtschaft der Gegenwart und ihre Gesetze*, Berlín, 1930, pp. 165 y ss.

acumulación —producto de la diferencia entre la acumulación técnicamente necesaria y la real— origina costos muertos. Y puesto que esta diferencia aumenta con el progreso técnico, también aumentan los costos muertos que absorben el capital acumulado, sobre todo porque la sobreacumulación origina perturbaciones que operan acumulativamente.

Si de todos modos en el capitalismo ascendente resultaba un saldo activo, en el capitalismo descendente el saldo es pasivo. Si en el alto capitalismo los costos muertos sólo absorbían el capital excedente, en el capitalismo tardío también absorben el stock de capital.

La capitalización del espacio precapitalista no puede perfeccionar más al capitalismo. La tarea de racionalizar la producción en países económicamente retrasados tendrá que recaer en el socialismo.

Es erróneo creer que sobreacumulación significa solamente una acumulación de capitales en busca de inversión a los que puede recurrirse a voluntad en cualquier momento para racionalizar la producción. Antes bien, la sobreacumulación representa una *fuerza dinámica*, una fuerza que opera *destructivamente*.

Por ello tampoco es correcta la hipótesis según la cual cuanto más envejezca el capitalismo, mayor será la riqueza que deja tras de sí. Sí como cree Schumpeter,³ el supuesto material más importante del socialismo fuera la concentración del capital, jamás se podría llegar al socialismo.

Lo importante no es la cantidad de capital acumulado, sino el grado de desarrollo de la técnica productiva. La capacidad humana, la productividad del trabajo, es decisiva para la conducción económica,⁴ y en este aspecto el capitalismo cumplió su función histórica.

2

“La extraordinaria diversidad y variedad de formas de los fenómenos de concentración” no soporta —escribe Fritz Haussmann— “una solución teórica tan considerablemente simplificadora como la ‘teoría de la inevitabilidad’ (teoría de la concentración).”⁵

³ J. Schumpeter, *op. cit.*, p. 297.

⁴ “La productividad del trabajo es, finalmente, lo más importante, lo decisivo para la victoria del nuevo orden social” (Lenin).

⁵ F. Haussmann, *Die wirtschaftliche Konzentration an ihrer Schicksalswende*, Basilea, 1940, p. 50.

La “extraordinaria diversidad y variedad de formas” de los fenómenos de concentración no se explica solamente por las necesidades técnicas y de organización, sino principalmente por las dificultades que enfrenta el desarrollo de las fuerzas productivas. Al impedir el completo despliegue del potencial económico, simultáneamente la reducción del consumo frena también la concentración. Si el consumo marchara al compás de la producción, el proceso de concentración sería “inevitable y unívoco”.

En algunos casos, la tendencia a la concentración se impone modestamente a pesar de los obstáculos; en otros el movimiento de la concentración resulta detenido por ellos,⁶ y hay casos, incluso, en los que se verifica un proceso de involución.⁷ Por consiguiente, la “infinita variedad” es una consecuencia de las contradicciones capitalistas, de sus efectos y repercusiones y de ninguna manera de las necesidades de la economía nacional. Por el contrario, es un fenómeno económicamente perjudicial.

Eduard Bernstein objetó en su momento a la teoría marxiana de la concentración: Marx expuso correctamente las tendencias específicas del desarrollo, sólo que en sus conclusiones finales no consideró los factores que contrarían este desarrollo.

Por lo tanto, Bernstein conocía ya los factores retardantes, pero no advirtió que ellos no son exógenos, sino inmanentes al desarrollo, fuerzas que resultan necesariamente de la sobreacumulación. No vio que se trata aquí de las repercusiones del forzamiento de la acumulación a expensas del consumo.

El establecimiento de “factores retardantes”, las desviaciones de la dirección general del desarrollo, no contradicen la teoría de la acumulación y de la concentración; por el contrario, la confirman.

A diferencia de Bernstein, Rudolf Hilferding cree en la posibilidad de una intensa concentración de la producción; imagina el punto final ideal del desarrollo capitalista de la siguiente manera:

⁶ Muchas veces la concentración es impedida consciente y planificadamente; por ejemplo, para obstaculizar la racionalización del comercio minorista provocada por las grandes empresas, las pequeñas empresas organizaron “movimientos políticos” [...] “Sí, finalmente el aparato del estado y la constitución fueron puestos al servicio de la tarea de impedir lo que en realidad debería haber sido promovido desde el punto de vista de la economía nacional” (E. Böhler y H. Dütschler, *Allgemeine Grundsätze der schweizerischen Wirtschaftspolitik*, Zürich, 1940, p. 72).

⁷ En algunos países, por ejemplo, se llegó tan lejos que se sustituyen tractores por arados tirados por caballos, se limita la utilización de abonos artificiales, y en lugar de complicadas máquinas se emplea el trabajo manual. (E. Varga, *op. cit.*, p. 99.)

la concentración de la producción está muy avanzada, la industria totalmente cartelizada. El cártel general regula conscientemente el conjunto de la producción, fija los precios y se ocupa de la distribución de los productos. Finalmente, la economía capitalista es dirigida centralizadamente y planificadamente organizada.⁸

Tampoco esta predicción computó la divergencia en el curso del desarrollo; pasó por alto que precisamente con la concentración del capital, o sea con el poder en pocas manos, se incrementa enormemente la diferencia entre la capacidad consuntiva y la capacidad productiva del pueblo, diferencia que ejerce efectos destructivos y siempre origina nuevas perturbaciones en la vida política y económica. Estas perturbaciones obstaculizan el proceso de concentración e impiden una total cartelización de las ramas de la producción sobre suelo nacional, y menos aun, claro está en el extranjero. Las calamidades que se acumulan complican y desorganizan la economía nacional. Todos los intentos por ordenar y conducir una economía semejante fracasan necesariamente.⁹

II. FASCISMO, CONCENTRACIÓN Y ACUMULACIÓN

1

El fascismo continúa el proceso que, si bien originado en el capitalismo, luego se ve frenado, consistente en el pasaje de la pequeña a la gran empresa y de la libre competencia al monopolio. En primer lugar, éste tiene como consecuencia guerras imperialistas en gran escala; además, supedita toda la economía al servicio de la guerra. Pero las guerras, que sustituyen el inexistente consumo de la población civil por el enorme consumo del ejército, crean los supuestos necesarios para el libre desarrollo de las fuerzas productivas atrofiadas por la crisis permanente del capitalismo tardío. Las guerras activan la paralizada economía.

La industria bélica que todo lo devora obliga a la máxima pro-

⁸ R. Hilferding, *Das Finanzkapital*, 2a.ed., Viena, 1920, pp. 314 y ss.

⁹ El desarrollo sigue la dirección de los monopolios; pero no puede existir un monopolio mundial. Los numerosos "monopolios que nacen de la libre competencia no la eliminan sino que existen por encima de ella y al lado de ella engendrando así contradicciones, razonamientos y conflictos". (Lenin, *Imperialismus als jüngste Etappe des Kapitalismus*, Hamburgo, 1921, p. 90. [El imperialismo, fase superior del capitalismo, en *Obras escogidas*, t. 1, p. 761.]

ductividad en la economía. Para encontrar una compensación a la aplicación improductiva deben ser empleadas todas las fuerzas productivas y aplicados los más efectivos procedimientos de producción. La producción se normaliza y estandariza; se producen grandes series unificadas según métodos y patentes uniformes; en la industria y en el comercio (incluso, en alguna medida, en la agricultura) las empresas medianas y pequeñas son anuladas y las capas medias obligadas a proletarizarse.¹⁰

La concentración y monopolización de la producción son aceleradas y llevadas al extremo.¹¹

También en los demás estados beligerantes la concentración resulta poderosamente activada por la guerra. Puesto que durante la guerra la capacidad de producción está sobreexigida, es necesario mecanizar intensamente el proceso de producción.

Sólo la segunda guerra mundial, y el enorme consumo militar, hicieron posible la concentración de la producción, desde largo tiempo atrás conveniente desde el punto de vista técnico pero frenada por la disminución del consumo civil. El inmenso consumo de la guerra mundial desarrollada con técnica moderna, que planteó la necesidad de eliminar el funcionamiento poco rentable, dio lugar a la tan esperada concentración de la producción. Una vez que los enormes huecos del consumo civil fueron cubiertos con el consumo militar, fue posible recuperar en pocos años lo que se había perdido en muchas décadas.

2

Si hasta el ascenso al poder del nacionalsocialismo la economía se había caracterizado por una gran paralización, la característica fue ahora de una gran actividad. Sin embargo, el resultado fue aun peor: el continuo retroceso del sector económico productivo. Si hasta en-

¹⁰ Las teorías, "antiguamente defendidas por los teóricos nacionalistas, que planteaban la subsistencia del pequeño campesino, del pequeño artesano, del pequeño comerciante, del pequeño fabricante frente al grande" experimentaron una importante modificación. Actualmente impera la "tendencia a la estandarización y coordinación en el sector económico: no pequeñas sino grandes empresas, no pequeños, sino grandes espacios". (A. S., "Deutsche Grossraumwirtschaft", *Weltwoche*, 15 de mayo de 1941.)

¹¹ La concentración en el campo económico va acompañada de una concentración en el campo político: los estados pequeños son absorbidos por los grandes; los estados pequeños y débiles deben inclinarse ante los militarmente fuertes o, al menos, convertirse en dóciles acompañantes de una gran potencia. La rivalidad entre los grandes no significa ya una protección para los pequeños.

tonces fue la crisis económica mundial y, consecuencia de ella, la violenta reducción de la producción ("sabotaje de la producción", según Veblen) la que transformó la sobreacumulación en subacumulación, ahora lo fue el gigantesco armamentismo. Si hasta ese momento se había abandonado la producción de valores, ahora se pasó a la producción de valores muertos.

A ello hay que añadir que si bien la política económica fascista promueve el desarrollo de las fuerzas productivas en cierto sentido, lo frena en otros. El fascismo fortalece tendencias, ya existentes, a la involución.

Actualmente se consume ante nuestros ojos la reagrarización de los estados industriales mientras los estados agrarios se ahogan en sus excedentes de materias primas agrarias; explotación de minas improductivas en el interior del país en vez de aprovechar las abundantes riquezas naturales de otros países; reorientación de la producción industrial hacia la satisfacción del consumo interno pese a que las naciones han alcanzado ya una productividad indiscutiblemente mayor producto de una división del trabajo altamente diferenciada.

Prescindiendo de los tiempos de guerra, en lugar de un creciente entrelazamiento de las diferentes economías nacionales observamos un bloqueo hacia afuera cada vez mayor, el desarrollo regresivo desde la economía mundial hacia la autarquía de la Edad Media y, como consecuencia, disminución del comercio exterior, paralización del crédito interestatal, desorganización del sistema monetario internacional, etc., etcétera.

Pese a la incorporación del conjunto de las fuerzas productivas hasta entonces inactivas al proceso de producción, pese al incremento de la concentración, pese al empleo de métodos de producción más eficaces, pese a la prolongación de la jornada de trabajo, al aumento de la intensidad del trabajo y la disminución de los salarios, el fascismo no contribuye al crecimiento sino a la destrucción del capital. La reserva de capital no sólo no aumenta sino que disminuye. La posibilidad de una concentración de capital aparece cada vez más distante. De este modo, el fascismo corona el hundimiento del capitalismo sin haber llevado a cabo la capitalización del espacio no capitalista. La causa última del derrumbe no será una crisis de sobreacumulación, sino una crisis de agotamiento.

Pese al vertiginoso progreso técnico, pese al fabuloso control sobre las fuerzas naturales y al enorme aumento de la productividad del trabajo, pese al triunfo del hombre en su lucha contra la

naturaleza, finalmente el capitalismo dejará tras de sí no exceso sino escasez.

Si bien el fascismo prolonga la existencia del capitalismo, le prepara un final poco honroso.

III. LA CRISIS DE LA CULTURA

En un principio sólo se obstaculizó el desarrollo hacia el bienestar; más tarde se contrarrestó el desarrollo ulterior y finalmente se inició un proceso regresivo. Sin embargo, el movimiento contrario no sólo se reduce a la economía: comprende toda la vida social.

Las libertades humanas obtenidas mediante difíciles luchas a lo largo de siglos, los derechos humanos elementales —inviolabilidad de la persona, igualdad fundamental de todos ante la ley, libertad de palabra, de prensa, de reunión y de domicilio— se ven ahora seriamente amenazados. El estado de derecho liberal se desmorona, los fundamentos democráticos liberales del estado burgués son destruidos. Simultáneamente se verifica una involución del derecho internacional y de la justicia interestatal.

La vida espiritual es devastada; se retorna a formas de vida y de cultura ya superadas: antiintelectualismo, propagación del uso arbitrario de la fuerza y de la desenfrenada vida instintiva. Imperan los bajos sentimientos, el cinismo y la brutalidad.

La conservación forzosa de un sistema económico decadente tiene como consecuencia la decadencia ideológica, moral y espiritual. Ésta es la legalidad propia del acontecer.

Antes de abandonar el escenario de la historia, el capitalismo destruye todo lo positivo que ha creado y que, pese a sus deficiencias, le permitió sobrevivir a varias generaciones.

IV. OBSTÁCULOS DEL DESARROLLO POLÍTICO

1

Los obstáculos al desarrollo económico generan necesariamente obstáculos al desarrollo político. Tampoco estos últimos fueron

tomados suficientemente en cuenta en la evaluación de las tendencias del desarrollo hechas por los socialistas.

Los socialistas *reformistas*, que pretendían una evolución pacífica hacia el socialismo, depositaron en parte sus esperanzas en el accionar de los obreros políticamente organizados y en parte en el accionar de los sindicatos (teoría de las relaciones sociales de poder).

Los partidarios de dicha orientación contaban con que los sindicatos estarían capacitados para imponer condiciones de trabajo cada vez mejores y, fundamentalmente, para lograr una influencia creciente de la clase obrera sobre la conducción económica ("democracia económica").

Esta orientación no tuvo en cuenta que la organización del capital es incomparablemente más fácil que la del trabajo, y que, si bien en el capitalismo ascendente las fuerzas de los obreros organizados crecen en términos absolutos, simultáneamente, disminuyen en términos relativos. Subestiman el hecho de que el desarrollo del capitalismo trae consigo un prodigioso fortalecimiento del capital, la concentración de un poder inmenso en pocas manos; por lo tanto, la desigualdad de las partes contratantes aumenta y se resuelve con las armas una lucha entre gigantes y enanos,¹² sobre todo si se tiene en cuenta que la clase acomodada posee, junto a la superioridad económica, una enorme superioridad espiritual pues no sólo controla la vida económica, sino también el aparato gubernamental y cultural, el sistema escolar, la prensa, etcétera.¹³

Los representantes de esta tendencia olvidaron que con la madurez del capitalismo se agrava el antagonismo de clases, y que a su vez las relaciones antagonicas de distribución originan crecientes costos muertos, costos que no sólo obstaculizan una progresiva mejora del nivel de vida de los obreros, sino que, en un

¹² Indudablemente. el "desarrollo hacia la gran empresa empeoró la posición de los obreros en la lucha salarial. Es cierto que el movimiento sindical logró importantes adelantos, pero frente a las grandes corporaciones (cárteles, trusts) quedó casi siempre en desventaja". (R. Liefmann, "Trusts", *Hwb. d. Stw.* 4a. ed., t. VIII, p. 308.) "El capital financiero, una minoría verdaderamente insignificante [...] que confiere al derecho de propiedad un poder casi sobrenatural [...]" (Th. Veblen).

¹³ "La historia del último siglo se convirtió [...] en gran medida en la historia de un grupo de capitalistas y titanes del dinero, cuyos métodos no fueron exactamente comprobados y a los que se rendían honores en consonancia con los éxitos, sin consideración por los medios a través de los cuales triunfaron" (F. D. Roosevelt, *Das neue Amerika*, Lucerna, 1937, p. 16).

determinado estadio del desarrollo capitalista, amenazan el nivel de vida alcanzado y desintegran las organizaciones sociales.

Pero especialmente olvidaron que la brecha cada vez más profunda entre la capacidad de producción y la de consumo agrava las crisis e incrementa terriblemente la excesiva oferta de fuerza de trabajo, lo que debilita catastróficamente la posición de los obreros en la lucha social.

Además, los socialistas reformistas sostuvieron la opinión de que con la ayuda del voto, por la vía de la evolución democrática, la economía podría ser llevada paulatinamente del capitalismo al socialismo.

Ellos creían que con un mayor esclarecimiento político y una mejor organización de los obreros aumentarían los votos de los electores y los mandatos parlamentarios, lo cual haría posible imponer reformas sociales. El nivel de vida del pueblo trabajador se elevaría y, con el creciente consumo, se ampliaría la producción. Puesto que la creciente producción requeriría un creciente ejército de trabajo, la clase obrera crecería y se constituiría una mayoría socialista en el parlamento. De este modo, el socialismo se efectivizaría por la vía de la expansión pacífica.

Pero la esperanza de que en el capitalismo el proletariado esté en condiciones de lograr un alza en el nivel de vida acorde con la creciente productividad del trabajo no se realizó. De todos modos, sólo bajo el supuesto de que el consumo de las masas marcha al compás de la producción, la producción podría ampliarse, la desocupación desaparecer y el número de los ocupados aumentar; sólo en este caso podría haber acuerdo entre el electorado proletario y evitarse la fractura del partido.

Si en el capitalismo, por otra parte, hubiera sido posible elevar el consumo del pueblo de acuerdo con la creciente productividad del trabajo, es lógico que las masas carecieran de interés para modificar la estructura económica.

2

A diferencia de los reformistas, los socialistas *revolucionarios*, que se basaban en la teoría de la pauperización y no confiaban en un ascenso social de la clase obrera en el capitalismo, preveían el advenimiento al socialismo de la siguiente manera:

El nivel de vida del proletariado no mejorará o al menos no lo hará acorde con las posibilidades técnicas; la insuficiencia del poder adquisitivo agravaría las crisis. La creciente insatisfacción

del proletariado, que cada vez es más numeroso, generaría y fortalecería la voluntad para modificar la organización económica.

Además, los pequeños comerciantes e industriales, cuyos fundamentos económicos serían socavados más y más, se verían obligados a proletarizarse; también se proletarizarían los profesionales, empleados e intelectuales, lo cual aumentaría los antagonismos de clase y produciría una polarización más clara en dos clases. El cambio social estaría seguido por una reorganización política. Habría sólo pocos partidos, en lo posible sólo dos: el partido de las masas trabajadoras y el partido de una delgada capa de magnates del capital. Aquí la burguesía, allí el proletariado.

El desarrollo fue diferente, no rectilíneo, sino disonante. La economía se desgastó cada vez más debido a las contradicciones internas. Junto a las fuerzas progresivas operaban las retardantes. El desarrollo económico fue frenado cada vez más, lo cual influyó sobre el desarrollo político.

En una época en la que los partidos obreros parecían estar en el umbral de la conquista del poder político, cesó la expansión de la producción (de tiempos de paz) y se inició un proceso de recesión con todas sus consecuencias desfavorables.

Debido a la retracción de la producción el número de obreros ya no creció y éstos se dividieron ahora en ocupados y desocupados. Como consecuencia del detenimiento de la concentración de la producción, la vieja clase media subsistió, mientras aparecía una nueva.¹⁴ Esto entorpeció la *transformación social* y el cambio de la relación política de fuerzas.

La actividad paralela de fuerzas progresivas y retardatarias y, como consecuencia de ello, la disonancia del proceso de desarrollo económico no sólo demoraron el cambio social, sino que —más grave aun— dificultaron la orientación política: enturbiaron la conciencia clara, llevaron a conclusiones inexactas y ocasionaron confusión en las opiniones.

Por otra parte, los intereses de ocupados y de *desocupados* no coincidían, lo cual afectó más aun la unidad del proletariado. Entre la clase obrera no se consolidó aquella armonía de intereses, aquella concordia que alguna vez soñaran los marxistas. Por el contrario, ésta desperdició fuerzas en luchas internas, lo que debilitó su resistencia hacia el exterior. En lugar de la esperada concentración o reunión en un partido, se produjo un fracciona-

¹⁴ Cuanto más se complicaba la economía más aumentaba el número de empleados, funcionarios y representantes de diferentes profesiones improductivas. (Véase *supra* p. 164.)

miento de partidos. El partido obrero se dividió y uno de los dos nuevos partidos resultantes concentraba a los desocupados, desengañados y resignados.

Si a raíz de la división partidaria no fue posible una acción unificada de los obreros políticamente organizados, aún habría que añadir otro dato: la falta de un acuerdo más íntimo y una cooperación más estrecha entre partido y sindicatos del que hubiera sido necesario para lograr una acción política eficaz.

Las capas pequeñoburguesas de la ciudad y del campo fueron apartadas del movimiento socialista. A pesar del empobrecimiento de la *clase media*, no se verificó su acercamiento al movimiento obrero. Pese a que la clase media que había subsistido como fruto de las contradicciones capitalistas, y la que surgió posteriormente se vio duramente afectada por la crisis económica, no se identificó, sin embargo, con la ideología proletaria. Ante el proceso de pauperización que sufría el proletariado desde hacía ya mucho tiempo y los duros golpes que recibió por la existencia de la crisis, la clase media se horrorizaba por la posibilidad de correr igual suerte que los proletarios desposeídos y buscó por todos los medios evitar su proletarización. De este modo, pese a la insatisfacción generalizada, no se constituyó una voluntad popular unificada para modificar la estructura económica.

El fascismo aprovechó esta situación mediante una intervención rápida y decidida, y se sabe que “un puñado de hombres decididos” tiene la “posibilidad de la victoria sobre cientos de miles de vacilantes” (M. Beck).

La desesperante situación empujó a las acosadas clases medias a los brazos del fascismo; éste, por su parte, supo cómo enfrentar a los sectores proletarizados de la clase media contra el proletariado obrero. La arruinada clase media, cuyos sentimientos anticapitalistas fueron aprovechados mediante una hábil propaganda, se convirtió en el ariete contra el movimiento socialista. De este modo, las capas pequeñoburguesas ayudaron al fascismo, que veían como su salvador pero luego fue su sepulturero, a obtener sus primeros éxitos de masas.

3

La organización política que corresponde al capitalismo competitivo es la democracia burguesa (igualdad política de los ciudadanos); al capitalismo monopólico, por el contrario, corresponde la dictadura del capital (oligarquía financiera). En la medida en que

las contradicciones capitalistas frenaron el proceso de concentración y de acumulación y también, por lo tanto, la transformación de la estructura económica y de la estratificación social, también frenaron con ello la transformación de la *organización política*.

En algunos países las instituciones pudieron mantenerse porque la disonancia del desarrollo económico y la consecuente desunión del proletariado no hicieron imperiosamente necesaria su liquidación. Otra de las razones que explican la ausencia del nuevo orden autoritario en estos países reside en que la misma disonancia económica también tuvo como consecuencia la desunión entre los burgueses, lo cual impidió la constitución de un cerrado frente burgués.

Sin embargo, durante los años anteriores al estallido de la devastadora guerra actual, en todos los países capitalistas, incluso en los marcadamente democráticos, se verificó la tendencia a suprimir las instituciones democráticas, a limitar el control popular. Tampoco faltó el intento de liquidar el parlamento en beneficio del ejecutivo, de concentrar el poder político en el poder ejecutivo. De este modo, por doquier las democracias revelaron graves síntomas de corrupción.

El éxito político que esperaba el socialismo no se presentó. El desarrollo siguió otros rumbos. A las ilusiones siguieron los engaños.

En la evaluación de la tendencia del desarrollo no se tuvo en cuenta, o al menos no se consideró en toda su trascendencia, que las contradicciones capitalistas frenan más y más el desarrollo económico, lo que tiene como consecuencia obstáculos crecientes al desarrollo político.

“Nuevamente se demostró que la lucha socialista no puede conducir al objetivo sin una fundamentación teórica, pues las ilusiones y desengaños tienen su origen no en la naturaleza del socialismo, sino en el *conocimiento deficiente del proceso de desarrollo social y sus fundamentos*” (R. Grimm).

C. PANORAMA

I. CRISIS Y GUERRA

En tiempos de paz aumenta en los países industriales el excedente no vendible de mercancías, o bien la capacidad de producción per cápita de la población que no se aprovecha. A partir de la creciente sobreproducción en los estados industriales, los estados agrarios se ven obligados a acelerar su industrialización para transformar ellos mismos sus materias primas de otro modo no vendibles, lo cual acrecienta el número de países que padecen sobreproducción. De este modo las zonas de colocación de los viejos estados industriales se reducen, lo que empeora la situación. Con la transformación de la técnica agrícola y la penetración del modo capitalista de producción en la esfera agraria a la sobreproducción industrial se une la agrícola y la sobreproducción adopta dimensiones cada vez mayores. Además, si en vez de una ampliación del consumo se verifica una reducción de la producción, lo que a su vez repercute sobre el consumo, se contrae el conjunto de la economía.

Si alguna vez las crisis sólo afectaban a reducidos sectores de la vida económica, paulatinamente se extendieron a casi todas las esferas de la actividad económica humana.

Al comienzo los intervalos entre las crisis que afectaban a la economía eran mayores; luego las buenas coyunturas y las depresiones se alternaron en períodos más o menos iguales: las dos principales fases del ciclo industrial se equilibraban. Más tarde las crisis cobraron mayor gravedad y longitud; por el contrario, las épocas de prosperidad fueron más cortas; en lugar de las crisis económicas hicieron su aparición cada vez con mayor frecuencia las crisis políticas, las *guerras*. En este último estadio del desarrollo se alternan largas crisis políticas (o guerras) y cortas prosperidades.

Para eliminar los grandes excedentes de capital y restablecer así el perturbado equilibrio interno entre producción y consumo, en la etapa del capitalismo maduro —que se caracteriza por la enorme capacidad de producción— no basta ya reducir la producción ni la contracción de la economía en los tiempos de depresión. Durante este estadio de desarrollo se hacen necesarios métodos de destrucción más eficaces, y el más eficaz es la guerra desarrollada

con la técnica moderna, que supone un enorme exceso de consumo. Sólo el gigantesco consumo bélico y los enormes estragos ocasionados por la guerra provocan la escasez tan vivamente esperada por el mundo le los negocios, es decir el supuesto para la futura "prosperidad".

En cualquier otra formación económica —y también desde el punto de vista del sano entendimiento humano— la guerra es, indiscutiblemente, un mal negocio. Por el contrario, bajo las relaciones imperantes ejerce una función económica necesaria, se convierte en un "negocio políticamente realista".

Lo que acabamos de decir acerca del exceso de medios de producción materiales también se aplica al exceso de los medios de producción humanos. Durante el capitalismo ascendente la desocupación sólo tenía un carácter coyuntural: los obreros arrojados a la calle durante las crisis eran nuevamente absorbidos en tiempos de prosperidad debido a la existencia de una economía en expansión. En la mejor coyuntura del capitalismo descendente queda un resto de desocupados imposible de reabsorber. Entonces los desocupados permanentes sólo desaparecen del mercado de trabajo cuando pueden ser empleados por la industria bélica o utilizados como soldados, como carne de cañón en el escenario de la carnicería mundial.

Evidentemente la guerra no puede suprimir totalmente la crisis; ella destruye no sólo valores materiales, sino también, masivamente, jóvenes vidas humanas; por consiguiente no puede repetirse cada 7 o 10 años, sino como mínimo cada 20 o 25 años (de generación en generación). Y así en el capitalismo tardío el ciclo industrial muestra el siguiente sistema de turnos: un ciclo que se compone de prosperidad y guerra es seguido por otro que se caracteriza por un período de prosperidad y otro de crisis. Cada dos guerras se inserta una crisis (1914-1918 guerra, 1929 crisis, 1939 guerra).

Si la economía capitalista debe subsistir, con el avance en la técnica armamentista y el perfeccionamiento de la técnica de destrucción desaparecería, por cierto, la sobreproducción. La reconstrucción de la economía después de cada guerra requeriría la vida de una generación; cada generación destruiría todo lo que la anterior ha construido para volver a empezar desde el comienzo.¹

¹ Con frecuencia se escucha: "Alemania [es] un país completamente capitalista [...]. El conjunto de medidas actuales de conducción estatal y de dirección económica que comprometen al estado, de reducción de las ganancias, etc., representan simplemente necesidades condicionadas por la guerra y que,

APÉNDICE

Hallar las verdaderas causas de la tendencia a la crisis permanente supone reconocer el fracaso definitivo del capitalismo. El deseo, consciente o inconsciente, de evitar esta conclusión lleva a que la literatura económica oficial conciba hipótesis ajenas a la realidad. Mentas predispuestas desde el punto de vista teórico en vano se esfuerzan desde hace años por construir una teoría fantástica de las "largas ondas".² Poco antes del estallido de la segunda guerra mundial, algunos autores predispuestos teóricamente (lamentablemente también algunos socialistas) hicieron intentos por explicar la última crisis, que sólo fue interrumpida por la guerra, no como un síntoma del hundimiento del capitalismo, sino como una *repercusión de la primera guerra mundial*. Debido, supuestamente, a la no existencia de una organización económica unificada, de una planificación unificada, desde la primera guerra mundial y durante dos décadas y media la economía no pudo retornar a sus cauces normales.³

Si sólo se trataba de reparar los estragos causados por la primera guerra mundial y de efectuar los cambios necesarios en la economía, hace tiempo esta tarea hubiera sido realizada. Aun sin una planificación centralizada, se podría haber terminado hace tiempo con la enorme capacidad productiva del moderno aparato de producción y con la gran actividad del empresariado capitalista; de este modo, nadie recordaría ya las consecuencias de la primera guerra mundial. Si luego del restablecimiento de la paz no se hubieran presentado las disproportionalidades específicas del capitalismo, tampoco hubieran aparecido todas las demás complicaciones. Por consiguiente, si la guerra hubiera suprimido, no

por tanto, desaparecerán tan pronto la antigua economía de paz ocupe el lugar de la actual economía de guerra." (*Welwoche*, 27 de junio de 1941.) Esta afirmación es simultáneamente correcta y falsa. Evidentemente el fascismo es un intento por impedir el advenimiento del socialismo y corresponde a las intenciones de los actuales conductores de Alemania, Italia, etc., volver a implantar —si bien bajo una nueva forma— la anterior economía. Pero mientras no haya sido abolido el capitalismo, la economía de paz no puede ocupar en forma permanente el lugar de la economía de guerra. Si se conserva el capitalismo que sobrevivió históricamente de manera artificial, adquirirá el carácter de capitalismo de guerra, con todos sus fenómenos concomitantes, indeseados no sólo para la clase obrera sino también para las clases dominantes.

² Véase Moszkowska, *Zur Kritik moderner Krisentheorien*, p. 108.

³ Con ello se intenta atribuir la guerra mundial no a las fuerzas inmanentes al capitalismo sino a factores accidentales.

en forma transitoria sino permanentemente, la desproporcionalidad entre la capacidad productiva y la capacidad consuntiva, característica de la naturaleza de la economía orientada en función de la ganancia, hace mucho tiempo que hubieran desaparecido de la economía nacional y mundial los rastros de la pasada guerra mundial.

Es cierto que las exigencias planteadas por una guerra de cuatro años y sus consecuencias a la capacidad productiva del aparato de producción fueron altas, pero tampoco se redujo la productividad de los obreros equipados con modernos medios de producción. Como consecuencia de la gran capacidad de recomposición del aparato productivo capitalista pronto pudo restablecerse la tendencia a la sobreacumulación, inmanente al capitalismo, pese a las destrucciones y estragos provocados por la guerra, tanto más si se piensa que no sólo fue forzada la técnica productiva, sino también restringido el consumo.

Los simpatizantes de esta tendencia, que pretenden atribuir todos los males sociales, especialmente las crisis y la desocupación, a la falta de una planificación, a la anarquía, están ciegos para la repercusión económica de la reducción del consumo y el forzamiento de la acumulación; no advierten que la anarquía existente tiene raíces sociales, y esperan poder abordarla sólo con medidas de tipo organizativo.⁴

La causa de las "pequeñas" crisis (periódicas) no está en la anarquía, y la "gran crisis" no tuvo su origen en la guerra mundial. Tanto la "pequeña" y la "gran" crisis como las guerras mundiales han sido generadas por las particularidades de la economía orientada en función de la ganancia.

La "gran crisis" es una crisis de decadencia y por ello una crisis permanente; también es un fenómeno permanente la amenaza a que está sometido el mundo con la guerra o el estado de guerra. En cierto sentido puede hablarse de una "*crisis perpetua*" y de una "*guerra perpetua*"; ambos fenómenos son expresión de las enormes tensiones del capitalismo tardío. Entre crisis y guerra existe una relación, mas no la que suponen los representantes de la mencionada tendencia.

⁴ Ciertamente, bajo determinadas circunstancias —cuando las fuerzas democráticas alcanzan la victoria— la economía planificada puede ser un paso importante en el camino hacia el socialismo. Pero las actuales calamidades económicas y políticas no pueden ser atribuidas a la falta de planificación.

II. "CAPITALISMO DE ESTADO"

Si durante la etapa de capitalismo ascendente no se hubiera llevado a cabo la reducción del consumo; si, por el contrario, éste se hubiera adaptado a la creciente producción, hubiera sido posible renunciar a los medios estatales de poder y coerción —aun cuando se verificara un rápido desarrollo de las fuerzas productivas. La economía podría haber tenido como supuestos económico y político el *liberalismo* y el *pacifismo* y hubieran sido sus lemas las libertades burguesas, el libre comercio, la división internacional del trabajo, la paz y el progreso.

Pero como la acumulación fue forzada y el consumo reducido, la economía necesitó proveerse de un fuerte aparato estatal. A través de una exitosa política exterior y colonial, el estado debía mantener alejada a la competencia extranjera en su búsqueda de esferas de inversión para el capital en los países retrasados. La misión del estado en el interior del país consistía en ejercer una fuerte autoridad sobre las masas y contener eficazmente al movimiento obrero.

Los medios estatales de poder y de coerción se convirtieron en un factor económico; la economía dependió cada vez más de los medios de defensa del estado. El liberalismo en política exterior no pudo mantenerse largo tiempo; las ideas liberales de la burguesía pronto fueron remplazadas por el afán imperialista. En vez de una exclusión sistemática de la fuerza física en la tarea de imponer los objetivos políticos y económicos, se recomendó al estado el uso de la fuerza. El liberalismo fue desplazado por el imperialismo.

La economía capitalista necesitó un estado fuerte para defender eficazmente sus intereses hacia adentro y hacia afuera. Pero, por su parte, para poder cumplir con estas tareas el estado debió recurrir a la economía.

Por consiguiente, la política de poder del estado siempre fue un factor esencial de la economía capitalista, e inversamente el estado utilizó siempre la economía para su política, lo cual se verifica especialmente en la etapa del capitalismo maduro.

Cuando la tensión entre la capacidad de producción del aparato productivo y la capacidad de consumo del pueblo es muy grande, la válvula de seguridad —la apertura de nuevos mercados— se obstruye (si bien ya no era suficiente) y el intervencionismo se ve obligado a hacer rápidos progresos. En esta era, en que el aparato productivo sólo puede ser completamente ocupado mediante gigan-

tescos preparativos bélicos y el exceso de producción sólo puede ser consumido a través de los enormes excesos de consumo de las guerras, el estado debe intervenir cada vez más en el engranaje de la economía; la plenipotencia del estado aumenta considerablemente.

Para cubrir las necesidades de guerra, el estado emplea medios de producción materiales y personales; él comanda ahora la producción y distribución de los bienes; también la circulación del dinero y del crédito es sometida a su control; son los poderes estatales quienes regulan las relaciones políticas con el exterior. En una palabra, todos los sectores decisivos de la economía son normados por el estado.

Mucho antes del estallido de la guerra actual, en los estados fascistas, donde las pretensiones imperialistas son especialmente fuertes, la economía estaba sometida a los intereses de la política estatal debido a que la guerra moderna exige que ya durante la paz se realicen extensos preparativos.

De este modo, todas las fuerzas económicas fueron movilizadas en interés del estado, la economía fue militarizada. Ni la producción ni el intercambio de bienes pudieron seguir desarrollándose según el libre juego de la oferta y la demanda —incluso allí donde, de lo contrario, se hubieran podido mantener restos del sistema de libre competencia—, sino que fueron regulados y dirigidos por el estado. Cesó el libre movimiento de personas, capital y mercancías; si bien no se suprimió la propiedad privada de los medios de producción, el poder de disposición sobre ellos fue considerablemente reducido. Como consecuencia de la actual guerra, esta lucha de titanes, creció la competencia entre los estados y su intervención en la economía privada.

Sin embargo, este desarrollo, antes específico de los estados dictatoriales, paulatinamente se propaga a los estados liberales, introduciéndolos en el mismo proceso. También en estos casos la economía privada se comprime y son sacudidos sus fundamentos.

En la medida en que la duración de la guerra se prolongue y adquiera carácter intercontinental, cada vez más la propiedad privada “perderá su importancia y será empleada colectivamente para la autoafirmación” (Valentin). A la movilización de las personas seguirá la movilización de los bienes; de lo contrario no es posible satisfacer las colosales exigencias que la guerra moderna plantea a la economía nacional.

Si al principio la política de poder del estado sólo es un medio para activar la economía capitalista, poco a poco adquiere una

posición relevante para proclamarse, por fin, abiertamente la primacía de la política sobre la economía.

La guerra sólo es una interrupción de las tendencias que reinan en tiempos de paz; cuando ella finaliza estas tendencias vuelven a ser efectivas. Una vez terminada la guerra y recuperada la economía nacional, se desata la *crisis económica* y la desocupación adquiere dimensiones terribles.⁵

No sólo las guerras, también las crisis llevan a la contracción de la economía privada. Cada vez más la lucha contra las crisis es asunto del estado. Cuanto más frecuentes y graves sean las crisis, tanto más necesaria será la intervención del estado para mitigar sus efectos. Él tiene un interés vital en evitar las crisis, pues toda crisis económica conlleva la amenaza de transformarse en una crisis de estado.

III. LA ECONOMÍA DE SUBSISTENCIA

En épocas de paz los desequilibrios de la economía capitalista se manifiestan en la imposibilidad de colocar las mercancías, en la sobrecapacidad de las empresas y la ausencia de inversiones rentables para los nuevos capitales acumulados. Para evitar la aparición de desequilibrios es preciso que la excesiva acumulación de capitales pueda ser absorbida, si bien no carece de importancia de qué modo se verifique la absorción.

Si existen invenciones técnicas que revolucionan la producción y si los capitales pueden ser absorbidos con el *aprovechamiento de tales invenciones*, es posible aplazar temporalmente las crisis de sobreproducción. Nunca el aprovechamiento de las invenciones técnicas, por importante que sea, puede impedir las crisis, sino sólo aplazarlas hasta un momento posterior.

Pero las crisis que han sido aplazadas no transcurren con mayor suavidad sino con mayor virulencia debido a que la introduc-

⁵ En tiempos de paz había en el mundo cerca de 50 millones de personas que buscaban, inútilmente, una oportunidad de trabajo. La causa principal de desocupación se halla en la racionalización de la industria. Si también en la agricultura se sustituyera la técnica y la organización retrasada por otras más adecuadas a su tiempo, también en este sector resultaría desocupada una gran parte de la fuerza de trabajo empleada. Por ello al emigración del campo a la ciudad adoptaría dimensiones colosales y el ejército de desocupados aumentaría enormemente.

ción de innovaciones técnicas aumenta la productividad del trabajo y profundiza más aun la brecha existente entre la capacidad de consumo y la capacidad de producción. Aprovechar las innovaciones técnicas sólo significa incrementar la capacidad productiva del aparato social de producción, crear, por consiguiente, los supuestos para un consumo mayor en el futuro. De este modo, si el necesario y esperado incremento del consumo no se da, necesariamente se presentan perturbaciones.

Algo similar sucede cuando el exceso de capital acumulado es empleado para la *capitalización* del espacio no capitalista, para la construcción de medios de comunicación, en plantaciones, minas y fábricas. La explotación capitalista de nuevos países sólo significa, en última instancia, una expansión de las relaciones capitalistas de producción, por lo tanto, un alejamiento mayor aun entre producción y consumo. Tanto el avance del capitalismo en el espacio no capitalista como la aplicación de invenciones técnicas sólo representa un factor retardante de las crisis. Una vez consumado el avance, se esperan crisis más graves aun.

Otro es el caso cuando el exceso de capital acumulado se utiliza para fines *armamentistas*. En este caso los capitales son absorbidos sin que se vea incrementada la capacidad de producción civil de las industrias productivas y consuntivas, por lo tanto, sin que aumente la capacidad de consumo social. El mercado no registra oferta ni demanda de los productos de la industria bélica, y como ésta no abastece el mercado, es independiente de su capacidad de absorción. En este caso es el estado el comprador y el consumidor.

Desde los orígenes del capitalismo, los medios de defensa han sido un factor económico; empero, si bien en la etapa de capitalismo ascendente la producción de armas mortíferas fue principalmente un medio para un fin (explotación de nuevos mercados, etc.), en el capitalismo descendente, en cambio, se convirtió en una especie de fin en sí mismo (coyuntura armamentista).

Sin embargo, el desarrollo de la industria bélica no evita el peligro que origina la economía capitalista. En lugar del peligro de una explosión en forma de crisis se presenta el peligro de una explosión en forma de guerra.

No menos eficazmente que a través del armamentismo, las crisis pueden ser prevenidas a través de *obras públicas*. Si el consumo de los obreros ocupados en esas obras activa el mercado y su producción no lo recarga, de un modo similar a los armamentos, dichas obras ayudan a restablecer el equilibrio perturbado. Al

igual que los productos de la industria bélica, tampoco aquellos que resultan de la obtención del trabajo productivo se comercian en el mercado.

Mientras que el desarrollo de la industria armamentista aumenta las tensiones políticas y sociales, el desarrollo de las obras de urgencia origina una distensión. A diferencia de los resultados de la industria bélica, los de las obras públicas no están destinados a la destrucción del bienestar, sino a su crecimiento.

Mediante los preparativos bélicos la economía puede ser activada eficazmente porque los armamentos, la fiebre de armamentos, no conoce más límite que el agotamiento de la capacidad de producción del aparato productivo, hecho que sólo se verifica cuando se aprovecha el total de la capacidad productiva. Tampoco las obras públicas son efectivas si no se realizan en *gran escala*, porque sólo en este caso están ellas en condiciones de evitar una contracción de la economía. Puesto que con la incorporación del desarrollo técnico y la creciente productividad resultante la tensión entre el consumo técnicamente posible y el real aumenta, la cantidad de capitales absorbidos por trabajos de urgencia debería ser cada vez mayor.

"Si las sumas que se emplean para la consecución del trabajo destinado a la conservación de la coyuntura se mantiene dentro de límites moderados, su utilización no modificará esencialmente el cuadro de decadencia de la coyuntura. Otra es la situación cuando las sumas que se utilizan son tan grandes que su gasto basta para compensar el proceso de contracción [...] En este caso [...] la decadencia de la coyuntura podría ser detenida todo el tiempo que se desee."⁶

¿Qué significa entonces consecución del trabajo en una escala tan grande y siempre creciente?

"En lugar del empresario [...] aparece el estado [...] El sector estatal de la economía crece, mientras el sector privado se contrae, y al término del proceso sólo existe, fundamentalmente, un empresario, el estado" (o cualquier otra colectividad). "La consecuencia última de una política de apoyo coyuntural radicalmente estatal no consiste en una reparación más o menos armónica del sistema capitalista, sino en la sustitución por un sistema *colectivo*."⁷

Por mucho que uno se oponga a las fuerzas del desarrollo, a la necesaria transformación del sistema económico, el desarrollo, que

⁶ A. Hahn, "Billiges Geld", *Neue Zürcher Zeitung*, Handelsteil, 19 de septiembre de 1937.

⁷ *Ibid.*

sigue leyes propias, lleva forzosamente a transferir los medios de producción a la propiedad común, y con ello a la economía planificada. Pero la economía socialista planificada de satisfacción de las necesidades no necesita ya encarar trabajos de urgencia.

2

Los partidarios de la economía privada afirman que generalmente la ingerencia del estado en la economía da malos resultados. Aun cuando esta afirmación fuera acertada, a partir de ella de ninguna manera puede concluirse la imposibilidad de encarar una *economía planificada* de tipo socialista. Prescindiendo de la inconsecuencia de las medidas (véase pp. 136 y ss.), las dificultades a las que hasta ahora debió enfrentarse el estado en el terreno económico se explican por la particularidad de la economía actual basada en el principio de los negocios.

Una economía cuyo fin fuera la satisfacción de las necesidades, y en la que el consumo marchara al compás de la producción, tendría una construcción más simple, un mecanismo mucho menos delicado que la economía orientada en función de las ganancias, en la que la detención del consumo origina diversas perturbaciones que se agravan paulatinamente. Una economía socialista, cuyo desarrollo no dibujara curvas, como ocurre con el de la capitalista, sino una línea recta ascendente, no exigiría demasiado esfuerzo a sus conductores. Además, en una economía socialista nadie estaría interesado en poner obstáculos a la conducción, como actualmente ocurre; por consiguiente, ella no tendría que recurrir siempre a nuevas medidas para obstruir los rodeos y salidas que en el actual orden social los intereses privados interponen a la intervención estatal. Por la misma razón la economía podría ser conducida de un modo incomparablemente más fácil.

Es por ello que las intervenciones estatales sólo pretenden ser exitosas cuando están precedidas por una modificación sustancial del sistema económico. La economía planificada sólo es posible sobre la base de la satisfacción de las necesidades; por el contrario, una economía orientada en función de la ganancia no puede ser organizada planificadamente: mientras predomine el principio de los negocios, la conducción estatal no puede tener éxito.

3

Probablemente, tras la finalización de la guerra, los beneficiarios

de la economía capitalista organizarán al conjunto de fuerzas con el fin de recuperar aunque sea una parte de la perdida libertad de movimiento en la economía y permitirán el intervencionismo sólo allí donde puede serles útil para la obtención de ganancias; estos esfuerzos pueden, temporariamente, tener éxito pues las grandes tareas que esperan a la economía tras la guerra —la transformación de la producción bélica en producción pacífica, la reconstrucción de los países destruidos y la satisfacción de la inmensa avidez de mercancías de los pueblos— constituyen precisamente los supuestos necesarios de una buena coyuntura. Debido a la necesidad de recuperación y de reconstrucción y a la demanda masiva y concentrada es posible esperar, ante todo, no la liquidación, sino una restauración parcial de la economía privada y un relajamiento de las intervenciones estatales. Como consecuencia de este auge ilusorio el capitalismo puede, bajo ciertas circunstancias, experimentar un fortalecimiento transitorio.

Sin embargo, no pasará mucho tiempo hasta que se presenten la crisis y la desocupación, en una dimensión tremenda hasta ahora desconocida. Es por ello que a largo plazo no se podrá evitar, en beneficio de los trabajadores, una transformación radical de la estructura económica —suponiendo la victoria de los pueblos invadidos y oprimidos en su lucha de liberación contra los estados agresores. La democracia formal tendrá que ser complementada con la social, el móvil de la ganancia sustituido por el móvil social.

Coadyuvar al surgimiento de la formación social más altamente desarrollada que sobrevendrá será la tarea de los partidos socialistas unificados y el objetivo de la cooperación de partido y sindicato en cada país. La supresión de los antagonismos nacionales y de clase será el resultado de los esfuerzos comunes de los partidos socialistas de todos los países civilizados, en alianza con las capas progresistas del pueblo y las personalidades librepensadoras.

Sin proponérselo, el capitalismo es el precursor del socialismo, pero inaugura un camino *mucho más complicado* y sacrificado de lo que originariamente se pensó.



papel ediciones crema de fábrica de papel san juan s. a.
impreso en editorial galache, s. a.
privada del dr. márquez 81 - méxico 7, d. f.
tres mil ejemplares más sobrantes para reposición
29 de enero de 1981

- 1 MARX, K. *Introducción general a la crítica de la economía política (1857) y otros escritos sobre problemas metodológicos*
- 2 LÉVI-STRAUSS, C. *Elogio de la antropología*
- 3 BARAN, P. A. *Excedente económico e irracionalidad capitalista*
- 4 ALTHUSSER, L. *La filosofía como arma de la revolución*
- 7 CERRONI, U./MAGRI, L./JOHNSTONE, M. *Teoría marxista del partido político*. Vol. 1.
- 8 BADIOU, A./ALTHUSSER, L. *Materialismo histórico y materialismo dialéctico*
- 9 GORZ, A. Y OTROS. *Sartre y el marxismo* [ed. corregida y aumentada]
- 10 SANTI, P. Y OTROS. *Teoría marxista del imperialismo*
- 12 LUKÁCS, G./LENIN, V. I./LUXEMBURG, R. *Teoría marxista del partido político*. Vol. 2
- 13 LUXEMBURG, R. *Huelga de masas, partido y sindicatos*
- 15 KRASSÓ, E./MANDEL, E./JOHNSTONE, M. *El marxismo de Trotski*
- 16 PIANA, G. Y OTROS. *El joven Lukács*
- 19 PIZZORNO, A. Y OTROS. *Gramsci y las ciencias sociales*
- 20 MARX, K./HOBSBAWM, E. J. *Formaciones económicas precapitalistas*
- 21 BUJARIN, N. I. *La economía mundial y el imperialismo*
- 23 COLLOTTI PISCHEL, E. Y OTROS. *La revolución cultural china*
- 24 AMIN, S./PALLOIX, CH./EMMANUEL, A./BETTELHEIM, CH. *Imperialismo y comercio internacional*
- 25 LENIN, V. I. *Contra la burocracia/Diario de las secretarías de Lenin*
- 27 TROTSKI, L. *El nuevo curso/Problemas de la vida cotidiana*
- 28 *Los bolcheviques y la Revolución. Actas del Comité Central del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (bolchevique): agosto de 1917 y febrero de 1918*
- 29 BUJARIN, N. I. *Teoría económica del período de transición*
- 30 MARX, K./ENGELS, F. *Materiales para la historia de América Latina*
- 31 BUJARIN, N. I. *Teoría del materialismo histórico*
- 32 PANZIERI, R. Y OTROS. *La división capitalista del trabajo*
- 33 GERRATANA, V. Y OTROS. *Consejos obreros y democracia socialista*
- 34 TROTSKI, L./BUJARIN, N. I./ZINÓVIEV, G. *El gran debate (1924-1926)*. Vol. 1: *La revolución permanente*
- 35 LUXEMBURG, R. *Introducción a la economía política*
- 36 STALIN, J./ZINÓVIEV, G. *El gran debate (1924-1926)*. Vol. 2: *El socialismo en un solo país*
- 37 MARX, K./ENGELS, F. *Sobre el colonialismo*
- 38 ROSSANDA, R. Y OTROS. *Teoría marxista del partido político*. Vol. 3
- 39 LUPORINI, C. Y OTROS. *El concepto de "formación económico-social"*
- 40 ASSADOURIAN, G. S. Y OTROS. *Modos de producción en América Latina*
- 41 LUKÁCS, G. *Revolución socialista y antiparlamentarismo*
- 42 PANNEKOEK, A. Y OTROS. *Lenin filósofo*
- 43 *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*. Primera parte
- 44 MALLET, S. Y OTROS. *Economía y política en la acción sindical*
- 45 KORSCH, K. *¿Qué es la socialización? Un programa de socialismo práctico*
- 46 SWEEZY, P. M. Y OTROS. *Teoría del proceso de transición*
- 47 *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*. Segunda parte
- 48 POULANTZAS, N. *Hegemonía y dominación en el Estado moderno*
- 49 HILFERDING, R./BOHM-BAWERK, E./BORTKIEWICZ, L. *Economía burguesa y economía marxista*
- 50 MOSZKOWSKA, N. *Contribución a la crítica de las teorías modernas de las crisis*
- 51 LUXEMBURG, R. Y BUJARIN, N. I. *El imperialismo y la acumulación de capital*
- 52 SCHLESINGER, R. *La Internacional Comunista y el problema colonial*
- 53 RUBIN, I. I. *Ensayos sobre la teoría marxista del valor*
- 54 GRAMSCI, A. *Escritos políticos*
- 55 *El V Congreso de la Internacional Comunista*. Vol. 1
- 55 *El V Congreso de la Internacional Comunista*. Vol. 2
- 57 BUJARIN, N. I. *La economía política del rentista*
- 58 KAUTSKY, K. *Ética y concepción materialista de la historia*
- 59 ENGELS, F./PLEJÁNOV, G. *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana. Notas al Ludwig Feuerbach*
- 60 VARIOS. *Mariátegui y los orígenes del marxismo en América Latina* (compilación de JOSÉ ARICÓ)
- 61 LAGARDELLE, H. *Teoría y práctica de la acción obrera*. Vol. 1: *Huelga general y socialismo*
- 62 PARVUS Y OTROS. *Teoría y práctica de la acción obrera*. Vol. 2: *Debate sobre la huelga de masas* (Primera parte)
- 63 LUXEMBURG, R./KAUTSKY, K./PANNEKOEK, A. *Teoría y práctica de la acción obrera*. Vol. 3: *Debate sobre la huelga de masas* (Segunda parte)
- 64 MEHRING, F. *Sobre el materialismo histórico y otros escritos filológicos*
- 65 MAO TSE-TUNG/STALIN, J. *La construcción del socialismo en la URSS y China*
- 66 *El VI Congreso de la Internacional Comunista*. Vol. 1. *Tesis, manifestos y resoluciones*

- 67 *El VI Congreso de la Internacional Comunista. Vol. 2. Informes y discusiones*
- 68 KAUTSKY, K. *El camino del poder. La revolución social*
- 69 MARX, K./ENGELS, F. *La cuestión nacional y la formación de los estados*
- 70 ROSENBERG, A. *Historia del bolchevismo*
- 71 LUXEMBURG, R. *El desarrollo industrial en Polonia y otros escritos sobre la cuestión colonial*
- 72 MARX, K./ENGELS, F. *Imperio y colonia. Escritos sobre Irlanda*
- 73 KAUTSKY, K., Y OTROS. *La II Internacional y el problema nacional y colonial. Vol. 1*
- 74 KAUTSKY, K., Y OTROS. *La II Internacional y el problema nacional y colonial. Vol. 2*
- 75 LENIN, V. I., Y OTROS. *Clausewitz y el pensamiento marxista*
- 76 *El VII Congreso de la Internacional Comunista*
- 77 MOSZKOWSKA, N. *El sistema de Marx*
- 78 KORSCH, K./MATTICK, P./PANNEKOEK, A. *¿Derrumbe del capitalismo o sujeto revolucionario?*
- 79 GROSSMANN, H. *Ensayos sobre la teoría de las crisis*
- 80 CABALLERO, M. *La Internacional Comunista y América Latina. La sección venezolana*
- 81 LUXEMBURG, R. *La cuestión nacional y la autonomía*
- 82 GAREGNANI, P. Y OTROS. *Debate sobre la teoría del valor*
- 83 BOROJOV, B. *Nacionalismo y lucha de clases*
- 84 KORSCH, K. *Teoría marxista y acción política*
- 85 CLAUDIN, F. Y OTROS. *La crisis del capitalismo en los años veinte*
- 86 ROSENBERG, A. *Democracia y socialismo*
- 87 MARX, K./ENGELS, F. *Escritos sobre Rusia. I. Relaciones sobre la diplomacia secreta del siglo XVIII*
- 88 ROSDOLSKY, R. *Friedrich Engels y el problema de los "pueblos sin historia"*
- 89 DE GIOVANNI, B. Y OTROS. *Teoría marxista de la política*
- 90 MARX, K./ENGELS, F. *Escritos sobre Rusia. II. El porvenir de la comuna rural rusa*

2492

Agustín Antón